
Anna
May
JUEGA
CONMIGO,
SEÑOR
Sturbridge
FALSEDAD CON CONSECUENCIAS

Juega conmigo Sr. Sturbridge

Falsedad con consecuencias

Anna May

Anna May

1ª edición 2024

Diseño de portada: Luv & Lee Publishing

Traducción y redacción: Luv & Lee Publishing

Para estar al día de mis novedades y promociones, sígueme en mi página de autora de Amazon: https://www.amazon.es/stores/Anna-May/author/B08Q4HFPK3

Todos los derechos reservados. Prohibida la reimpresión total o parcial.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, duplicada o distribuida de ninguna forma sin la autorización escrita del autor. Este libro es pura ficción. Todas las acciones y personajes descritas en este libro son ficticias. Cualquier parecido con personas reales vivas o fallecidas es mera coincidencia y no intencional. Este libro contiene escenas explícitas y no es apto para lectores menores de 18 años.

LUV & LEE PUBLISHING LLC
3833 Powerline Road Suite 101
Fort Lauderdale, FL. US 33309

Índice

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidós

Capítulo Veintitrés

Capítulo Veinticuatro

Capítulo Veinticinco

Capítulo Veintiséis

Capítulo Veintisiete

Capítulo Veintiocho

Capítulo Veintinueve

Capítulo Treinta

Capítulo Treinta y Uno

Capítulo Treinta y Dos

Capítulo Treinta y Tres

Leer más...

Capítulo Uno

Darcy

"¿Cómo se me pasaron todas las señales? *¿Cómo*?", lloré, con la cabeza cayendo pesadamente sobre mi antebrazo. La mesa pegajosa debajo de mí olía a granadina y decepción.

Mary me miró con sus brillantes ojos verdes por encima del borde salado de su margarita. Mi mente más racional lo identificó como su cara de *estoy a punto de ponerme seria*, y no tuve fuerzas para resistirme. Lo único que quería era regodearme.

Pero Mary no quería saber nada. Levanté la cabeza para mirarla. Uno de mis rizos castaños me cayó sobre los ojos. Lo aparté con un movimiento impaciente.

"Sencillo. Él no *quería* que te dieras cuenta", respondió, con un tono plano. Empecé a protestar, la necesidad de ser tragada en la autocompasión casi abrumadora. Mary, sin embargo, no lo toleró. Levantó la mano para impedirme hablar.

"Piénsalo. Rupert tiene casi cuarenta años y encontró a una preciosa y seductora chica de veintitrés con el culo prieto y el cerebro lleno, y aprovechó la oportunidad. Era inevitable que ocultara el inconveniente de que había una *señora* Rupert esperándole en casa", concluyó, lamiéndose un poco de sal del pulgar.

"¿Crees que debería haberlo *sabido desde el principio*?" me quejé.

"No, no lo creo en absoluto. Pero no es sorprendente, ahora que lo pienso. ¡Mírate! ¡Eres un buen partido! Curvas en todos los lugares correctos, pero pequeña y menuda. Justo como les gustan a esos grandes galanes. Pero sí. Sabía que había una razón por la que nunca me agradó", respondió Mary. Su tono era severo pero amable. El tono que esperaba de mi amiga más fuerte y cercana.

Sus palabras me retumbaron en el pecho. Con una mano, hice una seña débil al camarero para que me sirviera otra ronda. Si no podía detener esos pensamientos arremolinados, al menos podía embotarlos con alcohol. *Nunca es mala idea, ¿verdad?* razonó mi voz interior. *En absoluto.*

A nuestro alrededor, el aire zumbaba con las vibraciones de la noche del viernes. Había una sensación de abandono en el aire, de celebración compartida por todos al llegar al final de otra semana más. ¿Qué mejor manera de rematarlo que con nachos y tequila? Mary y yo solíamos venir aquí, al *Maya Coyote,* para beber, cotillear y relajarnos.

Esta noche, sin embargo, me sentía como en una estación de servicio, un lugar donde podía permitirme la autocompasión y un poco de autodestrucción. Mary, fiel como siempre, me acompañaba.

"¡Y pensar que mi día empezó tan bien!" solté. "Rupert me envió el mensaje de buenos días más bonito, y mi turno fue fácil, y me sentí... *querida*. Y entonces... bam... descubro que está casado. Que nunca tuvo intención de cumplir las promesas que me hizo. Es obvio que nunca voy a encontrar al Sr. Correcto".

Mi cabeza empezó a hundirse de nuevo en el tablero de la mesa cuando sentí la fuerte mano de Mary sobre la mía.

"No. No voy a dejar que lo hagas. Quédate conmigo", me pidió. Su mirada era firme y clara. No había lugar para discusiones.

"Mary..." Empecé. Fui interrumpida rápidamente por la entrega de más bebidas. Una margarita de naranja sanguina para Mary y un clásico con hielo para mí. Se llevaron nuestro plato de nachos disecado, dejando una gran extensión sobre la mesa. Mary no tardó en aprovecharlo y cogió mis manos entre las suyas.

"¿Puedo decirte algo, sinceramente?", preguntó. Sus ojos se volvieron más cálidos. Fuera lo que fuese lo que iba a decir, sabía que me escocería, pero probablemente necesitaba oírlo.

Respiré hondo y me armé de valor. "Ummm... ¿de acuerdo?"

El atronador ruido de los comensales a mi alrededor, la alegre música de guitarra y el estrépito de platos y vajilla parecieron disminuir cuando Mary me miró. Me encontré conteniendo la respiración.

"He observado que cuando las cosas no salen según lo planeado en tu vida, tiendes a desanimarte..." Empezó.

"Bueno, sí, pero..."

Mary me apretó las manos. Duras.

"Por favor. Déjame terminar. Tiendes a desanimarte y a rendirte. A decirte a ti misma que el amor es imposible. Que nunca encontrarás al Elegido".

Mis costillas parecieron derrumbarse y pude sentir el ardor de las lágrimas detrás de mis ojos. "No sabía que Rupert podía hacerme tanto daño. Después de todas las cosas que dijo. Todas las cosas que me hizo *sentir*..."

"Rupert es un imbécil. Siempre lo fue y siempre lo será. Y, aunque ahora duela, se ha marchado", dijo Mary sin rodeos.

"¿Y se supone que tengo que superarlo así?", aparté la mano y chasqueé los dedos.

Mary me cogió la mano y volvió a apretarme los dedos.

"No, en absoluto. Pero quiero que veas esto como una oportunidad. Tal vez como un regalo".

No pude evitarlo. Con un fuerte tirón, aparté las manos y, en su lugar, agarré la copa de margarita. La fría superficie me tranquilizó al contacto con mi piel húmeda. Me la llevé a los labios y bebí un sorbo, saboreando el borde salado y el cálido aroma del tequila.

"Un regalo, ¿eh?" Respondí, más petulante de lo que pretendía.

Mary respondió tomando un sorbo de su propia bebida. Después de tragar, continuó.

"Sí. Un regalo. Uno que sé que verás con el tiempo. Porque una cosa que sé, Darcy, es que eres mucho más resistente de lo que crees. Has resistido mucho más que a un hombre mujeriego de mediana edad que mintió descaradamente para acostarse contigo. Rupert es el pasado. Pero tu futuro es brillante. Sólo tienes que abrazarlo".

Al terminar de hablar, Mary dio otro largo trago a su bebida. Observé cómo su elegante garganta tragaba el líquido de color melocotón.

Dirigiendo mis ojos hacia ella, mis lágrimas se secaron, retrocediendo hacia la incredulidad.

"¿De verdad lo crees? ¿Que lo mejor está por venir para mí?"

Parecía improbable. Imposible. Absurdo, incluso.

Mary dejó su bebida y observó el restaurante. A nuestro alrededor, la gente reía, bebía y celebraba cosas grandes y pequeñas. Un ascenso, un compromiso, un cumpleaños, simplemente amigos merodeando. Fuera lo que fuese, todo el mundo parecía estar de buen humor. Parecía absurdo que volviera a sentir algo parecido.

"Sí. De verdad lo creo", dijo finalmente.

Algo en su certeza hizo que volvieran las lágrimas y el dolor. Se me cerró la garganta en torno a un sollozo.

"Ojalá pudiera creerte. Pero ahora no tengo fuerzas para afrontarlo", me atraganté.

Mary se encogió de hombros mientras me lanzaba su sonrisa más ganadora.

"Ya las encontrarás. Y menos mal que es viernes", bromeó.

"¿Por qué?"

"Porque acaba de empezar el fin de semana y podemos salir de fiesta. Llevamos mucho retraso. Y de repente, tu carné de baile está limpio".

Su voz se volvió sedosa y sus ojos se volvieron traviesos. Mary era muchas cosas, y su habilidad para pasar un buen rato era legendaria. Si podía entenderlo, todo era posible.

"¿Tú crees?"

Mary me miró fijamente, sus labios dibujando una sonrisa tensa.

"Vamos a arreglar esos rizos tuyos, meter ese cuerpo ágil en un vestido ajustado y hacer que todos se maravillen con esos ojos violetas tuyos", hizo un movimiento exagerado de pasarse la

lengua por los dientes. Tuve que reírme. Siempre sabía cómo sacarme de mis casillas.
Débilmente, alcé mi vaso. Mary chocó su vaso con el mío.
El sonoro tintineo de cristal contra cristal parecía una promesa.
Sólo esperaba poder conservarlo.

Capítulo Dos

Jason

"¡Olvidé lo caro que es todo aquí!" Bramó Marcus por encima de los graves de la música de baile.

"¡Oh, vamos! Aquí no beberemos pis de alce, amigo", repliqué, volviendo a beber mi trago doble de bourbon. Al ritmo de la música, mi vaso cayó sobre la mesa y se unió a un mar de vasos vacíos.

Íbamos camino de una noche salvaje. Y según mi reloj, apenas habíamos empezado.

"¡Cállate! Sólo he estado fuera un rato. No soy un paleto!" Bromeó Marcus.

Isaac captó mi atención y lanzó un ligero codazo a las costillas de Marcus. "Tienes que aceptarlo, tío. Cuando decidiste mudarte a Canadá, sabías que no te lo íbamos a poner fácil. Ya empezaste a jugar al hockey, ¿eh?"

Me uní a mi hermano para tocarle los cojones a Marcus, pero la verdad era que los dos nos alegrábamos de verle. Hacía casi un año que se había mudado a Canadá para trabajar en una nueva empresa, y yo estaba decidido a divertirme lo más posible con mi viejo amigo mientras visitaba sus antiguos lugares de residencia en Los Ángeles.

"Además, ¡la noche corre por mi cuenta!" Declaré. "No queremos tu dinero de monedas raras aquí".

Los rasgos rugosos del rostro moreno de Marcus se iluminaron con una sonrisa, acentuada por la iluminación de tonos violáceos que se arremolinaba por todo el club.

Chocamos los vasos y ya estábamos disfrutando de la nueva ronda que acababa de servirnos la camarera, que estaba buenísima. La chica tenía un culo que no paraba y una extraña habilidad para traernos más bebida precisamente cuando la necesitábamos.

Recibiría una buena propina al final de la noche. Y ella lo sabía.

Tragué saliva y miré a mi alrededor, a la masa de gente que se arremolinaba en la discoteca y que llegaba desde las zonas exteriores del vestíbulo. Cuerpos ceñidos, maquillaje oscuro en los ojos y tipos con trajes ajustados se arremolinaban alrededor de nuestra pequeña mesa. Y la noche no había hecho más que empezar.

Me pasé la mano por el pelo oscuro y ondulado. Lo llevaba largo, pero cuidadosamente recortado. Seguiría a mi peluquero hasta el fin del mundo si fuera necesario. Era así de bueno. Mi barba de un día contribuía a mi aspecto.

El Club Hedo era nuevo y lo parecía. Los suelos de cemento vertido brillaban bajo el zumbido de las luces, las imágenes de películas proyectadas, al compás de la música cuidadosamente elegidas por el DJ, los cócteles de lujo, casi impronunciables, y la puerta cuidadosamente controlada -que sólo admitía a las personas más guapas y sexys- era justo el tipo de lugar al que me gustaba ir con mis amigos para disfrutar del constante desfile de chicas con vestidos ajustados que deambulaban por allí.

"Vanessa me matará si me emborracho demasiado", me gritó Marcus al oído por encima de la música. Al oír hablar de su mujer, que ahora también era madre, se me pasó el entusiasmo inicial. ¿Quién quería que le recordaran esa mierda cuando era fin de semana?

"Tranquilo. No tiene porqué enterarse", le contesté, haciendo caso omiso de sus preocupaciones.

Marcus me agarró del hombro. "No tienes ni idea, hermano", replicó. "*Siempre* lo saben".

"Razón de más para seguir soltero", sonreí, pidiendo otra ronda.

"No sé, tío. Estar casado es genial. Tener un hijo también lo es", dijo Marcus, con los ojos vidriosos mientras miraba a la multitud de fiesteros que entraban en la zona del bar. En lo que estuviera pensando no era en lo que yo quería pensar. Ni mucho menos.

Por suerte, mi hermano Isaac habló antes que yo. No iba a discutir los méritos de conseguir cualquier cantidad de culo que quisiera sin ataduras.

"Lo dejaste y bien por ti", dijo Isaac, "pero nosotros seguimos divirtiéndonos".

"Sí, también es una pena. Eras un buen copiloto", resoplé.

"¡Hey!" Isaac respondió, pareciendo cómicamente insultado. "¡Pensé que yo era tu copiloto!"

"Lo eres", bromeé. "Pero las noches son diferentes cuando es con otro abogado, chico tecnológico". Levanté la mano e intenté chocar los puños con Isaac. Petulante, lo apartó de un golpe antes de que su sonrisa se abriera de par en par, y nos dimos un puñetazo de buen humor.

Cuando la camarera volvió con más bebidas, volví a mirar a las mujeres que habían pasado el reconocimiento del portero y estaban entrando.

Tantas para elegir, pensé con regocijo. Y con Marcus fuera del mercado, un poco menos de competencia.

Lástima que mi estado de ánimo se viera agriado un momento después por el propio Marcus.

"Así que... ¿cómo va el escándalo? ¿Has conseguido barrerlo bajo la alfombra ya?"

Me volví hacia Marcus, que empezaba a notar los efectos del alcohol. Le pesaban los párpados y su cuerpo se balanceaba ligeramente al ritmo de la música.

La irritación, como un cuchillo de sierra, cortó mi buen humor. No quería hablar de esto. Nunca. Ni ahora.

Aun así, era un problema que todavía no había conseguido resolver.

"Eh… sigo trabajando en ello", murmuré, esperando que la música y mi lenguaje corporal acallaran el tema.

No fue así.

"Los medios de comunicación son una mierda", continuó Marcus. "Te pintan como una especie de monstruo. Es una pena que la difamación sea algo tan difícil de probar. Si quisieras, podrías tener un caso en tus manos..."

Las palabras de Marcus -viniendo de un abogado al que respetaba- fueron aún más duras de oír. *Podría* tener un caso entre manos, pero me parecía demasiado desalentador y agotador como para seguir adelante.

"Sí, es difícil probar algo negativo. Que *no* intimidé a un testigo. Que no era una mierda en mi trabajo. Quizás si el caso no hubiera sido tan notorio..." Respondí.

Isaac intervino: "Pensar que los medios de comunicación creen que mi hermano, de todas las personas, podría intimidar a un testigo clave. ¡No necesita hacer eso! Me tiene a mí para intimidar".

Todos nos reímos, pero mi risa parecía vacía. Me gustaba pensar que era bueno en mi trabajo y que no necesitaba intimidar a un testigo clave para que me diera el testimonio que necesitaba. Pero en cuanto se quejaban a los medios, se acababa todo...

"Pero, ¿qué vas a hacer al respecto? En serio, aunque estoy en Canadá, oigo los rumores. Tu reputación se está resintiendo, ¿verdad?" Insistió Marcus, que no entendía mis insinuaciones de que quería dejar el tema. Mi humor se deterioraba por momentos...

"Uhhh, no lo sé. Todavía no he pensado en ello", murmuré, tratando de dejar que la visión de un par de excelentes pechos unidos a un culo fino en un vestido ajustado me distrajera. No funcionó. Marcus era como un perro con un hueso. Y ahora Isaac entró en el juego. Me miró con preocupación.

"Tal vez deberías contratar a alguien, Jason. Alguien con experiencia en relaciones públicas. Alguien que podría ayudar a limpiar tu imagen. O al menos contrarrestar estos bastardos de los medios. Quitártelos de encima".

Marcus asintió, dando otro trago a su bebida. "No es mala idea", se echó a reír. "O podrías hacer lo que yo hice. Casarte con la hija separada de tu antiguo cliente y arreglarlo así".

Volvimos a reírnos, pero mi risa seguía sonando vacía. ¿No podían estos dos pillar la indirecta y volver a la noche que teníamos entre manos? Lo último que quería hacer era hablar de esto.

Mi reputación se había resentido y desde que estalló el escándalo había tenido que esquivar las preguntas de los medios de comunicación y las acusaciones de mierda. Era agotador. Necesitaba un descanso. Necesitaba desahogarme.

"Jaja. Sí... tal vez..." Murmuré, apartando mi cuerpo de ambos.

Si algo no cambiaba pronto, la noche se iba a arruinar. O más específicamente, iba a estar de tan mal humor, que no importaría.

Imaginen mi sorpresa cuando, apenas un segundo después, entró una mujer que me llamó la atención. Incluso Isaac y Marcus la vieron. Tenía un cuerpo menudo con curvas en todos los sitios adecuados y un pelo dorado como la miel que brillaba con la luz tenue. Sus ojos brillaban e incluso desde la distancia, podía decir que había algo especial en ellos.

Tal vez, pensé, *podría salvar esta noche después de todo...*

Capítulo Tres

Darcy

" *¿Estás segura de que eres* gay?" Le pregunté a Mary mientras se ajustaba el ceñido corsé de su minúsculo vestido.

Estaba increíble. Tenía los ojos ahumados con delineador oscuro, el vestido rojo sangre resaltaba sobre su piel de alabastro y el pelo negro le caía en cascada por la espalda.

"¿Por qué? ¿Porque tengo este aspecto? ¿Cómo crees que consigo que las mujeres más atractivas se acerquen a mí?" Bromeó Mary, guiñando brevemente un ojo al portero y moviendo casi imperceptiblemente los hombros. Sabía cómo sacudir sus activos para obtener los mejores resultados posibles.

Hizo un gesto con la cabeza para indicarnos que podíamos entrar y ya estábamos dentro. Inmediatamente, el sonido de un bajo retumbó en mi pecho.

Club Hedo.

Por supuesto, había oído hablar de él en Internet. Era el club más nuevo y exclusivo que había abierto en poco más de un año.

Nunca pensé que estaría aquí. Mi dedo no estaba exactamente en el pulso del calendario social de Los Ángeles.

Pero Mary tenía conexiones que yo apenas podía imaginar. Y a veces bastaba con tener los amigos adecuados.

Un largo y luminoso pasillo nos condujo a la zona principal del club, donde altas mesas de café orbitaban alrededor de la zona de baile. Numerosas barras brillaban a lo largo de los límites sombreados. La gente -toda guapísima y dispuesta a la fiesta- se movía en grupos, agarrada a bebidas imposiblemente complicadas.

En mi cabeza, calculé que una sola de esas copas me costaría el sueldo de medio día. Con esfuerzo, aparté ese pensamiento, deseosa sólo de intentar disfrutar de la noche.

"Que se joda Rupert. Hace tiempo que se fue. Esta noche nos divertiremos", me había amonestado Mary mientras nos preparábamos para salir hacia el club apenas una hora antes.

"Haré lo que pueda", había prometido.

Y odiaba decepcionar a Mary.

"¿Y ahora qué?" Le ladré al oído mientras la música giraba a nuestro alrededor. La iluminación era baja y pulsante, lo que hacía que todo el mundo pareciera más sexy, suavizando los ángulos duros y realzando todas las curvas correctas.

"¡Busca por ahí! Busca a alguien que nos invite a una copa", respondió Mary, deslizando los ojos de una mujer a otra.

Los gustos de Mary eran particulares y despiadados. Su expresión era clara: estaba al acecho. Por muy magullado que tuviera el corazón, hice todo lo posible por adoptar su estatura. Después de todo, ¿no era eso lo que le había prometido? ¿Que le daría a esta noche el viejo intento universitario?

Un soplo de aire cruzó por mi cara cuando pasó una mujer alta. Me resultaba extrañamente familiar.

"¿Es ella...?" Pregunté, señalando hacia la mujer.

Mary empujó mi mano de nuevo a mi lado. "Sí. Ella es".

Pasó otra cara conocida. Juraría que lo había visto en TikTok.

"¿Y él es...?" Volví a levantar el dedo. Mary se apresuró a empujarlo de nuevo hacia abajo y cerrarlo con su propia mano.

"Sí. Es él. El columnista de cotilleos y bloguero. ¿Ahora podrías dejar de actuar como una rara y guardarte el dedo para ti?"

Tenía razón, por supuesto. El Club Hedo iba a atraer a las celebridades y personas influyentes más elitistas y vanguardistas. Una vez más, me maravillé de cómo había conseguido colarme.

Entonces me acordé: Llevaba puesto uno de los vestidos de Mary. Azul cobalto y ajustado como una segunda piel. Atrapaba mi cuerpo de un modo con el que no me sentía muy cómoda, pero sabía que me quedaba bastante bien.

Incluso Mary me había mirado con hambre cuando me lo había puesto.

"Tienes toda la pinta de ser una chica follable", dijo orgullosa.

No sabía si sentirme halagada o triste. Sólo el día anterior Rupert había dicho lo mismo.

Y entonces había actuado en consecuencia. Imágenes instantáneas de nuestro tiempo juntos, sobre todo de sexo, aparecieron en mi mente. Me esforcé por borrarlas.

No lo hagas. Déjalo ir. Es un tramposo y un mentiroso. Mi voz racional era lo único que me impedía llorar.

Bueno, eso y el hecho de que estaba en el club más exclusivo de Los Ángeles.

Tenía que mantener la calma.

Siguiendo el consejo de Mary, mantuve ambas manos a los lados mientras miraba a mi alrededor. Era como estar en una tienda de caramelos. Tantas cosas bonitas y brillantes. ¿Por dónde empezar?

Allí.

A unos seis metros había una mesa con tres hombres vestidos con trajes a medida y sin corbata.

"Oop. Encontré algo... a las nueve en punto..." Empezó Mary.

"Ya los he visto", respondí, cortándola.

"Buena chica", gruñó Mary con aprobación.

"Dios mío... están *calientes*..." Murmuré, esperando al instante que la música alta hubiera ahogado mis palabras.

Los tres hombres eran guapísimos. Cuerpos bien tonificados, rostros cincelados y posturas de confianza y riqueza. Estos tipos sabían quiénes eran y lo que querían.

Pero fue el del centro el que más me llamó la atención.

Mirarle era como mirar al sol. Brillante, seductor y definitivamente peligroso. Alto, de hombros anchos, con una camisa blanca que se ajustaba perfectamente a sus ángulos, me dejó sin aire en los pulmones.

Con un rostro tallado en el cristal más puro y unos ojos oscuros que iluminaban la habitación en mi dirección, sentí calor. Calor en lugares en los que no esperaba volver a sentirlo jamás.

Después de todo, ¿no *acababa de sufrir* una ruptura? ¿Era posible pensar en algo así tan pronto?

"Sí, lo están", contestó Mary, haciéndome comprender que sí, que definitivamente me había oído. "Y el del medio te está mirando".

"No, él *no*..." Protesté, sintiendo que el calor de abajo aumentaba.

Dios mío, ¿qué está pasando?

"Cállate. Claro que lo hace", me dio un codazo Mary.

"No. Ni de coña", me reafirmé. No estaba preparada para esto. Todavía no.

Para mi sorpresa, Mary lo dejó pasar. Apartó la mirada del trío de guapos y me miró "Vale. Entonces... ¿quieres tomar algo o bailar?"

El precio de las bebidas apareció en mi mente.

"Bailar", dije.

Al menos sería gratis...

Capítulo Cuatro

Jason

Claro que me fijé en ella enseguida. Las luces del club parecían ser absorbidas por su vestido azul. Un vestido que dejaba poco a la imaginación, pero que la realzaba en todos los sentidos. Pechos perfectos, un culo precioso, piernas para días...

"Vaya... mira a la de rojo", exhaló Isaac, con los ojos brillantes. Mis ojos se deslizaron hacia la mujer morena que estaba junto a la mujer que había captado mi atención.

Sí. Ella también estaba buenísima, pero algo en ella me hacía sentir... distanciado. Como si no fuera mi tipo.

No, fue su amiga la que me encendió. Encendió una llama en mi interior.

"Oye, sé que no soy de mucha ayuda aquí, pero mi consejo sería que fueras allí", me dio un codazo Marcus, con sus ojos siguiendo los míos.

"Creo que lo haré", respondí.

Pero cuando volví la vista hacia donde estaban las dos mujeres, ya no estaban. Me invadió un momento de pánico. ¿Dónde coño se habían metido? Rápidamente, escudriñé entre la multitud.

Entonces, las encontré de nuevo. Estaban bailando.

Joder, qué bien se mueve esa chica, pensé.

El vestido azul se movía de un modo que evocaba todo tipo de pensamientos. Sucios. Asintiendo a Marcus e Isaac, dejé atrás la mesa, sus miradas de aprobación a mi espalda.

"No me esperen despiertos", dije. Sus risas me inundaron.

La pista de baile estaba abarrotada, pero la chica del vestido azul tenía un aura propia. El pelo castaño con rizos sueltos caía sobre sus hombros desnudos mientras se contorsionaba y deslizaba al ritmo de la música, una mezcla de baile de salsa sexy con un ritmo apasionante.

Acorté la distancia que nos separaba. Al hacerlo, sus ojos, que habían permanecido cerrados mientras se dejaba llevar por la música, se abrieron de golpe.

Dios mío. ¿Son... lilas?

Nunca había visto un color de ojos como ese. ¿Eran sólo las luces? ¿O sus ojos eran realmente de un color gris púrpura?

Nuestros ojos se conectaron. Puro fuego.

Sin embargo, la bloqueó. Todo el abandono dejó su cuerpo y quedó suspendida, como suspendida en el tiempo, en la pista de baile, con el cuerpo repentinamente inmóvil.

Tenía que hacer algo. Di un paso hacia ella, inmediatamente en su espacio. Su perfume, una mezcla de sándalo y especias, llenó mis sentidos.

"Baila conmigo", le ordené, moviendo las caderas al ritmo.

Nuestras miradas se quedaron fijas y percibí un atisbo de fastidio en sus facciones. ¿Estaba a punto de mandarme a la mierda?

Hazlo, me gustan las picantes...

Con la misma rapidez, se le pasó y empezó a moverse. Al principio lo hizo despacio, recuperando poco a poco la tranquilidad que había sentido unos segundos antes.

Sus caderas se balanceaban, todo su cuerpo se mecía a un ritmo fácil. Mis manos rodearon su cintura. Aunque parecía cautelosa, me dejó y me acerqué, sintiendo la atracción de aquel cuerpo increíble hacia el mío. Era musculosa pero suave... una combinación perfecta.

El calor y la energía comenzaron a surgir hacia abajo...

Esta chica me hizo *algo*. Eso era innegable.

Durante varios momentos, sólo nos comunicamos de esta manera: de animal a animal. La música era nuestra puntuación y nuestra guía. Demasiado pronto terminó, transformándose en otra cosa.

En ese momento, la chica del vestido azul se volvió hacia su amiga que bailaba cerca.

"Sigue bailando", dijo su amiga.

Ahí lo tenía. Permiso de su amiga.

No es que necesitara algo así.

"Soy Jason", dije.

"Darcy", respondió ella.

"Encantado de conocerte", dije, acomodando mi cuerpo al ritmo ligeramente más lento de la música. Una salsa de ritmo lento. Darcy empezó a balancearse más despacio, sus caderas se volvieron casi hipnóticas.

"¿Estoy segura de que siempre te acercas a la gente de esta manera?"

"¿Por qué? ¿Te incomoda?" Le pregunté.

Ladeó la cabeza un momento, como si se lo estuviera pensando. "No sé..."

A ella no le importaba. Me di cuenta.

"Me resultas familiar", dije. "Como si te hubiera visto antes en algún sitio..."

No estaba seguro de que fuera del todo cierto, pero algo en ella me había atraído hasta aquí. Esa era una razón tan buena como cualquier otra.

Darcy sonrió con satisfacción. De alguna manera, la hacía parecer aún más sexy. "Probablemente en la cola de la caja. Es donde he estado la mayor parte de mi vida", respondió.

Su expresión era difícil de leer. ¿Estaba bromeando? ¿Cómo podía trabajar en un supermercado una chica tan atractiva con un vestido así? Era difícil de entender.

"Ah, así que *eres* la escurridiza reina del supermercado. ¿Dónde has estado toda mi vida?" Bromeé, decidiendo aceptar su broma en lugar de ignorarla. ¿Quizá esa era su manía? También podría ser la mía.

"Debo admitir que nunca he visto a nadie escanear objetos con tanta delicadeza", continué. Su risa llenó el aire a nuestro alrededor.

"Bueno, es una vida glamurosa, déjame que te diga", respondió poniendo los ojos en blanco.

De un solo movimiento, coloqué mi mano en la parte baja de su espalda y sentí que nuestras caderas se tocaban. Si ella podía sentir la excitación abajo, no me importaba. *Quería que* ella la sintiera. Empezaba a pensar que ella también sentía algo por mí.

"¿Con quién estás aquí?" Pregunté.

Los ojos de Darcy se dirigieron hacia la chica del vestido rojo. "Con mi amiga Mary", fue todo lo que dijo.

"¿Sólo ella? ¿Nadie más?" Eso me parecía imposible. ¿Cómo podía esta chica estar aquí prácticamente sola?

Ante mi pregunta, los ojos de Darcy se entristecieron. Un repentino tirón de algo.

"Bueno. Estamos aquí como en un tipo de aventura. Un experimento... Acabo de romper con alguien y..."

Sus palabras se interrumpieron y apartó la mirada, su cuerpo seguía moviéndose al compás del mío. No pregunté nada más. No quería saberlo. Además, si el recuerdo con el que luchaba era doloroso, tanto mejor para mí, ¿no?

"Tu amiga debe de ser muy buena", dije en su lugar, tratando de tapar el hueco en la conversación.

Los ojos de Darcy volvieron a dirigirse a mí, todavía de color lila.

"Oh, sí. Es la mejor. Sólo desearía tener la misma habilidad para elegir hombres que para elegir a mis amigas. Tal vez no habría terminado con un hombre tramposo, inútil y *casado*", sus palabras salieron apresuradas.

Oh. Eso era. Qué maldito perdedor debe haber sido ese tipo. Y qué victoria para mí.

Por el contrario, me acerqué más a Darcy, dejando que el aroma de su pelo me zumbara durante un segundo. "Bueno, me quedo con la victoria. Pasara lo que pasara allí, me abrió el camino para conocerte".

Al oír mis palabras, sentí que su cuerpo se debilitaba ligeramente, como si se le hundieran las rodillas.

Bingo.

"Supongo... que sí", respondió Darcy.

Su cabeza se acercó a la mía, su aliento caliente en mi cuello.

Joder, esta chica me ponía muy cachondo.

"Lo sé", le susurré, rozándole la oreja con los labios. Respiró hondo. Hice mi movimiento.

Nuestros labios se tocaron. Fuego instantáneo.

¡Vaya!

Labios suaves impregnados de especias. El deseo me inundó. Cada parte de mí. Desde los dedos de los pies hasta el cuello y, sobre todo, las partes sensibles de en medio, se encendieron destellos de calor.

Al separarnos, nuestros ojos se volvieron a fijar.

"¿Quieres ir a un lugar más privado?" Me aventuré.

Los ojos de Darcy se dirigieron al lugar donde momentos antes había estado su amiga Mary. Ahora, una pareja que se retorcía ocupaba el espacio. Mary no aparecía por ninguna parte.

"¿Y bien?" Le pinché suavemente, agachando la cabeza para besar el cuello de Darcy. La piel estaba tirante, ahogada en su perfume.

"Sí", respiró ella.

Decisión tomada.

"Vamos, entonces", respondí, apartándome.

La noche acababa de mejorar infinitamente.

Capítulo Cinco

Darcy

Debería mandarle a la mierda. Debería decirle que está siendo un idiota. Definitivamente no debería decirle que me está poniendo muy caliente...

Mis pensamientos se arremolinaban y zumbaban igual que la música a mi alrededor.

Pero *ese* beso. Fue como comerse un rayo. La energía y el deseo llenaban cada parte de mí, y sólo quería más.

Y claro, tenía demasiada confianza en sí mismo, rozando la arrogancia, pero era sexy. Era imposible resistirse, sobre todo ahora que me sacaba de la pista de baile y me llevaba a la parte trasera de la discoteca.

Nuestros dedos permanecieron entrelazados mientras él se inclinaba para hablar con uno de los conserjes que vigilaban las exclusivas zonas VIP. El roce de sus dedos con los míos me producía escalofríos en el brazo, que se deslizaban por el pecho y descendían. Sentí que se me mojaban las bragas.

"Sígueme", murmuró el hombre del traje negro. Jason me hizo un leve gesto con la cabeza, me hizo avanzar y entramos en un largo y tortuoso pasillo iluminado únicamente por una fina franja de luz gris.

El vestíbulo estaba salpicado de puertas, presumiblemente a zonas VIP especiales. Incluso bajo el aroma de los cuerpos calientes y la bebida, podía detectar los vapores de los paneles de yeso y la pintura. Este lugar era *así de* nuevo.

Con una tarjeta, el hombre abrió una puerta al final del pasillo. Daba a una habitación grande, casi espartana.

"La nevera de vinos está totalmente surtida. Si necesita algo más, utilice la pantalla táctil que hay junto a la puerta. Disfruten de la velada", dijo el conserje, de algún modo mágico, en un tono bajo y, sin embargo, superando el estruendo de la música.

"Gracias", respondió Jason.

Un momento después, la puerta se cerró, borrando casi por completo el sonido de la discoteca. En su lugar se oyó un ritmo de baile lento y ondulante, transmitido por algún altavoz secreto.

"Bienvenida", ronroneó Jason, quitándose la chaqueta y tendiéndola sobre una de las pocas sillas de la habitación. Lo que había sospechado resultó ser cierto. Bajo aquella chaqueta había un cuerpo tenso, la camisa increíblemente confeccionada para ser ceñida en todos los lugares adecuados.

Miré a mi alrededor. Una mini cocina, algunas sillas y una mesa negra y, por encima de todo, una cama enorme con sábanas negras y grises. Era lisa. Era elegante.

Era sexy.

Así vivían los VIP.

"Es... algo", respondí, cojeando. No es que tuviera mucha experiencia en esto. Rupert y yo siempre habíamos sido más del tipo de hotel promedio...

"No tan 'algo' como tú", dijo Jason. Dio un paso hacia mí y se quedó un momento mirándome, asimilándome. La electricidad volvió a fluir entre nosotros, inconfundible.

"Eres jodidamente preciosa", susurró.

"Hmmm... gracias", susurré, deleitándome con el elogio.

El calor de su cuerpo me mareaba ligeramente. Quería que me engullera aunque amenazara con derrumbarme.

Permanecimos juntos durante tres deliciosos segundos más y tomé la decisión de zambullirme, de no resistirme más.

Nuestros labios se encontraron una vez más, y la chispa fue aún mayor que antes. Sentí que se me doblaban ligeramente las rodillas.

Los labios de Jason eran suaves pero firmes, y sabía besar. Dios mío, sabía cómo besar. Al igual que su personalidad, era seguro de sí mismo. Su lengua encontró la mía y nuestro beso se hizo más profundo, su respiración entrecortada me indicó su deseo.

Un momento después, sentí que sus dedos se enredaban en mi pelo, se levantaban por encima de mi cuello y tiraban de mí para acercarme. Los besos se intensificaron, ardieron con un frenesí creciente.

Con una mano en mi pelo, Jason deslizó la otra hasta la parte baja de mi espalda y sus dedos se extendieron por mi espalda. Nuestros cuerpos se tocaron y su excitación se hizo evidente incluso a través de nuestras ropas. De repente, sentí como si mi pequeño vestido cubriera mi piel caliente con demasiadas capas.

Mis manos estaban igual de ocupadas. Levanté las manos y las puse sobre el pecho de Jason, palpando los ángulos y las crestas de su musculoso pecho bajo la suave camisa. Era sólido y lo único que deseaba era tocar su carne desnuda.

Sin dejar de besarle, puse mis dedos a trabajar, abriendo los botones de su camisa, revelando lentamente la hermosa piel que había debajo. Apoyé las manos en sus pectorales, flexioné los dedos y dejé que mis uñas lo arañaran suavemente. Sentí una deliciosa respuesta en su cuerpo.

Así que le gusta un poco duro... Puedo hacerlo duro, pensé, mi deseo creciendo.

Su mano abandonó mi pelo y bajó por mi cuello, entre mis omóplatos, hasta llegar a la cremallera de mi vestido.

Increíblemente al compás de la sensual música, deslizó la cremallera hacia abajo, los pequeños dientes cedieron, la segunda piel del vestido se despegó de mi cuerpo caliente.

Al instante, mis pechos se estremecieron y se aflojaron, cediendo su apretada prisión. Una pequeña brisa del aire acondicionado me hizo cosquillas en la espalda.

Jason no perdió el tiempo. Pasando de mis labios a mi cuello, su mano izquierda tiró de la parte delantera de mi vestido, apartándolo de mi cuerpo y deslizándolo hasta el suelo. La brisa aumentó a medida que mi cuerpo desnudo, a excepción del tanga, quedaba expuesto al fresco de la habitación. Saboreé el delicioso frío.

Apartó su cuerpo del mío por un instante y los ojos de Jason me absorbieron, abriéndose ligeramente.

"Joder, eres incluso más guapa de lo que pensaba", respiró, enviando un escalofrío de una naturaleza completamente diferente a través de mí. "Quiero esos..."

Bajó la cara, cogió ambos pechos con las manos y no tardó en llevarse un pezón a la boca.

"¡Ah!" Jadeé, deleitándome con la emoción y el leve dolor de su atención. Era enérgico, pero sabía cuánto apretar.

Mientras chupaba y besaba un pecho, su mano derecha acariciaba el otro, provocándome oleadas de placer. Me quité los tacones, sintiendo cómo crecía la humedad de mis bragas.

"Mmmm", le recompensé, serpenteando mis manos por su espeso y oscuro cabello. Me sentí increíble, me sentí venerada, me sentí adorada, me sentí...

De repente, se detuvo, con una sonrisa en la cara. Sabía lo suficiente para mantenerme expectante.

"Ven aquí", me ordenó, apartándose de mí y llevándome a la cama. Con un rápido chasquido, apartó las sábanas para dejar al descubierto unas sábanas gris plateado, impolutas y ajustadas.

Posiblemente fuimos los primeros en utilizar esta cama. Íbamos a poner el listón muy alto, ya estaba segura de ello.

"Acuéstate", me invitó, cogiéndome de la mano y bajándome suavemente sobre el mullido colchón.

"¿Qué pasa ahora?" Pregunté, con una voz mezcla de sensualidad, curiosidad y cautela.

"Te adoro, eso es", fue la respuesta.

Y con eso, yo era masilla en sus manos.

Tumbada boca arriba, Jason estaba de pie al final de la cama, con los ojos fijos en mí. Sus dedos terminaron el trabajo que los míos habían empezado, desabrochando el resto de sus botones. Con un movimiento de muñeca, se quitó la camisa de encima y sus níveas alas de ángel volaron por la habitación hasta posarse, increíblemente, en la silla donde estaba su chaqueta.

El bulto de sus pantalones era evidente y lo miré con avidez. Me sorprendió mirando y sonrió con satisfacción. *Puedo esperar*, parecían decir.

Levantando una mano para decirme que me relajara, empezó.

Inclinándose hacia delante, Jason dejó que su lengua recorriera desde la base de mi garganta lentamente hacia abajo. Mis manos, tendidas a los lados, ardían por tocarlo, pero me dejé atender, obedecí las órdenes de Jason.

Sus manos sólo rozaron suavemente mis pechos con mis pezones erectos mientras bajaba. Una provocación. Una delicia.

Deslizando sus manos por mis costados, su lengua me guió, descendiendo por el valle de mi vientre y volviendo a subir hasta lo alto de mi cintura.

Allí, sus pulgares se engancharon bajo el fino encaje de mi tanga y lentamente, oh tan lentamente, tiró. Arqueando ligeramente la espalda, le dejé el espacio que necesitaba para quitármelo del todo.

Allí estaba yo, abierta y húmeda. Ansiosa por lo que viniera a continuación.

Lo que vino después fue alucinante.

Jason se colocó entre mis piernas y se tomó su tiempo. La música le ayudaba, su ritmo suave y sensual creaba ambiente.

Su aliento era caliente en mi piel mientras besaba la zona que me rodeaba, la parte superior de mis piernas, los huesos de mi cadera, *lo* suficientemente cerca pero no lo...

"¡Oh! Ah..." Exhalé, mientras su lengua me lamía, encontrándome, las partes más sensibles de mí.

Sí, sabe exactamente qué hacer...

Juntando sus manos alrededor de mis caderas y mi culo, Jason me lamió lentamente, leyendo mis ritmos, asimilando mis respuestas. Cuando gemía, tomaba nota. Cuando me estremecía, repetía la acción. Yo era un libro y él me leía a la perfección.

Pude sentir la excitación casi de inmediato. ¿Cómo era posible estar tan cachonda justo después de sufrir una rotura de corazón?

¿Acaso importa? Cállate y disfruta de esto...

Lo hice, la lengua de Jason no me dejaba otra opción. Abriendo más las piernas, dejé que una mano subiera hasta mi pecho izquierdo, sintiendo mis propios dedos en el pezón, añadiendo picante a todo.

El calor comenzó a aumentar. La sensación empezó a crecer. Jason lo sintió y respondió, moviendo su lengua cada vez más rápido, la presión cada vez más profunda.

Como un géiser, podía sentir cómo todo crecía, la cascada de deseo que se elevaba y elevaba y crecía y crecía, la lengua de Jason moviéndose y moviéndose hasta que...

"¡Oh Dios! ¡AH!"

Me corrí. El clímax desgarrándome, destrozando toda lógica y sentido, todo sentido del lenguaje desaparecido.

Era pura sensación, nada más que dicha.

Quería quedarme allí para siempre.

Pero la dicha es efímera.

Momentos después, mi cuerpo tembloroso volvió a la tierra. Volvió a un Jason sonriente.

"Eres jodidamente caliente cuando te corres", dijo, con la boca resbaladiza.

"Ven aquí. Quiero ver lo que te pasa", le ordené, tirando de su bragueta.

Ahora, estaba listo para complacerme. Ahora, estaba listo para unirse.

Un segundo después, estaba desnudo, con el cuerpo tan esculpido y hermoso como había imaginado. La luz tenue captaba y adoraba cada surco de su increíble cuerpo. Su virilidad se hinchó.

Cogiéndome las dos manos, Jason tiró de mí hacia arriba. Mi pelo salió volando y él me atrapó con pericia, mis piernas se enroscaron en su cintura mientras él levantaba con facilidad todo mi cuerpo.

"Adelante. Estoy lista", arrullé, bajando de su cintura para...

"Uh..." Gimió, mientras entraba en mí, sus hombros tensos mientras sostenía todo mi peso.

"Mmmm", respondí, sintiendo el rayo de electricidad mientras me penetraba profunda y lentamente.

Apoyándome por debajo, nuestros cuerpos empezaron a mecerse. Al principio, el ritmo era glacial, pero cada embestida nos hacía correr ríos de placer que se extendían hasta las puntas de nuestros cabellos. El sudor brotaba de nuestra piel, haciéndonos resbaladizos bajo la suave luz.

Nuestras bocas se conectaron, la amplia postura de Jason sosteniéndome mientras nos movíamos juntos y separados, nuestros besos reflejando nuestras caderas por debajo.

Mis manos agarraron su espalda, sus hombros, mis uñas clavándose en su piel, su cuerpo crispándose de placer.

El ritmo aumentaba, Jason gemía y gemía de placer creciente, nuestros cuerpos en perfecta sincronía, nuestros besos buscando devorar al otro.

"Oh... te sientes tan jodidamente bien", dijo entre besos. "Tan... jodidamente... bien".

"Mmm Hmmm", fue todo lo que logré responder. Estaba más allá del lenguaje, sólo era capaz de responder a la pura sensación, al puro sentimiento.

Entonces, con una sacudida, Jason detuvo sus embestidas y volvió a tumbarme en la cama, manteniendo nuestros cuerpos unidos con cuidado.

"Quiero mirarte a los ojos..." Respiró, con el cuerpo al límite.

"Yo también", conseguí ronronear.

Empezó a moverse de nuevo, esta vez más profundamente, haciendo que mi cuello se arqueara.

"Quédate conmigo... quédate... conmigo", ordenó Jason, con la mandíbula apretada y los músculos en tensión.

Nos movimos con velocidad, nuestros cuerpos se apoderaron de nuestras mentes racionales, la creciente fuerza de la pasión nos superó... nos bañó...

Sus ojos se clavaron en los míos y Jason se corrió. "OHHHHH", gruñó.

Sin poder mantener el contacto visual, sus ojos se giraron y se cerraron de placer mientras escapaba hacia su orgasmo. Me aferré a él, siguiéndole en el viaje.

Qué jodidamente sexy era, entregándose por completo a ello.

Durante unos instantes, permaneció en éxtasis, la oleada le abrumaba. Nuestros cuerpos se estremecieron al unísono y luego, con un último empujón, nos fundimos el uno en el otro sobre la cama.

El cuerpo resbaladizo de Jason yacía sobre el mío, nuestras respiraciones agitadas.

Como si nada, la música se transformó en algo lacónico, incluso perezoso. Brillante.

Nos tumbamos perfectamente agotados, después de haber bautizado la habitación.

No tenía ni idea de lo que pasaría después. Sólo quería saborear el presente.

Capítulo Seis

Jason

Mierda, fue increíble. ¿Quizás el mejor sexo de la historia?

Cuando el subidón de mi increíble orgasmo empezó a remitir, hice balance. Darcy no sólo era preciosa, sino que también era increíble en la cama. Cada parte de ella era perfecta. Me ponía caliente en todos los sentidos...

Tranquilízate, tío, me aconsejó la voz más racional de mi cabeza. Decidí hacerle caso. Después de controlar la respiración, me separé lentamente del cuerpo resbaladizo y sexy de Darcy para tumbarme a su lado, apoyando la cabeza en la mano. Le dediqué una de mis mejores sonrisas, sintiendo cómo el resplandor de nuestro tiempo juntos infundía y suavizaba mis músculos.

Me miró -sus ojos lilas como ascuas mágicas en la difusa iluminación- con expectación.

"Eso fue bastante genial", empecé. "En realidad, más que genial".

Sonrió, mostrando un bonito hoyuelo en una mejilla. Algo que no había notado antes. El descubrimiento me resonó; otro descubrimiento sobre esta mujer que me fascinaba.

"Sí, estoy de acuerdo", respondió, pero sentí que algo se cerraba dentro de ella, como el cierre de una puerta. Se estaba cerrando en banda. Podía sentirlo.

Desplazando mi peso para poder verla mejor, intenté mirarla a los ojos una vez más. Sólo conseguí apartarla. Agarró la sábana de arriba y se la subió, impidiendo que viera sus hermosos pechos.

"Me gustaría volver a verte", me aventuré, con la esperanza de que se volviera de nuevo. Sabía que había sufrido una ruptura recientemente. ¿Era eso lo que ahora la cerraba?

Su rostro se congeló, fijando sus facciones. Sus ojos parecían vidriosos. Distantes.

"No estoy preparada para una relación", respondió. Mientras hablaba, se incorporó, llevándose la sábana con ella. Contemplé su elegante espalda, el suave oleaje de sus caderas...

Maldita sea, está buena...

Mi cuerpo y mi mente estaban en guerra. Una parte de mí la deseaba de inmediato, pero mi mente me lo impedía. La estaba perdiendo incluso antes de empezar...

"Yo tampoco", me reí. "Pero siempre estoy dispuesto a divertirme un poco. Y parece que nos divertimos juntos", razoné.

"Eh... sí", respondió Darcy. Su respuesta no me aportó nada.

Decidí ser más directo. "Para sexo. Me gustaría quedar para tener sexo".

"Oh, no lo creo. No estoy en un buen momento para algo así. No me malinterpretes, he tenido una noche increíble. Más que increíble, pero no puedo..." Se levantó y empezó a vestirse, rebuscando entre el detritus que era nuestra ropa desechada. "Lo siento".

Durante un breve instante, ninguno de los dos habló. La observé mientras volvía a ponerse el tanga, disfrutando -y sintiéndome un poco celoso- de cómo el fino material adornaba su piel resplandeciente.

Entonces, antes de que se me ocurriera la idea, las palabras salieron de mis labios.

"¿Dirías lo mismo si salir conmigo significara que te darían dos millones de dólares?"

Cuando la pregunta aterrizó, Darcy estaba arqueando un pie dentro de su vestido. De repente, se detuvo como si la hubieran alcanzado con una pistola aturdidora. Metió rápidamente el pie en el vestido y se lo subió.

"¿Qué has dicho?" Su voz tenía un tono gélido.

"¿Saldrías conmigo si te pagara dos millones de dólares?"

Puso las manos en las caderas y me miró incrédula. "¿Qué clase de mujer crees que soy? ¿Crees que hago esto a menudo? Que lo hago para... simplemente..." Se estaba poniendo nerviosa y no pudo terminar la frase. Se sentó pesadamente en una silla y empezó a ponerse los tacones.

Me incorporé, intentando bajar un poco la temperatura.

"No intento ofenderte. En absoluto. Simplemente estoy haciendo una propuesta", empecé, tirando de la sábana sobre mi entrepierna. "Además, nadie rechazaría dos millones de dólares".

Darcy había terminado de ponerse los zapatos y me miró, con rostro pétreo. "Bueno, aquí estoy. Diciendo que no. Es raro escuchar eso tan pronto después de... después de lo que acaba de pasar".

"Déjame explicarte, entonces. Soy abogado, y estoy en medio de un juicio bastante importante en este momento, pero ha habido un contratiempo".

El rostro de Darcy se suavizó un poco. Lo tomé como una señal positiva.

"Hay mucho en juego, sobre todo por las personas implicadas, y a algún personaje mediático de pacotilla se le ha metido en la cabeza que de alguna manera he intimidado a un testigo clave. No es cierto, por supuesto, pero mi imagen ha sufrido un duro golpe. Uno bastante grande".

"De acuerdo..." Darcy dijo, inclinándose.

"Así que tengo un problema de relaciones públicas entre manos. Uno que aún no he podido resolver".

"Y esto me involucra, ¿cómo?"

"Bueno, me están describiendo como un fiestero desalmado al que no le importa empujar a los testigos, se pasa la noche de fiesta y no tiene consideración por nada. Necesito hacer algo para demostrarles que no soy ninguna de esas cosas..."

La expresión de Darcy se tornó dudosa. Entendía su punto de vista. Después de lo que acabábamos de hacer, no me estaba ayudando mucho. Sin embargo, seguí adelante.

"Si puedo mostrar a los medios que estoy envuelto en un romance relámpago -con alguien tan sexy como tú- creo que los despistaría. Incluso los pondría de mi lado. Tienes algo magnético. Algo que creo que cambiará las tornas".

A pesar de sus esfuerzos, me di cuenta de que mi cumplido había surtido efecto. Incluso con la luz difusa, pude ver cómo se ruborizaba ligeramente.

"¿Y crees que yo podría ayudarte?"

"*Sé que así será*. Tienes algo en ti. Algo que no puedo nombrar. Y además, congeniamos. Eso es obvio. Saldríamos juntos, tú ganarías un buen sueldo y los dos lo pasaríamos muy bien. Es una situación en la que todos salimos ganando", concluí, sintiendo el mismo zumbido que siempre sentía después de un sólido alegato final. ¿Cómo podría Darcy resistirse a mí ahora?

Totalmente posible.

El rostro de Darcy era ilegible. A pesar de la increíble velada que acabábamos de pasar juntos, Darcy no se iba a dejar convencer fácilmente.

Busqué una respuesta.

No iba a ser tan fácil como esperaba.

Capítulo Siete

Darcy

"¿Ganar, ganar?" Respondí. "No estoy segura de eso..." Murmuré mientras tiraba de la correa de mi tacón alto sobre mi pie. De repente, la habitación, antes amplia y ventilada, me pareció cargada, incluso sofocante. Tenía que salir de allí y despejarme.

Lo más difícil no era que no estuviera segura de mis sentimientos. Lo estaba. Había demasiados. Todos en conflicto entre sí. Con un poco de aire fresco y un cambio de escenario, *tal vez* sería capaz de ordenarlos. Pero con el cuerpo de Jason, sus ojos penetrantes y su sonrisa confiada tan cerca, eso parecía imposible.

"¿De qué no estás segura?" Me preguntó, inclinándose más hacia mí. Sus hombros eran hermosos, como los de El David. Esculpidos y suaves y...

Concéntrate. Esto tiene que terminar... ¡ahora! Mis pensamientos gritaban.

"Muchas cosas. Quizás es hora de que me vaya..." Tartamudeé, tratando de sonar confiada. Genial, incluso. Apenas me convencí a mí misma.

La verdad era que mi historial con los rollos de una noche era bastante pobre. Hasta hace unos momentos, inexistente. Sólo ese hecho requería un tiempo de reflexión. Tenía que resolver cómo me sentía al *respecto*, especialmente teniendo en cuenta que acababa de perder a Rupert.

En segundo lugar, la oferta de Jason de *pagarme* por *compañía* me parecía mal. Rozando lo ilegal y, bueno, sucio. ¿Me había convertido en prostituta sin saberlo?

La idea me revolvió el estómago y sentí que las mejillas me ardían de vergüenza. Me di la vuelta y me ocupé del bolso.

"Vamos, quédate un poco más. Tómate una copa al menos", dijo Jason, mientras se ponía los calzoncillos y empezaba a caminar hacia la nevera del vino.

"No, está bien. Debería ir a buscar a Mary", dije, echándome el bolso al hombro.

Ya estaba completamente vestida, aunque estaba desesperada por encontrar un espejo y un baño para ver qué aspecto tenía mi pelo y si era obvio lo que había estado haciendo. ¿Podía leerse en mi cara "Prostituta personal del abogado Jason"? Esperaba que no. La vergüenza me desgarraba por dentro.

Al girarme para marcharme, capté el lenguaje corporal de Jason. Cómo, en un instante, cambió de relajado y confiado a molesto y posiblemente... algo más. ¿Estaba enfadado conmigo?

Cogió su camisa, se la puso y se abrochó rápidamente los botones. Luego, metiendo la mano en el pantalón, rebuscó en su cartera.

"Estoy confundido. Creía que habíamos conectado de verdad. Pero supongo que lo leí mal. O tal vez es sólo algo temporal. Eso es lo que espero de todos modos..."

Me miró con ojos de piedra. Aunque había pronunciado la palabra "espero", en realidad parecía decir lo contrario. Debería *querer* quedarme. Debería ordenarme que me quedara. Cualquier otra decisión sería absurda.

Y eso fue todo lo que necesité para salir de la habitación. Si nada más, necesitaba pensar. No podía dejarme intimidar por algo tan rápido. Fuera cual fuera nuestra conexión, él tenía que respetar mi tiempo y mi capacidad para pensar en algo así. ¿Verdad?

"Creo que tengo que irme..." Empecé.

Metió la mano en su cartera y me mostró una pesada tarjeta. Incluso en mi prisa por irme, pude sentir su peso. Su *coste*. Era una tarjeta de negocios. Una tarjeta que transmitía confianza y poder. La gente importante recibía este tipo de tarjetas.

¿Qué estaba haciendo con él, entonces?

"Toma. Toma esto. Considera mi oferta. Tienes hasta final de mes para ponerte en contacto conmigo. Después, tendré que considerar otras opciones. De las que tengo sobre la mesa", dijo, con la irritación cortando su voz.

"Vale..."

"Necesito aparecer con alguien impresionante del brazo para que esto desaparezca. Si no quieres el trabajo, puedo encontrar fácilmente a alguien que sí".

Le miré a los ojos en ese momento, algo incrédula por su actitud chulesca y su clara mentira. Parecía que su oferta había sido bastante espontánea. ¿Cómo era posible que hubiera conseguido a alguien tan rápidamente?

Si sentía que le había pillado en una mentira, no le molestaba. De hecho, parecía tener el efecto contrario. Se volvió más audaz.

Pasó de una mueca irritada a una sonrisa dentada y me miró directamente a los ojos. "Pero algo me dice que estás a punto de decir que sí".

Segundos antes había dudado. Incluso tímida. Aquí estaba yo, saliendo de mi primera aventura de una noche, actuando avergonzada y reacia.

Su actitud chulesca galvanizó algo en mí. Tenía que salir de allí y poner orden en mi cabeza. Y no quería darle la satisfacción de pensar que me tenía toda resuelta.

No lo hizo.

Porque no me tenía resuelta. ¿Cómo podría haberlo hecho?

"Gracias por una gran noche", dije con frialdad. "Adiós".

Antes de que pudiera decir otra palabra, abrí la puerta de la suite. Con un leve sonido de succión, el sello de la habitación se rompió y el estruendo de la música del club volvió a asaltarme.

Cualquiera que hubiera sido la reacción de Jason, resistí el impulso de cronometrarlo. Necesitaba espacio y necesitaba aire.

Necesitaba orientación.

Caminando al ritmo de la música, intenté poner en orden mis pensamientos. Mi cuerpo se sentía ágil, incluso sexy. Después de todo, ¿no acababa de pasar un rato increíble en la cama?

Aun así, no podía deshacerme de los filamentos de vergüenza que llevaba adheridos.

¿Cómo puede ser todo tan confuso?

Jason era muy sexy. Incluso mientras caminaba, imágenes de su cuerpo volaron sin previo aviso a los ojos de mi mente. Cómo se movía. Cómo se retorcía. Cómo sus ojos se conectaban con los míos...

Los fragmentos de conversaciones competían con las imágenes de contenido X.

"¿Saldrías conmigo de vez en cuando si te pagara dos millones de dólares?" Llegó el sonido de la voz de Jason.

Compitió con otro: *"...tiendes a desanimarte y a rendirte. A decirte a ti misma que el amor es imposible. Que nunca encontrarás al Elegido..."*

La voz de Mary. Tenía que encontrarla. Tenía que hacerlo.

Las sombras de las bailarinas en la pista aparecieron justo delante. Me acercaba al final de la zona VIP. De vuelta a la realidad.

Una realidad llena de facturas impagadas, deudas crecientes, un trabajo en ninguna parte y muchos desengaños.

¿Realmente acababa de decir que no a DOS MILLONES DE DÓLARES? ¿Había desperdiciado la oportunidad de divertirme con un tío bueno de verdad?

Claro, puede que no sea el Elegido, pero ¿tal vez podría haberme divertido mientras tanto?

¿Qué me pasaba?

Para entonces, ya había pasado el conserje de la zona VIP y estaba de pie al borde de la pista de baile, con los ojos escrutando a la multitud en busca de cualquier señal del característico pelo de Mary.

No eres la novia a sueldo de alguien. Aunque su dinero financiara tu carrera de maestra...

Esa voz era totalmente mía. La voz de la lógica y la razón. ¿Dónde había estado unas horas antes?

A diferencia de todas mis otras preguntas, yo sabía la respuesta a esa. Jason me hizo algo. Algo primitivo. Hizo mi cuerpo masilla. La forma en que sus ojos me miraban, se bebían mi cuerpo...

Ahora no. Ya te divertiste...

Sacudí la cabeza para despejar los pensamientos sucios. Ese Jason era muchas cosas y super sexy era una de ellas. Lástima que fuera unida a tantas otras cosas. Cosas no tan sexys.

Pasó casi un minuto mientras miraba a las bailarinas que se retorcían. No había ni una sola que se pareciera a Mary entre ellas.

Su orientación y sus consejos lúcidos tendrían que esperar.

Saqué mi teléfono y abrí la aplicación de Lyft.

Tendría que aprovechar el viaje a casa para aclarar mis pensamientos.

Como si tal cosa fuera posible.

Capítulo Ocho

Darcy

Mis dedos volaron furiosamente sobre el teclado de mi teléfono:

'¿Dónde estás? ¿Estás bien?'

Esperé la respuesta durante unos minutos angustiosos. Con los oídos zumbando, me quedé en la acera de la puerta del Club Hedo, intentando no pensar en el portero al que me había acercado a toda prisa, en los bailarines que se habían agolpado dentro, en la gente afligida que seguía esperando fuera, con la esperanza de pasar la inspección.

Sobre todo, traté de no pensar en el hombre increíblemente caliente que acababa de volar mi mente y mi cuerpo y que todavía estaba dentro.

No pienses en él... como si eso fuera posible...

El Lyft se estaba tomando su tiempo. Sentí pánico mientras esperaba a que Mary me contestara.

Para mi alivio, mi teléfono empezó a brillar con las alegres burbujas que indicaban que Mary me estaba respondiendo.

'Más que bien. Encontré una mujercita caliente. ¿Estás bien?'

A pesar del torbellino de mis pensamientos, sonreí. A diferencia de mí, Mary se sentía muy cómoda ligando con la gente. Envidiaba su facilidad y confianza. Y cómo, incluso en los encuentros más casuales, conseguía que sus parejas se sintieran especiales.

'Sí. Supongo. Me enrollé con el hombre guapo.'

Mis dedos revoloteaban. ¿Cuánto más debía decir? Pulsé la flecha de envío antes de poder escribir nada más. Menos mal, porque en ese mismo instante se detuvo mi Lyft, un Lexus SUV plateado y limpio, conducido por un tipo amable llamado Derek. Tras unos saludos iniciales y confirmar el destino, se quedó callado.

Buen hombre, Derek, pensé. *Ya te voy a dar una buena calificación por leer mi mente y mantenerte alejado de la charla.*

La respuesta de Mary llegó apenas unos instantes después de que yo subiera a la parte trasera del coche.

'¡Qué bien! ¡Es grandioso! Así que estás más que bien, ¿verdad? ¿Por qué coño me estás mandando mensajes? ¿No deberías estar ya en la segunda ronda?'

El texto terminaba con un emoji guiñando un ojo y una berenjena.

Quería reírme. De verdad. Pero todo lo que sentía era tristeza. Tristeza por cómo Rupert me había traicionado. Tristeza por cómo Jason me había hecho sentir. Tristeza por haber caído en

todo eso. Cómo deseaba haber podido hablar con Mary en persona justo ahora.

Tuve que hacerlo. Tenía que decírselo por mensaje de texto. No podía esperar hasta mañana. Dormir sería imposible con todo lo que pesaba en mi mente.

Mientras Derek se abría paso entre la aglomeración del fin de semana, yo volví a centrar mi atención en el teléfono.

'No exactamente. Tuve que irme. Voy camino a casa. Él... se llama Jason, por cierto, dijo que me pagaría 2 millones de dólares por ser su novia.'

El mero hecho de escribir las palabras me avergonzaba. ¿Era eso realmente lo que quería? ¿Era esa realmente la oferta? ¿Le estaba haciendo justicia a Jason? Más importante aún, ¿me estaba haciendo justicia a *mí misma*?

Casi instantáneamente, las burbujas de respuesta se elevaron y desaparecieron. Un segundo después, Mary estaba llamando. Lo cogí inmediatamente.

"Lo siento, ¿qué?" Gritó Mary.

"¡Lo siento mucho! Sé que estás en medio de algo. ¡Podemos hablar más tarde!" balbuceé. Alcancé a ver los ojos de Derek mirando hacia arriba por el retrovisor para volver rápidamente a la carretera.

Buen hombre. Se merecía una propina aún mayor.

"Maldita sea, estoy en medio de algo. O de *alguien*, debería decir, pero esto parece bastante importante. Explícate, por favor".

¿Por dónde empezar?

Me volví hacia la puerta del coche y me agaché para que Derek no me oyera – ¿Por qué me importaba? – me expliqué lo mejor que pude.

"Está envuelto en algún escándalo público y necesita un lavado de imagen. Dijo que una chica guapa como yo de su brazo haría maravillas por su reputación. Sacarse a esos chacales de encima o algo así".

"¿Por una cantidad de 2 millones de dólares?"

"Sí. Algo así", objeté, sintiéndome tonta.

"¿Y lo rechazaste?"

Me quedé con la boca abierta. ¿Qué le *había* dicho a Jason? No me acordaba. O tal vez no había dado ninguna respuesta. Todo era posible.

"No exactamente. Sólo... cogí su tarjeta de visita y... me fui. Me ha dado hasta final de mes para responder".

A través del teléfono, oí el sonido de lo que sólo podía ser una respiración agitada. La cita de Mary se impacientaba. Oí cómo Mary la apartaba.

"Un momento, nena. Tengo que ocuparme de esto..." A lo que siguió un inconfundible ruido de besos. Las cosas se estaban poniendo calientes en la parte del mundo de Mary. Tenía que acelerar las cosas.

Un dolor se abrió en mí, desgarrándome el estómago y el pecho. ¿Hacía sólo una hora que estaba haciendo lo mismo? ¿Hace sólo unos días que lo hacía con Rupert?

¿Cómo había cambiado mi vida tan rápidamente?

"Lo siento, Mary. Parece que tienes un asunto que atender..."

"Ajá. Sí, pero tengo que decir que, si vas a rechazarlo, ¡dime cómo apuntarme!"

Su comentario me dolió y me hizo sonreír al mismo tiempo. Una sensación extraña. "Eres gay, Mary. ¿Te acuerdas?"

"Oye. Por $2 millones, puedo ser lo que él necesite".

Las dos nos reímos y sentí que la tensión del teléfono empezaba a relajarse. La cita de Mary también debió de notarlo, porque Mary habló un momento después. "¿Te lo vas a pensar al menos?"

A estas alturas, Derek iba viento en popa y pronto estaría en casa.

"¿Cómo podría no hacerlo? No todos los días aparece algo así. Piensa en lo que podría hacer con ese dinero. Podría ir a la escuela. Podría comprarme una casa decente. Podría..."

Me detuve, realmente aturdida. Pensar en tanto dinero era abrumador. Ni siquiera sabía cómo se *podía* gastar semejante cantidad de dinero. ¿Por dónde empezar?

"Entonces, ¿cuál es el problema?" Preguntó Mary.

"Me siento... mal, supongo", respondí, apoyando la cabeza en la fría ventana.

"Pfft. Sólo úsalo como un sugar daddy. Él sabe en lo que se está metiendo. Los dos son adultos. Trátalo como una transacción de negocios. Fin de la historia".

Todo lo que decía tenía sentido. Todo excepto la conexión que había sentido con Jason. La electricidad. ¿Podría ser contenida? ¿Podría realmente poner eso en una caja en el fondo de mi mente y olvidarme de ello? No parecía posible.

"Tal vez", evadí.

"El sexo fue genial, ¿cierto?" Mary declaró. ¿Cómo lo sabía?

Simple. Porque Mary sabía estas cosas. Debería dejar de sorprenderme.

Dije efusivamente: "Realmente lo fue".

Los ojos de Derek volvieron a mirar hacia el espejo retrovisor. Sólo un segundo. Me agaché aún más cerca de la puerta del coche.

"Bueno. Aún mejor. Cobra y echa un polvo. Eso digo yo".

"Tengo que pensarlo".

Para entonces, Derek estaba girando hacia mi calle. Como si nada, pude oír el cambio en la respiración de Mary. Su cita había vuelto y era más insistente que nunca.

"Mira, debo irme, Mary. Hablaremos pronto. Pásalo bien".

"Mmmmm", respondió Mary antes de que su obvio beso se rompiera lo suficiente como para que pudiera hablar. "Claro que sí. Hablamos pronto. Te quiero, querida".

"Yo también".

Colgué, sintiendo el silencio que ahora llenaba mi oído.

Derek se detuvo frente a la puerta de mi complejo de apartamentos y se volvió hacia mí.

"¡Espero que pase una buena noche!" Dijo alegremente. Casi demasiado alegre.

"Gracias. Tú también", dije, intentando igualar su entusiasmo.

No funcionó. Cuando cerré la puerta y Derek se alejó de la acera, volvieron los pensamientos intrusivos.

La noche con Jason fue, a primera vista, algo único, un encuentro excitante y alucinante en un lugar fabuloso. Nada más.

¿O no?

Me preocupaba que lo que Mary había dicho el día anterior fuera cierto. Que llevaba mi corazón en la manga y que cada vez que me relacionaba con alguien me hacía daño.

¿Había algo más con Jason? Si decía que sí a este acuerdo, ¿me dejaría herida? ¿O peor?

El atractivo del dinero era innegable, pero también lo eran la vergüenza y la culpa que llevaba aparejadas.

Por no hablar de que sólo de pensar en los ojos ardientes, el cuerpo precioso y la piel perfecta de Jason se me revolvían las tripas.

Trasteando con las llaves, conseguí entrar en mi pequeño apartamento. Con las luces apagadas, me desnudé y me tumbé en la cama, esperando que el olor familiar de mis propias sábanas me adormeciera.

Era una ilusión. Faltaban varias horas para dormir.

Al menos aún era fin de semana.

Capítulo Nueve

Darcy

"Ya puedes tomarte tu descanso", resopló Chester, de mala gana. "Pero esta vez que no sean más de quince minutos", añadió.

"Caramba, no me mates con tanta amabilidad", murmuré, apagando la luz de mi caja. La verdad era que ya me había tomado mi descanso, y Chester lo sabía. Habíamos tenido una gran afluencia de madres agobiadas comprando bocadillos y cosas para cenar, así que todos nos habíamos visto obligados a quedarnos trabajando.

Ahora estaba todo tranquilo, y me permitieron amablemente dirigirme a la monótona sala de empleados para dedicarme un muy necesario momento a mí mismo.

Abrí mi taquilla y cogí mi mochila, que contenía una barrita de cereales y una botella de agua. Al hacerlo, mi mano rozó un montón de papeles.

"¡Ah, sí! Mi correo", dije al aire. La sala de descanso estaba vacía.

Esa mañana, con las prisas por llegar a tiempo al trabajo, metí el correo del día anterior en el bolso con la intención de leerlo. La mayoría de las veces, todo lo que recibía era basura.

Y así fue en gran medida también en este caso, salvo por una inquietante carta de aspecto oficial. Parecía proceder de una empresa de gestión inmobiliaria cuyo nombre no reconocí.

Se me heló la sangre al leer su contenido.

"Querida Sra. Webb,

Su arrendamiento en el 402 Wildwood Ave, Unidad B ha sido declarado ilegal y poco ético. Debido a la naturaleza de la estructura de subarriendo de su acuerdo con Seymour Young, usted está en violación de las leyes de arrendamiento…

Mis ojos pasaron por alto el imponente lenguaje jurídico y se fijaron en las siguientes palabras:

Se le ordena desalojar el piso antes de fin de mes. Por la presente se notifica el desalojo..."

Me pasé el resto del descanso -olvidándome por completo de comerme la barrita de cereales- releyendo la carta, tratando de encontrarle sentido.

Cuando oí a Chester gritar para que volviera a mi caja en el carril de cajas nº 9, ya había digerido la horrible verdad: mi encantador y antiguo casero Seymour no era el verdadero propietario del apartamento. Me lo había subarrendado a mí, aparentemente sin que los verdaderos propietarios lo supieran. Era irritante, confuso y, sobre todo, aterrador: Estaba a punto de quedarme sin hogar.

"Deja de soñar despierta y vuelve a conectarte", gruñó Chester. Por lo general, podía responder a su insolencia con algo de la mía, pero hoy no podía hacer nada. Intenté que no cundiera el pánico

y puse el piloto automático durante el resto del turno, hasta que llegué a casa cojeando, aturdida y preocupada.

"¡Puedes dormir en mi futón!" Mary se ofreció, en cuanto le conté lo que había pasado. "No me importa en absoluto".

El problema era que a mí sí. El apartamento de Mary era como una estación de autobuses. Vivía con varias compañeras de piso, todas ellas con una vida sexual extremadamente activa. No había día ni noche en que la novia de alguien, el novio o ambos no estuvieran paseándose, en algún tipo de estado de desnudez.

A menudo bromeaba sobre ello con Mary, pero eso era porque yo tenía el lujo de mi propio pequeño -y definitivamente- apartamento de soltera. No había mundo en el que pudiera quedarme en su futón. Lo más probable es que al llegar a casa me encontrara con una pareja *en una* posición comprometida.

Me retraje, tratando de no herir los sentimientos de Mary. "No puedo creer que esto esté pasando. Primero, yo era la otra mujer con Rupert. Ahora, ¡soy la *otra* inquilina! No puedo tener un respiro".

Mis pies se paseaban por la raída alfombra de mi apartamento y mis ojos ignoraban deliberadamente el montón de facturas que había sobre la pequeña mesa redonda de la cocina. Sólo de pensar en esas facturas se me revolvía el estómago. Segundos después, me empezó a doler la pierna. *La* pierna. El origen de todos los billetes.

"Lo sé, cariño. Encontraremos una solución. Sé que lo haremos", me tranquilizó Mary.

La verdad era que Mary no sabía cómo resolverlo porque no sabía lo grave que era en realidad. Claro, yo le había insinuado que tenía algunas deudas, pero ¿no las tenía todo el mundo? Las mías, sin embargo, eran más importantes que las de la mayoría.

Pocos años antes había sufrido un terrible accidente de coche que me fracturó la tibia izquierda. Tras muchas operaciones y denegaciones del seguro, intentaba salir de un agujero de 75.000 dólares con el sueldo de una cajera.

No había final a la vista. Y ahora, sin piso en el que vivir. Tenía que encontrar rápido una solución.

Me froté el muslo para aliviar el dolor e intenté no llorar al teléfono.

"¿Qué pasa con la oferta del tipo rico? ¿Has pensado en ella?"

La pregunta surgió de la nada y casi me dejó sin aliento. ¿Cómo había podido olvidarlo? ¿Qué extraño era que la noche que me lo había ofrecido no hubiera pensado inmediatamente en liquidar mis deudas? ¿Dónde tenía la cabeza aquella noche?

Parece que en muchos sitios. ¿Quizás incluso parcialmente en tu propio culo?

La autoconversación negativa no ayudaba, así que sacudí la cabeza enérgicamente para ignorarla. "Yo... eh... déjame pensarlo", me apresuré a decir. "Ya te llamaré".

Colgué antes de que pudiera cambiar de opinión. Volé hasta la pila de cartas y papeles que había sobre la mesa y rebusqué hasta encontrar lo que buscaba. La pesada tarjeta se posó en mi mano como un presagio.

Jason Sturbridge. Abogado.

Los números de mi salvación estaban grabados en relieve con tinta plateada dorada.

Decidí enviar un mensaje de texto antes de perder completamente los nervios.

Capítulo Diez

Darcy

"Pensé en reunirnos aquí, en la Casa de Carruajes, para que tengas una visión más completa del lugar", lanzó Jason por encima del hombro mientras se colocaba en la ventana del aireado apartamento que llenaba la enorme habitación.

Hacía unos instantes, una especie de ayudante me había acompañado hasta la habitación, que formaba parte de un edificio más grande situado en el límite de la extensa propiedad de Jason. Cerrando la mandíbula con firmeza para que no pareciera que estaba embobada, hice todo lo posible por ocultar la vista de mi destartalado Datsun que podía verse al borde de la vista desde la ventana. Entre el cuidado césped y los jardines, sobresalía como un pulgar dolorido.

"Sí, claro. Entonces... ¿qué haremos? ¿Cómo hacemos que esto suceda?" Pregunté, tratando de mantener mi voz y mi ansiedad en un tono uniforme. Mis días en el apartamento estaban contados: las llamadas frenéticas a mi casero habían resultado ser un callejón sin salida, y no había forma de que tuviera los fondos para encontrar un lugar con tan poca antelación.

Sobre todo cuando todos exigían un depósito y al menos dos meses de alquiler por *adelantado*. Por desagradable que fuera la oferta de Jason, no tenía otra opción.

Volviéndose hacia mí, Jason me sonrió. No podía decidir si me excitaba o me molestaba.

Probablemente ambas cosas.

"Vaya, ¿tenemos prisa? Ciertamente te has tomado tu tiempo hasta ahora. Me preguntaba si esperarías hasta el último segundo posible y sin embargo... aquí estamos".

Mi mano se flexionó. Quería borrarle la sonrisa de satisfacción de la cara, pero eso podría poner en peligro el trato. Lo que realmente necesitaba para salir adelante.

"Mira, sólo necesito que esto... sea lo que sea... empiece. Hoy, si es posible. Tengo una situación de vivienda que no puedo arreglar y algunas deudas que son... eh... sustanciales. Así que, ¿podemos conseguir lo que necesitemos para empezar con nuestro acuerdo?"

Inmediatamente me arrepentí de las palabras que había elegido. "Nuestro acuerdo" sonaba muy parecido a "venderme por dinero" que, cuando miré a Jason, tuve que admitir que no estaba muy lejos de mi mente.

Su aspecto era aún mejor a la luz de la tarde, que se filtraba por las altas ventanas. Llevaba una camisa azul claro y pantalones grises, sus ojos brillaban bajo el sol moteado y sus hombros estaban relajados.

Estaba en su territorio, mandando, y lo sabía.

Lo que le hacía parecer aún más sexy.

Maldita sea, ojalá no lo considerara tan atractivo...

Jason movió la boca al oír mis palabras, pero no mordió el anzuelo, cosa que agradecí. Con las manos en los bolsillos, abandonó su posición junto a la ventana y se dirigió hacia las encimeras grises de la cocina, donde había una carpeta manila junto a un bolígrafo de aspecto pesado.

"Por supuesto. Sólo tienes que mirar el acuerdo, firmarlo y listo. Incluso puedes mudarte cuanto antes. Hoy mismo, si así lo deseas. Como puedes ver, la casa es bastante grande. Sólo la compartirías conmigo y con mi hermana pequeña. Ella tiene un ejército de niñeras y tutores, pero usan una entrada separada. Serías libre de entrar y salir cuando quieras. Supongo que tienes... deberes de supermercado que atender".

Se inclinó hacia mí y su colonia me envolvió como el humo. Respiré entrecortadamente, reacia a dejarme llevar por su hechizo.

¿Estaba bromeando? ¿No sabía que el concierto del supermercado era real?

Sentía el suelo inseguro, como si estuviera sobre arenas movedizas. Desplacé mi peso e intenté mantener la mirada y evitar que mi cara se ruborizara.

Recuerda lo que sabes de este tipo. Por qué te necesita tanto como tú a él... me aconsejó una voz desde algún lugar profundo de mi cerebro racional.

"De acuerdo", respondí, tomándome mi tiempo para caminar desde donde estaba en la zona del salón hasta la cocina. Me dio tiempo para recordar los deberes que había hecho sobre este tipo.

Internet era muchas cosas, pero en este caso fue una bendición. Jason Sturbridge estaba, como había dicho, envuelto en un caso de alto perfil que se estaba desviando rápidamente por las acusaciones de que había intimidado a un testigo clave.

Los medios de comunicación no han tenido piedad a la hora de pintar una imagen terrible de él, incluida la publicación de fotos -alagadoras y otras no tanto- de sus movimientos. ¿El tema predominante? *Abogado rockstar convertido en matón.*

A los medios de comunicación les encantan los ángulos y, en este caso, habían encontrado uno: un tipo engreído con todo que dar y sólo su confianza y reputación que perder. En otras palabras, un frenesí alimenticio.

No es de extrañar que necesitara un impulso de relaciones públicas. Parecía extraño ser un accesorio en la vida de otra persona.

Un puntal muy bien compensado, otra voz -menos racional pero infinitamente práctica- repicó dentro de mi mente.

"Echa un vistazo", señaló Jason, mostrando la palma de la mano abierta hacia la carpeta. Parecía tener cuidado de no tocarla él mismo, como si eso fuera a estropear el truco de magia.

"Lo haré", dije, abriendo la carpeta. En su interior había un montón de papeles repletos de cláusulas legales.

Muchas palabras para algo parecido a la prostitución, dijo una voz que sonaba extrañamente como mi engreída profesora de tercero.

"Verás que todo está en orden", dijo Jason, apoyándose en el mostrador a unos metros de distancia. "Puedes relajarte aquí, disfrutar de unos meses siendo mi falsa novia".

Mantuve los ojos pegados al papel, sin querer darle la satisfacción de una respuesta. A decir verdad, era la única forma de mostrar autocontrol. Otra vez su colonia, y podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo. Si se acercaba más, no estaba segura de lo que haría...

Moviendo ligeramente su peso, pude sentir los ojos de Jason sobre mí. Demonios, una parte de mí podía *sentir* cómo me miraba, deteniéndose en mis curvas y valles. Me había cuidado de vestirme de forma discreta: vaqueros y un jersey holgado, pero no parecía importar.

Era como si tuviera visión de rayos X o algo así. El calor empezó a aumentar.

Lee el maldito contrato...

"Sabes, pensé que estarías más entusiasmada con todo esto", dijo. "Después de todo, pasarás mucho tiempo *conmigo*".

¿Tenía que hablar tanto? Quizá si se hubiera quedado mirándome, toda mi determinación se habría derretido y ahora mismo estaríamos en una posición comprometida. Pero tenía que *hablar*.

Tan engreído. Tan lleno de sí mismo.

"La prostitución sigue siendo ilegal. Lo he comprobado", solté, con el enfado y la confusión apoderándose de mí. Mis ojos se clavaban como láseres en el papel que tenía en las manos.

En un instante, el calor que se acumulaba entre nosotros se congeló, como si hubiera clavado un punzón en la encimera. Jason retrocedió, una pequeña exhalación escapó de sus labios.

"Puedes leer esa cosa tanto como quieras. No encontrarás ahí ningún lenguaje sobre sexo. Ni nada que se le parezca. No voy a forzarte a nada".

"Jason, yo..."

"Si no quieres el trabajo, puedo encontrar a alguien más. La puerta está justo ahí".

Una mezcla de indignación y vergüenza me inundó. ¿Acaso no puedo defenderme? ¿Por qué siento una atracción tan magnética hacia ese engreído? ¿Y por qué he tenido que ponerme tan mojigata?

Por supuesto, no habría tal lenguaje allí. ¿Qué abogado que se precie se incriminaría así?

El contrato estaba lleno de lenguaje empresarial sobre ser un "contratista independiente que asigna tiempo para eventos sociales y de networking".

Con la mano más firme que pude reunir, cogí el bolígrafo y pasé a las últimas páginas, donde los bloques de firmas llamaban toda mi atención.

Con un gesto, firmé con mi nombre, cerrando la carpeta rápidamente antes de que pudiera cambiar de opinión.

"Estupendo. Haré que mi ayudante te enseñe los siguientes pasos. Bienvenida al... equipo", dijo Jason, acercándose a mí. El hielo empezó a derretirse entre nosotros.

Rápidamente.

"Gracias", me atraganté, sintiendo una mezcla de deseo y vergüenza. ¿Por qué me sentía tan inútil cuando acababa de firmar un papel que me daría dos millones de dólares?

Haz que tenga sentido, pensé.

Pero mi contrato con Jason no había hecho más que empezar.

Capítulo Once

Jason

Maldita sea, incluso con ese jersey holgado, está buenísima", pensé mientras se inclinaba ligeramente sobre el mostrador para leer el contrato.

Cómo me gustaría inclinarla aún más, sentir el frío mordisco de la encimera de granito contra nuestra piel caliente...

Pero, de algún modo, su actitud y su comportamiento me irritaron. Cuando recibí su mensaje frenético y apenas velado, pensé que estaría aquí suplicando por el dinero y el sexo.

En vez de eso, me encuentro a esta frígida maestra de escuela delante de mí preocupándose por las leyes de prostitución.

"No encontrarás ahí ningún lenguaje sobre sexo", repetí dando golpecitos con el dedo cerca de la carpeta. "Pero eso no significa que no esté sobre la mesa. Podría estar muy presente. O en el suelo. O en el sofá. O en el... ya me entiendes", dije, bajando la voz.

Si la calentaba y la molestaba, me resultaba difícil saberlo. Estábamos tan cerca el uno del otro que podía oler el almizcle de su perfume y la menta de su chicle. El deseo me inundó, poniéndome la polla dura. Sólo tenía que decirlo. Acercarse. Cerrar los ojos...

No lo hizo.

"¿Me quedo con esta copia?", fue todo lo que dijo.

La irritación me recorrió y me bajó el ánimo. "Claro. Haré que mi asistente haga una copia primero".

"De acuerdo".

Nos quedamos frente a frente, sin ceder terreno. ¿Qué le pasaba a esta chica? Cuando tuvimos la aventura en el Club Hedo, era tan ardiente y fogosa como todos los demás. ¿Quién era ahora y por qué bloqueaba todos mis avances?

Considéralo un reto, no un obstáculo...

Sea cual sea el libro de inspiración del que saque eso, finalmente me pareció útil. No debería ver la vacilación de Darcy como el final, sino simplemente como el principio. De algo que podría resultar muy excitante.

La gratificación retrasada sigue siendo gratificación. Quizá incluso más.

"Muy bien, entonces. Vamos a instalarte", dije con despreocupación, confiado en mi nueva táctica. Si ella iba a establecer algunas reglas básicas sobre nuestro acuerdo, yo haría todo lo posible por romperlas. O saltármelas. Lo que ocurriera primero.

Con todos los problemas a los que me enfrentaba en el trabajo y con el escándalo de las relaciones públicas, este se perfilaba como uno bueno.

¿A quién no le apetece resolver un problema que puede acabar provocándole un polvo?

Que empiecen los juegos.

Darcy

Creo que dejé de escuchar después de su comentario sobre cada lugar donde podíamos hacerlo. El único ruido en mis oídos era estático.

De alguna manera, pasé los siguientes minutos con la cara congelada.

¿Por qué era tan engreído? ¿Y POR QUÉ me parecía tan irresistible?

Quizá si me subiera a su cara, podría borrarle esa sonrisa...

¡Diablos, no! ¡Eso era lo contrario de útil! Tenía que concentrarme.

"¿Necesitas una empresa de mudanzas, un camión o algo? Puedo hacer que mi ayudante se encargue de eso", dijo con frialdad, examinando una uña perfectamente modelada.

¿Siempre fue así de engreído o es que tener mucho dinero le hace eso a una persona?

"Uhhh. Realmente no había pensado en eso", dije honestamente. "Tengo que preguntarle a Chester - mi jefe - sobre tomarme algún tiempo libre del trabajo".

Me di cuenta como una bofetada. ¿Cómo *iba a* hacerlo? El contrato estipulaba que tenía que estar disponible en todo momento para "cualquier evento que el cliente considerara necesario", es decir, el propio Jason.

"No estoy segura de cómo voy a tomarme tres meses sin trabajar".

El aire entre nosotros sonó como el de un DJ que termina abruptamente una sesión. Mientras las palabras salían de mi boca, me di cuenta de que sonaban a locura.

Jason rió, una mezcla de burla e incredulidad. "Uhhh, ¿de verdad vas a seguir trabajando en un supermercado siendo *millonaria*?"

El pánico se apoderó de mi cerebro. Tenía que encontrar una respuesta.

"¡Jajaja!" Me reí. "¡Sólo lo comprobaba! Tengo que pensar en mi imperio de supermercados, ¿no?" Bromeé, sintiendo el ardor de la vergüenza en mis mejillas. "El cheque se va a pagar, ¿verdad?" Añadí.

"Claro que sí", replicó Jason. "Vale, vamos a hablar con Suzanne y lo pondremos todo en marcha".

"¡Genial!" dije alegremente, sintiendo que acababa de apuntarme a algo que podía descontrolarse fácilmente.

Pero ya estaba hecho. La única forma de avanzar era hacia adelante.

"Dos semanas, ¿eh? ¿Te ha tocado la lotería o has conseguido un sugar daddy o algo así?" Me dijo Chester, con sus ojillos de cerdo clavados en mí.

¿Cómo llegó este tipo tan cerca de la verdad?

"Es hora de un cambio, eso es todo", dije, quitándole importancia al asunto. "Lo siento mucho, Chester. Has sido bueno conmigo".

La última parte era mentira, pero quería sentir que, pasara lo que pasara, estaba dejando una huella positiva en mi antigua vida. O, al menos, en mi antigua vida hasta que pasaran los próximos tres meses. Después de eso, bien podría estar de vuelta aquí suplicando que me devolvieran el trabajo.

Si no antes. Jason era tan imbécil que no sabía cuánto tiempo podría soportarlo.

Aun así, el dinero era demasiado tentador para dejarlo pasar. Y los días en mi apartamento estaban contados.

Después de mi turno, me dirigí a casa para terminar de empaquetar mis escasas pertenencias. No había mucho y, aunque Mary se había ofrecido a ayudarme, decliné la oferta.

"No es como si me llevara mi cama o mi cómoda de IKEA rota. La mesa del comedor de Jason probablemente valga más que mi póliza de seguro de vida", le había dicho por teléfono.

"Haz un inventario", había aconsejado Mary, con un tono sarcástico. "¿Quizá incluso levantar algunas cosas? Sólo cosas pequeñas. Como la cubertería. O un Picasso o algo así".

"¡Mary!"

Nos reímos, mis hombros se relajaron un poco. ¿Cuánto hacía que no me reía de verdad?

Después de la llamada, seguí haciendo las maletas. Mientras mis manos clasificaban calcetines y jerséis, mi cerebro ordenaba las últimas semanas.

La sugerencia de Mary de hacer un inventario era buena, pero no en el sentido que ella pretendía. Mi inventario personal fue más o menos así.

- *Perdí a un novio que creía que era el elegido por el inconveniente de que estaba casado.*
- *Perdí un apartamento debido a una situación ilegal de subarriendo.*
- *Tuve un rollo alucinante de una noche con un abogado engreído que hizo que mi mente y mi cuerpo se aceleraran.*
- *Firmé un contrato para convertirme en la novia falsa de alquiler de alguien.*

"Menuda lista", susurré para mis adentros, doblando una camiseta. En pocas horas, mi vida estaba empaquetada y apilada cerca de la puerta de mi apartamento. El pequeño camión que había preparado el ayudante de Jason llegaría por la mañana.

Miré a mi alrededor y observé las paredes beige en las que nunca había colgado obras de arte. La ausencia de cachivaches a los que nunca había quitado el polvo. La vida que nunca había empezado aquí.

Mañana empezaba algo nuevo. Algo totalmente diferente. A partes iguales emocionante y aterrador.

Una oleada de ansiedad abrumadora amenazó con apoderarse de mí, pero cerré de golpe la última caja y respiré hondo.

"He tomado la decisión correcta", declaré al espacio vacío. Me estaba cuidando. Y una vez transcurridos los tres meses, tendría algo que nunca creí posible: libertad financiera.

Parecía demasiado bueno para ser verdad.

Hasta que pensé en el precio. Porque todo -incluso los tratos locos con un pago de 2 millones de dólares- tiene un precio: ¿Sería capaz de resistirme al encanto casi irresistible de este tipo?

Capítulo Doce

Jason

"¿Puedes poner el... eh... Datsun en la parte de atrás del garaje, George? *¿Hasta atrás*?" Le pregunté a mi fiel jardinero y manitas. Mantenía mi mansión y mis jardines funcionando como un reloj suizo.

"Ya está en mi lista", me dijo amablemente, guiñándome un ojo.

Aunque no era precisamente guapo -tenía la cara torcida y una dentadura horrible-, George era indispensable y yo dependía de él mucho más de lo que indicaba la descripción de su trabajo. Pero a él no parecía importarle.

"¡Eres el mejor!" Dije, dejando a George a su trabajo.

Un revoloteo de excitación bailó en mis entrañas. Darcy, la escurridiza y misteriosa Darcy, por fin se había mudado. Aunque estaba abrumado por el trabajo y seguía dando manotazos a los medios de comunicación para que me dejaran en paz, la idea de que Darcy se mudara -y lo bien que me lo pasaría destrozándola- era una distracción bienvenida.

Sólo esperaba que fuera receptiva.

Había vuelto de la oficina, empeñado en continuar mi trabajo en casa, para encontrar el vehículo marrón de mierda, unido con cinta adhesiva y sueños, aparcado a un lado. Debía de acabar de llegar, ya que olí en el aire el delator aroma a gasóleo de un camión en marcha.

"¡Bienvenida!" Dije entrando en el vestíbulo. Darcy y mi ayudante Suzanne estaban apiñadas junto a la entrada de la gran cocina.

Construida en estilo de renacimiento griego según mis especificaciones exactas, una amplia escalera se alzaba hasta el segundo piso, de donde partían alas separadas. Las habitaciones de invitados, la zona donde vivía y merodeaba mi hermana adolescente y, por supuesto, mi propio despacho, dormitorio, gimnasio personal y vestidores.

Añadir a Darcy a la casa hizo que el lugar se sintiera abarrotado.

Por una vez, sin embargo, no me importó.

"Gracias", respondió Darcy, recuperándose rápidamente del susto que le había causado mi extravagante entrada.

Siempre hay que mantenerse alerta...

"¿Suzanne te está mostrando la casa?" Pregunté, entrando y ocupando todo el espacio posible.

Suzanne, con un atuendo tan eficiente y serio como su severo corte de pelo, asintió. "Le estaba contando a Darcy las comodidades que hay aquí. George y Hector le han llevado sus cosas

arriba. Siéntete libre de hacer tuyo el espacio", dijo con suavidad.

"Gracias", respondió Darcy. Parecía perdida. Ligeramente fuera de lugar.

Quizá porque lo estaba. Sus vaqueros estaban rotos -y no de diseño- y necesitaba un corte de pelo y un tratamiento facial. A la luz saturada de la cocina, pude ver que era un diamante en bruto.

"¿Compartiste con Darcy el programa de eventos?" Pregunté, sabiendo que Suzanne era tan buena en su trabajo que probablemente lo había hecho imprimir, plastificar y exponer de forma destacada en la habitación de Darcy.

"Lo hice, pero ¿hay algo más que te gustaría que ella supiera?"

Me volví hacia Darcy, que nos miraba como si estuviéramos jugando al tenis. Debía de sentirse como la tercera en discordia, porque estaba muy fuera de su elemento.

"Tenemos dos eventos muy pronto. Un cóctel para dar a conocer un nuevo proyecto de expansión y asociación de mi empresa. Moderno pero elegante sería la forma en que lo describiría".

Darcy asintió como si supiera a qué me refería.

Claramente no lo sabía.

"Y el siguiente es mucho más formal. Una fiesta de apoyo político. Muchos grandes nombres y mucho dinero allí. Luce espectacular".

La boca de Darcy se abría y cerraba. Prácticamente podía leer sus pensamientos.

La cosa más bonita que esta chica tenía fue adquirida de un TJ Maxx...

"Umm...Claro...pero la cosa es," Darcy comenzó, su cara desviándose de mi hacia mi asistente.

El rostro de Suzanne era ilegible. Siempre fue una profesional consumada.

Durante unos segundos, dejé que Darcy se retorciera, con una pequeña inyección de pánico por lo que posiblemente llevaría a estos eventos.

"Se te proveerá todo lo que necesitas", la tranquilicé. "Supongo que no leíste la cláusula adicional de tu contrato".

Aunque Darcy había fingido revisar detenidamente el documento hacía sólo dos semanas, yo sabía que se había saltado la sección posterior, que contenía una lista detallada de todo lo que se le proveería. Incluido el suministro de ropa, zapatos, maquillaje, accesorios y otros artículos *"que se consideren necesarios para la correcta ejecución de las obligaciones contractuales".*

¿Quién dice que la jerga legal no puede ser sexy?

Prácticamente pude sentir los hombros de Darcy caer de alivio. "Uh. No, supongo que no. Gracias".

"Por supuesto". Volviéndome enérgicamente hacia Suzanne, le dije: "¿Podemos preparar un 503?"

Ni un músculo se movió en la cara de Suzanne.

"Por supuesto. Ahora mismo".

Asentí con la cabeza. Darcy parecía confusa. Antes de que pudiera hacer una pregunta, Suzanne dijo: "Darcy, a menos que haya algo más, ¿puedo dejarte? Tienes mi número por si necesitas algo".

"¡Sí, gracias! Iré a desempacar la maleta".

Darcy empezó a irse y llamé la atención de Suzanne. Qué personal tan increíble tenía. Pedir un 503 nunca fue fácil, pero confié en Suzanne para que lo preparara y además rápido.

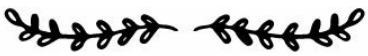
Muy pronto, un verdadero ejército de peluqueros, esteticistas y otros profesionales se haría cargo de una de mis habitaciones de invitados para transformar mi diamante en bruto en la joya resplandeciente que necesitaba que fuera.

"Los dejo a cargo de ello, entonces", dije, dirigiéndome de nuevo al vestíbulo principal. Darcy empezó a ir en esa dirección también. Intenté mantenerme un paso por delante de ella.

Justo cuando empezábamos a cruzar el espacio abierto que conducía a la parte inferior de las escaleras, capté movimiento por el rabillo del ojo. Darcy también lo hizo y nos detuvimos para ver mejor.

Desapareció antes de que pudiéramos cronometrarlo. Darcy sacudió la cabeza y empezó a subir las escaleras, pero yo sabía lo que era. O mejor dicho, *quién* era.

Sólo esperaba que se portara bien...



"¿Está todo listo?" Le pregunté a Suzanne, mientras merodeábamos fuera de la suite de invitados secundaria. La primera se la habían dado a Darcy.

"Listo y esperando", respondió.

Desde detrás de la puerta, prácticamente podía sentir la agitación de la actividad.

Haciendo un gesto a Suzanne, le dije: "Entonces, empecemos".

Juntos abrimos las puertas para descubrir una transformación total. La suite, compuesta por un gran salón, un dormitorio y un cuarto de baño, se había convertido en un improvisado spa.

En un rincón, un peluquero estaba preparado, con un arsenal de herramientas brillando sobre una toalla blanca. En otro, la maquilladora se agazapaba junto a paletas y pinceles, y su corte de pelo asimétrico era una maravilla arquitectónica.

Ocupando la mayor parte del espacio estaba el personal de vestuario, todos vestidos de negro, que zumbaban alrededor de un perchero de ropa. Cerca había una pirámide de cajas de zapatos, y en el centro de todo el caos estaba Grigor, el fenomenal estilista personal que me debía un gran favor por haberle sacado de un matrimonio desafortunado y mal avenido, y que había accedido a renunciar a su estricta norma habitual contra las visitas a domicilio como venganza.

"Gracias a todos. Espero que se diviertan. Es un lienzo maravilloso", anuncié a la sala por encima de mi hombro. "Tráiganla".

Suzanne asintió y salió de la habitación. Momentos después, entró Darcy. Llevaba la cara desmaquillada, el pelo largo y suelto y sólo llevaba unos vaqueros y una camiseta. Miró a su alrededor, con los ojos muy abiertos, sin saber qué hacer.

"Bienvenida a tu día de spa", le dije, presentándosela a Grigor, que inmediatamente la midió y empezó a dar órdenes a sus ayudantes.

"¿Mi qué...?"

"Sólo déjate llevar. Es parte del contrato".

Y con eso, Darcy fue llevada a su transformación. Me senté en una silla y observé. Su rostro no perdía el asombro, su sorpresa continua.

Los ayudantes de Grigor le propusieron un vestido negro, sin hombros, de corte alto. Pero no *demasiado* alto. Después de todo, tenía que cumplir con los estándares de la América Corporativa.

Después de desaparecer en el dormitorio, volvió a aparecer. Al verla, incluso sin peinar ni maquillar, se me puso dura. Tenía un aspecto increíble.

El vestido abrazaba y resaltaba cada una de sus magníficas curvas, sus hombros al descubierto brillaban incluso bajo la dura luz de los focos del maquillador.

Un diamante en bruto, sin duda.

Grigor rezongó, pero me di cuenta de que Darcy le parecía especial. Parecía absorber toda la luz de la habitación. Aunque ella todavía no lo sabía, tenía un aspecto increíble.

"Este", gritó Grigor, después de hacer algunos intentos de arreglos en el vestido de cóctel. Estaba claro que no necesitaba ninguno. Le quedaba como una segunda piel.

El "este" era un vestido más formal que consistía en un top de cuentas color crema y una falda y cola vaporosas de color azul cobalto. Darcy volvió a la habitación dando tumbos, seguida por una ayudante de aspecto taciturno, empeñada en ayudarla a ponerse el artilugio.

Valió la pena.

Unos minutos más tarde, salió y, de alguna manera, consiguió brillar más que nunca. El vestido la hacía parecer una reina, fluyendo y encharcándose a su alrededor.

Grigor dirigía a los ayudantes con alfileres y cintas métricas. No importaba. Yo sólo tenía ojos para la modelo.

Siguieron unos cuantos vestidos más antes de que Darcy se pusiera en manos de los maquilladores y peluqueros.

Decidí dejarlos solos. El trabajo se acumulaba en mi mesa. Cuando me levantaba para irme, Suzanne me dio un golpecito en el brazo.

"Darcy desea hablar contigo un momento, si puedes".

Asentí con la cabeza y me acerqué a Darcy, que ahora estaba envuelta en un paño, con horquillas y pinzas en el pelo. Sabiamente, los asistentes dieron un paso atrás para dejarnos un momento. Sabían quién pagaba la cuenta.

"¿Querías verme?" Pregunté, agachándome. Los ojos lilas de Darcy centellearon bajo la brillante luz del anillo.

"Sí, sólo quería... darte las gracias. Esto es mágico. Nunca he tenido nada como esto antes".

Su rostro era abierto. Sincero. No era aduladora ni efusiva. Simplemente disfrutaba de algo que se merecía por completo.

Además, iba a estar increíble. No podía esperar.

"De nada. Que lo disfrutes".

"Me siento como una reina", se rió y luego añadió: "la reina del supermercado".

"Eres más que eso".

Un momento de fisión chisporroteó entre nosotros antes de alejarme. Tenía que irme. Tenía mucho que hacer.

Y Darcy se suponía que era un reto, ¿verdad? ¿Un juego que iba a ganar?

Nada más.

"Hasta luego", me apresuré a decir, saliendo de la suite.

Mi diamante en bruto resultaba cada día más complejo.

Capítulo Trece

Darcy

Es un milagro que no se me secara la boca. Estuvo abierta desde el momento en que entré en la mansión de Jason. Pensé con seguridad, que no me quedaría saliva.

El hecho era que vivía como la realeza. Puede que solo fuera abogado, pero, según mis investigaciones en internet, tenía un alto perfil y vivía bien con su sueldo.

"Santo cielo", había exclamado cuando abrí la puerta de mi habitación por primera vez. "No puedes estar hablando en serio".

Pero era serio. Un salón enorme con vistas al ondulante jardín trasero, un dormitorio más grande que mi apartamento, con una enorme cama trineo repleta de cojines. Un vestidor y el baño más grande y vergonzosamente lujoso que jamás había pisado.

"En serio, ¿quién necesita *dos* duchas?" Pregunté a la propia habitación. Pero ahí estaban: dos malditas duchas.

Hice todo lo que pude para adaptarme, pero seguía esperando el momento en que alguien saliera del armario y dijera: "¡Es broma! Estás en la cámara oculta".

Pero nadie lo hizo. De hecho, a pesar de todo el personal que vivía o trabajaba in situ, el lugar parecía cavernoso. Incluso solitario.

Hasta que me aventuré a salir de mi habitación en busca de un vaso de agua.

"¿Qué estás haciendo aquí? Y sé sincera. Sé cuando alguien está mintiendo".

La voz me dio un susto de muerte. No porque fuera alta y retumbante, sino porque era suave, casi un susurro y, al principio, no sabía de dónde venía.

Mirando entre las sombras del inmenso pasillo, vi una pequeña forma. Lentamente, emergió y tomó la forma de una joven. Probablemente de unos diecisiete años. Era hermosa. Pequeña de estatura, pero angulosa, con el pelo largo y oscuro y unos ojos de color marrón oscuro.

Se podían ver rastros de Jason en ella.

Ella debe ser la hermana...

"Estoy aquí para ser el caramelo para los ojos de tu hermano", dije. Era lo más directa que podía ser.

La niña se rió, con un sonido entrecortado. "De acuerdo. Eso parece de marca".

Salió más a la luz y extendió una mano, con las uñas cubiertas de esmalte azul oscuro desconchado. "Soy Lyra. Soy la hermana de Jason"

"Su hermana. Me lo imaginaba. Soy Darcy".

Nos dimos la mano. Algo dentro de mí hizo clic.

Retiró la mano y me examinó, pero esta vez sin malicia. Más como una confirmación. O afirmación. No estaba segura de cuál.

"¿Cuántos años tienes?" Preguntó.

"Veintitrés. ¿Y tú?"

"Catorce".

Su respuesta me sorprendió. Había algo más maduro en ella de lo que creía. Algo cansada del mundo, incluso.

"Oh, no lo habría adivinado..."

"No mucha gente lo hace", interrumpió. "Supongo que crecer como yo lo hago tendrá ese efecto".

Sin querer, Lyra me siguió mientras me dirigía a la cocina.

"¿Y qué es eso exactamente? Parece que está muy bien montado aquí", respondí, señalando el inmenso vestíbulo al pie de la escalera.

"Sí, lo está. Especialmente desde que nuestros padres se han ido. Jason cuida de mí. Tiene que hacerlo. Al fin y al cabo, yo era la bebé 'oops'. Pero puede ser solitario, a veces..."

Asentí con la cabeza, fingiendo saber cómo podría ser vivir en un lugar así, con un ejército de sirvientes, asistentes, niñeras y tutores. A su edad, tenía un perro sarnoso, algunos primos y mi propia imaginación para cuidarme...

En la cocina, Lyra señaló el armario de la cristalería y me enseñó a utilizar el elegante frigorífico, que tenía no uno, sino *cuatro* cubiteras. Después de coger agua, volví arriba con la intención de deshacer las maletas.

Lyra me siguió.

Más que mantener una conversación, dábamos vueltas una alrededor de la otra, tratando de averiguar su propósito.

"Entonces, ¿estás aquí para qué... exactamente?" Preguntó Lyra. Al principio, no estaba segura de si debía ofenderme, pero cuando la miré, su rostro era inocente.

"Acompañarle a eventos. Hacerle parecer..." Me quedé sin palabras. ¿Cuál *era* mi trabajo exactamente? La parte sexual implícita del acuerdo no era algo que quisiera discutir con su hermana. Apenas quería discutirlo conmigo misma.

"¿Maduro? ¿Responsable? ¿No como un matón?" Proporcionó Lyra.

Chasqueé los dedos. "Sí. Algo así".

Lyra asintió, en señal de comprensión. Ya estábamos subiendo las escaleras.

"Sí. Ha estado recibiendo una paliza en la prensa. Ahora lo entiendo". Su mirada era pesada, como si asumiera personalmente los insultos públicos vertidos sobre su hermano.
Hice un movimiento para tranquilizarla. "Haré lo que pueda para que desaparezcan".
Sonrió ligeramente.
Abrí la puerta de mi habitación, dudando en la entrada. ¿Quería entrar o...?
Sus ojos miraron más allá de mí, hacia la pila de libros que acababa de sacar de una pequeña caja.
"¿Qué estás leyendo?"
Me di la vuelta, ligeramente avergonzada por haber sido sorprendida con todos mis libros. Aunque no sabía exactamente por qué. ¿Por qué debería alguien avergonzarse de tener libros?
"Oh, no mucho. Son sólo mis favoritos. Ya los he leído todos. Pero me gusta tenerlos cerca. La gente clasificada tiene osos de peluche o monedas. Yo colecciono libros favoritos".
Lyra me miró como preguntándome si podía echar un vistazo. Asentí con la cabeza y ella entró en mi habitación, escudriñando los lomos.
"*Jane Eyre. Persuasión. Matar a un ruiseñor. El color púrpura. Frankenstein..."*
"Sí", dije, con una nota de orgullo en la voz.
"¿Has leído *todos* estos?"
Asentí con la cabeza. "Algunos unas cuantas veces".
Lyra volvió a mirar los libros, con una expresión de hambre en los ojos. "Yo nunca podría leer esas cosas..."
"¿Cómo lo sabes si no lo intentas?" Aventuré.
Su expresión se tiñó de esperanza. "¿Tú crees? ¿Cuál me recomiendas?"
"No puedo decírtelo. Sería como elegir un hijo favorito. Pasa las manos por encima de ellos. ¿Alguno te produce una sensación especial?"
Su expresión se volvió dudosa.
"¿Qué?"
Sonreí. "Lo sé. Suena raro, pero a veces pongo la mano sobre algunos libros y siento su energía. A veces, lo juro, alguno está suplicando ser leído. Inténtalo".
De mala gana, Lyra me tendió la mano. Me di cuenta de que pensaba que estaba loca, pero al menos estaba dispuesta a intentarlo, a su manera adolescente.
Su pequeña mano, con el esmalte desconchado y todo, se agitó ligeramente sobre mi desordenada pila de libros. Pasaron diez segundos y empecé a pensar que yo estaba loca cuando apoyó la mano en un volumen.

Beloved, de Toni Morrison.

"Buena elección", dije.

El rostro de Lyra había perdido su escepticismo. "¿Tú crees?"

"Ya lo sé. Pero de nuevo, no hay un libro malo en esa pila..."

Compartimos una tímida carcajada. "Por favor. Puedes cogerlo. Te doy permiso".

Lyra lo sacó del montón y se lo llevó al pecho.

"Nunca puedes estar equivocada con un libro que te ha elegido a ti", le dije.

Lyra asintió. "De acuerdo. Gracias. Te dejo para que deshagas las maletas. ¿Nos veremos pronto?"

Asentí y la acompañé hasta la puerta. "Por supuesto".

Desapareció por el pasillo. La observé, extrañada por nuestra conversación. Al volverme para entrar en mi habitación, vi movimiento en las escaleras.

Cuando miré más de cerca, ya no estaba.

"Son imaginaciones mías", me dije, cerrando la puerta.

¿Pero lo era? Juraría que me estaban observando.

"Tengo que acostumbrarme un poco a este lugar", me aseguré, reordenando mis queridos libros en una estantería cercana.

Pasara lo que pasara, al menos un volumen estaba en un buen lugar. Sólo esperaba que Lyra lo disfrutara tanto como yo.

Jason

"Por supuesto", había respondido Darcy antes de cerrar suavemente la puerta de su dormitorio. Esperé unos segundos y me aseguré de que Lyra había salido al pasillo antes de subir las escaleras.

Algo dentro de mí se había agitado. Aunque podía ser implacable en un tribunal, e intrépido en un dormitorio, cuando se trataba de mi hermana, yo era un pusilánime.

Es cierto que tenía grandes expectativas puestas en ella y que quería que triunfara, pero mi debilidad por ella era una debilidad que estaba dispuesto a asumir.

Cuando se trataba de Lyra, yo era muy protector.

Pero también sabía que se sentía sola y que ser adolescente en esta casa gigante no podía ser fácil.

Especialmente en los últimos meses, se había vuelto malhumorada, recalcitrante. Incluso a veces arremetía.

Ver a Darcy conectar con ella tan fácilmente fue un regalo inesperado. Aquí había pensado que orbitarían una alrededor de la otra con cuidado, quizá incluso con cierta tensión.

A veces está bien equivocarse en algo...

Como abogado, siempre fui escéptico. Era parte del trabajo. Si un contrato es demasiado bueno para ser verdad, probablemente lo sea. Si una sociedad no tenía desacuerdos, probablemente fracasaría con el tiempo. Una buena dosis de cinismo era una técnica de supervivencia, no un lastre.

También había aplicado estas tácticas a mi vida personal. Una y otra vez, las mujeres habían demostrado ser demasiado buenas para ser verdad. Verlas a través de la misma lente que mi trabajo me había ayudado a mantener a raya la angustia y el dolor innecesario.

Conocer a Darcy había sido un accidente, la pura coincidencia de estar en el mismo lugar a la misma hora y cruzar miradas. Eso fue todo.

El hecho de que fuera buena en la cama y fuera preciosa era otro factor a su favor.

Pero muchas mujeres podrían lograrlo.

Sin embargo, lo que Darcy acababa de hacer era especial. Único, incluso.

Pero, ¿qué significaba exactamente todo aquello?

Sólo es algo a tener en cuenta, eso es todo, advirtió una voz interior.

Al llegar al final de la escalera, sacudí la cabeza. No podía seguir ignorando la pila de trabajo que me llamaba.

"Mantén la cabeza en el juego, Jason", me amonesté antes de caminar enérgicamente más allá de la habitación de Darcy hacia mi oficina.

Las cavilaciones sobre mi futura novia tendrían que esperar.

Capítulo Catorce

Darcy

"¿Así vive la gente rica?" Le pregunté a Lyra, que estaba acurrucada en un enorme sillón en un rincón de su dormitorio opulento pero desordenado. Tenía la nariz hundida en el libro que le había prestado.

"Más o menos", murmuró ella, con los ojos recorriendo las palabras aún.

Sentí una punzada de orgullo por haberla enganchado tanto.

Tras nuestro primer encuentro, Lyra me había invitado a su habitación y habíamos entablado una amistad fácil, aunque improbable. Si fuera más atrevida, incluso lo llamaría algo así como una hermandad.

No le des demasiada importancia. Es sólo un acuerdo temporal.

Demasiado inquieta para sentarme con ella en el otro sillón que le servía de sala de estar para pasar el rato con los invitados, caminé por la habitación mirando por las ventanas a la falange de jardineros que trabajaban en el jardín.

Un césped del tono esmeralda perfecto se extendía perezosamente desde la casa, salpicado de árboles y arbustos esculpidos. La casa vecina estaba a la sombra de los árboles, casi imposible de ver.

"Vaya. Tu hermano sí que tiene mucha tierra aquí", dije.

"Ajá", respondió distraída Lyra.

"No sabía que los abogados ganaran tanto dinero".

"Supongo. Nunca lo había pensado".

Me acordé del día de spa que Jason me había preparado en las otras habitaciones. Nunca me habían mimado tanto. Mi pelo, ahora maravillosamente cortado y moldeado, se sentía sedoso contra mis hombros y todavía podía sentir las manos expertas de la esteticista cuando me había exfoliado todas las células muertas de la piel de la cara, revelando un resplandor debajo.

Me había sentido como la realeza.

Aun así, estar sentada en estas salas, matando horas sin rumbo antes del primer evento con Jason era extraño. Yo estaba acostumbrada a trabajar. A estar ocupada. A que mis manos volaran alrededor de una caja registradora que conocía tan bien que podía hacerlo mientras dormía.

Sentarse sin hacer nada, esperando a que ocurriera *algo,* era realmente un concepto extraño.

De repente, llamaron suavemente a la puerta de Lyra y apareció la cabeza de Suzanne. Como siempre, no pude leer su expresión ni sus pensamientos. Me recordaba a un droide.

"Siento molestarlas, pero parece, Darcy, que tienes visita", por el pequeño movimiento de sus cejas, podría decir que desaprobaba este acontecimiento. Por mi parte, estaba perpleja. Sólo Mary sabía que yo estaba aquí.

"¿Es una mujer?" Pregunté, con el corazón acelerado. ¿Hasta dónde se le abriría la mandíbula a Mary cuando le enseñara este lugar?

Suzanne parecía haber olido algo podrido. "No. Un hombre. Parece... agitado".

Mi confusión aumentó. "¿Un hombre? Yo no..."

Suzanne me hizo un gesto para que dejara de andarme con rodeos y bajara a saludar a esa persona. Un rubor de vergüenza floreció en mis mejillas. ¿Por qué tenía que molestar a Lyra con esto?

Rápidamente, seguí a Suzanne escaleras abajo.

"Lo he hecho pasar en la sala de recepción oeste".

"Gracias, Suzanne. Lo siento si esto es un inconveniente o perturba tu trabajo de alguna manera..."

"En absoluto. Pero parece... descontento. Hay un teléfono negro en el pequeño escritorio de la habitación. Siéntete libre de usarlo si necesitas... ayuda".

La miré alarmada. ¿Quién me estaba esperando? ¿Y qué podría querer?

Ya habíamos bajado las escaleras por el pasillo opuesto al que conducía a la cocina y al comedor. De este vestíbulo salían una serie de habitaciones, entre ellas el estudio, un despacho de repuesto, un cine en casa, una sala de juegos y, por último, cuando dejamos de caminar, lo que sólo pude adivinar que era la sala de recepción oeste.

Suzanne me llamó la atención. "Asegúrate de saber dónde está el teléfono. No estaré lejos".

Y con eso, me dejó para abrir la puerta.

Dentro, me encontré con mi visitante, y su presencia podría haberme derribado con una pluma.

Rupert había estado paseando cuando entré y, al oírme, se detuvo a mitad de camino. Parecía desarreglado. Tenía la ropa arrugada y la habitación olía a humedad, a mal aliento.

"Oh, genial. Mira quién ha decidido aparecer", gruñó. Tenía la cara hinchada y los ojos hundidos en el cráneo.

¿Siempre había sido tan desaliñado? ¿Había pasado por alto todo eso en mi enamoramiento de él?

"¡Rupert! Yo... no esperaba verte aquí. ¿Cómo averiguaste esta dirección?"

Frenéticamente, busqué en mi mente cómo había podido encontrarme. No habíamos hablado desde nuestra ruptura. Era imposible que le hubiera dicho dónde estaba.

"Hablé con Chester, que me dijo que te habías mudado. Fui a tu apartamento y vi un correo reenviado que, por cierto, no te llegará porque está todo liado con tu antiguo casero, pero nada de eso importa porque por fin te he encontrado".

"Rupert. No es apropiado que estés aquí. ¿Qué quieres?"

Algo en su desesperación y su enfado galvanizó algo en mí. La angustia que había sentido por él se disolvió y se esfumó con el viento de mi mente. Sentí que mis hombros se relajaban y me puse un poco más erguida. ¿Qué *había* visto en este hombre?

Rupert se lamió los labios con hambre. "Te ves bien. Realmente bien. Supongo que tu nuevo montaje te tiene muy arreglada, ¿eh?"

"¿Por qué estás aquí, Rupert?" Dije, poniendo las manos en las caderas. Por el rabillo del ojo, vi el teléfono. Dando un pequeño paso, me aseguré de estar a un brazo de distancia de él. Puede que Suzanne fuera difícil de leer, pero agradecí su previsión.

"Darlene me ha dejado. Se enteró de... lo nuestro".

Qué ironía. La esposa nos había descubierto. Después de que todo había terminado.

"Siento oírlo, Rupert. ¿No hay manera de que puedas arreglar las cosas con ella?"

En respuesta, sus ojos brillaron con ira, como si yo hubiera dicho algo estúpido. "No. Ha terminado conmigo. Y se ha llevado *todo* con ella".

No pude evitarlo. Resoplé.

Conocía la sensación.

"¿Te parece *gracioso*?" Rupert dio un paso adelante. Tenía los ojos ligeramente inyectados en sangre. Llevaba el pelo revuelto y barba de unos días en la cara.

"No, no lo es. De hecho, lo entiendo. De verdad", dije con calma.

"Bueno. Parece que has caído de pie, sea cual sea la dificultad que alegas. Por eso estoy aquí", gruñó Rupert.

"Estupendo. Por favor, dime qué quieres entonces".

"Dinero". Quiero un poco. Lo *necesito*. Y...", señaló alrededor de la habitación, que era sencilla pero obviamente decorada con buen gusto, "parece que tienes de sobra. Así que, dame un poco".

Por dentro, me sorprendió su audacia, pero también me di cuenta de que estaba en su naturaleza hacer algo así. Después de todo, ¿no me había engañado durante toda nuestra relación? ¿Qué iba a impedirle que volviera a hacer algo turbio?

Para mi inmenso placer, la sensación de calma que había sentido momentos antes pareció crecer en lugar de encogerse. De hecho, me sentía más poderosa que nunca. Aquí estaba, en una

magnífica mansión, rodeada de sirvientes, haciendo lo que tenía que hacer para que mis sueños se hicieran realidad.

¿Iba a dejar que este perdedor descarrilara todo eso?

No.

"No, Rupert. No te debo nada. Me abandonaste en cuanto las cosas se pusieron difíciles y ahora tienes que pagar por eso. Y, al parecer, pagarle a Darlene también. Haznos un favor a todos: sé un hombre. Y déjame en paz mientras lo haces".

La furia se encendió en sus ojos y dio un paso hacia mí. Me mantuve firme, aunque mi mano se tensó, preparada para agarrar el teléfono.

"¿En serio? ¿Me harás esto después de todas las cenas que compré? ¿Las habitaciones de hotel que pagué?"

Susurré mi respuesta. "Tienes lo que querías. Y más. *No* te debo *nada*".

Por un momento, balbuceó, incapaz de formar palabras.

Dejé reposar la mano sobre el teléfono, pero no lo cogí.

"Ahora, te sugiero que te vayas antes de que tenga que llamar a alguien para que te acompañe fuera. Toma buenas decisiones, Rupert. Ya es hora de que aprendas a hacerlo".

Sus ojos hinchados pasaron de mi cara a mi mano. Algo se desinfló ligeramente en él al darse cuenta de lo que quería decir.

"Bien. Me iré. Que vivas como una puta no tiene nada que ver conmigo", dijo.

Sus palabras estaban destinadas a escocer y la Darcy de hace una semana podría haberlas sentido con agudeza, pero la Darcy actual no.

Yo era hermosa y estaba al mando. No tenía que gustarle, pero sí apartarse de mi vista.

"Adiós, Rupert. Y buena suerte".

Le miré fijamente una vez más antes de que resoplara y pasara a mi lado, abriendo la puerta con rabia.

Momentos después, le oí gruñir a alguien en la cocina y salir por la puerta trasera.

Se me escapó una risita. La comprensión de que era un tonto, y yo estaba mejor sin él.

Levantando la mano del teléfono, salí del despacho y volví al dormitorio de Lyra. Quizá ambas pudiéramos leer un poco a lo largo de la tarde.

Capítulo Quince

Darcy

"Sonríe a la cámara. A las nueve en punto", murmuró Jason entre sonrisas.

Así lo hice, alborotándome el pelo.

"Ahora, por el otro lado. Ese dodo de la chaqueta marrón. Qué tonto," Jason instruyó, su mano en la parte baja de mi espalda, maniobrándome para mirar hacia el otro lado.

Me costó un esfuerzo colosal ignorar el zumbido de electricidad que parecía emanar de las yemas de sus dedos directamente sobre mi piel. Cómo deseaba que siguiera tocándome...

"Dios, esta gente no es más que escoria. No puedo creer que tengamos que jugar a estos juegos", dijo Jason bajo su sonrisa ganadora.

Estábamos en una especie de alfombra roja, una parada y repetición de *algo corpor*ativo revoloteando detrás de nosotros.

Me sentía como un millón de dólares, probablemente porque llevaba un vestido que valía más que mi coche y unos pendientes brillantes a juego. Era el vestido negro de cóctel que me quedaba perfecto, con largas cadenas tipo araña colgando de las orejas.

A mi lado, Jason tenía un aspecto increíble con un traje azul oscuro, el pelo perfectamente peinado y los ojos centelleantes bajo la lluvia de cámaras y luces que rodeaban la entrada del evento.

Mi primera velada como "acompañante" de Jason había comenzado oficialmente y, aunque disfruté de la algarabía, podría haberlo hecho con menos insistencia por parte de Jason.

Desde el momento en que entramos en el coche, había empezado.

"Habrá idiotas allá donde mires", me había dicho.

O

"Evita a la prensa todo lo que puedas. Sonríe cuando puedas para las cámaras, pero *no* te comprometas. No hables".

O

"Todo el mundo allí será o un gilipollas o un cretino adulador. Habla lo menos posible. Pareces inteligente. Esta gente te aburrirá hasta la muerte".

No me estaba preparando precisamente para una noche mágica de conversación chispeante. Hablé muy poco durante el trayecto, tratando por todos los medios de relajarme en los suaves asientos de cuero del Audi de Jason. Su colonia se mezclaba con mi perfume en el coche, casi mareándome por la sobrecarga sensorial.

Y el deseo. No olvides esa parte.

¿Cómo podría? Jason estaba tan guapo con su traje que quería abalanzarme sobre él. El recuerdo de nuestra aventura juntos en el Club Hedo nunca estaba lejos de mi mente cuando miraba en su dirección. Su presencia, sobre todo de cerca, me provocaba pensamientos y sentimientos muy intensos.

Lástima que su actitud fuera tan mediocre.

La verdad era que resultaba desagradable estar con él. No parecía tener una buena palabra que decir de nadie ni de nada.

Fue agotador.

"Vaya, qué sitio más bonito", exclamé cuando Jason metió el Audi en la zona de aparcacoches donde se celebraba el evento.

"Meh. Es una especie de basurero. Me sorprende que lo hayan reservado aquí", respondió, mirando al joven y ansioso aparcacoches que nos recibió.

"Intenta no rayarlo", dijo Jason, dándole las llaves al tipo.

¿Por qué sentiría la necesidad de decir algo así?

Después de haber trabajado como cajera durante tanto tiempo, sabía lo que era que la gente tratara a los trabajadores del servicio como basura. Un impulso para decirle algo a Jason burbujeó dentro de mí.

Me lo tragué enseguida.

Y ahora, aquí estábamos, haciéndonos fotos, con los comentarios sarcásticos continuando. Tenía la esperanza de encontrar a alguien con quien hablar en el interior que pudiera aligerar un poco el ambiente. O al menos, cambiar el tema de las quejas y las quejas a... bueno... *cualquier* otra cosa. Pero no fue así. Jason me mantuvo a su lado durante todo el acto y sólo me dejó ir al tocador. Se empeñó en que nos vieran juntos y lo más cerca posible.

No me importó la parte cercana.

"Presidente Riley, me alegro de verle. Sra. Riley. Les presento a Darcy", canturreó Jason cuando conocimos a una pareja mayor. El Presidente -de qué, no lo tenía claro- era corpulento y obviamente adinerado. Su esposa, también de aspecto olvidable salvo por los enormes pendientes de rubí que colgaban de sus lóbulos, era bastante amable y les estreché la mano con recato.

"Encantada de conocer..." No llegué a terminar la frase. Jason ya me estaba moviendo a la siguiente serie de ricos y privilegiados.

¡"Reggie"! ¡Marigold! ¡Estás increíble!" Jason sonrió. Otra pareja de aspecto olvidable, sus ropas hablaban más de sus personalidades que de otra cosa.

"Encantado de hacerles..."

Whoosh. A por la siguiente persona. Y la siguiente.

"¿De verdad no puedo saludar a nadie?" Conseguí jadear entre saludos.

Jason se detuvo y me miró a la cara, por primera vez en toda la noche.

"¿Por qué querrías hacerlo? Estas personas no son nada para nosotros. Simplemente peldaños en la escalera. Peldaños hacia lo siguiente mejor. Créeme, si hay alguien con quien valga la pena hablar, lo sabrás".

Ante sus palabras, algo en mí se arrugó un poco. No soy la criatura más sociable del mundo, pero me gusta una buena conversación conectada. ¿Todos estos acontecimientos iban a desarrollarse de esta manera?

¿Y se esperaba que fuera tan falso y desagradable como Jason?

Menos mal que es atractivo.

Era más que atractivo. Sentía un hormigueo en la piel al menor contacto y mi mente se llenaba de imágenes obscenas más a menudo de lo que me gustaría admitir.

Aun así, tenía un trabajo que hacer y él esperaba que lo ejecutara lo mejor que pudiera.

Me veía y me sentía atractiva. Puede que mi nombre no significara nada para los ricos de la alta sociedad de Los Ángeles, pero mi aspecto sí.

Y las cámaras estaban capturando todos los ángulos de este mismo. Jason se aseguró de eso.

Mantén la sonrisa y ponte guapa. Véndelo. Luego cobra ese cheque.

Iban a ser tres largos meses.

Capítulo Dieciséis

Darcy

"Mira quién ha salido en la página seis", murmuró Lyra, acercándome la pantalla de su móvil. Una foto de Jason y yo devolviéndonos el guiño, con nuestras sonrisas abiertas. Incluso sinceras.

¿Hemos convencido a la gente después de todo?

"No sabía que los de tu generación supieran nada de periódicos", repliqué, observando que Lyra hojeaba las páginas de sociedad de un periódico digital.

"Lo hago cuando van unidas a una alerta de Google sobre mi hermano", bromeó. Tenía sentido. Si yo tuviera un hermano de alto perfil, probablemente también tendría algo así. "Además, no eres mucho mayor que yo", añadió.

Gulp. Eso también era cierto.

"Supongo que no. ¿Puedo ver?" Señalé con la mano hacia su teléfono y me lo entregó, volviendo inmediatamente a su libro.

Llevábamos una semana aquí y ya había leído *Beloved* y ahora estaba con *Orgullo y prejuicio.* Era muy satisfactorio oírla reír en voz baja a veces por la sombra de Jane Austen.

Mis ojos recorrieron rápidamente el pie de foto: "*El famoso abogado Jason Sturbridge sale con su nueva dama. ¿Se habrá domado por fin?".*

Supongo que está funcionando, entonces... musité para mis adentros. Me preguntaba si Jason lo había visto. Estaba segura de que sí. Si Lyra tenía una alerta de Google con su nombre, él también debía de tenerla.

Devolviéndole el teléfono a Lyra, salí de su habitación para dirigirme a la mía. Por el camino, intercepté a Jason que bajaba las escaleras.

Por un momento, nuestras miradas se cruzaron y ahí estaba: esa extraña fisión de tensión que siempre parecía encenderse entre nosotros. Una tensión que tuve que esforzarme mucho por ignorar.

"Hola. ¿Cómo estás?" Preguntó, con un tono algo formal.

"Yo estoy bien. ¿Y tú?"

"Bien. Bien. Me dirijo a la oficina. ¿Estás lista para tomar algo con Ellery y Asher más tarde?"

Repasé mentalmente mi calendario. Este sería el cuarto evento desde que mi contrato había comenzado oficialmente. Cócteles, un acto benéfico, una mesa redonda y ahora unas copas con gente con nombres de moda.

Apenas podía seguir el ritmo.

"Por supuesto. Estaré lista".
Sonrió, algo entre genuino e inventado. "Estupendo. Nos vemos. Sigue así".
Se volvió para bajar las escaleras.
"¿Sigue así? ¿Cómo lo estoy haciendo exactamente?"
Se detuvo a mitad de camino y se volvió con una sonrisa un poco más sarcástica.
"Bueno, sólo ha pasado una semana, Darcy, y mira lo que dicen los medios. Es genial. Mejor que genial. Antes de lo previsto".
Haciéndome un guiño pomposo, siguió bajando las escaleras.
Hombre, él me agravó. ¿Cómo podía un cumplido suyo seguir pareciéndose un insulto?
Apartando la cabeza, me dirigí a mi habitación, intentando olvidarme de sus palabras.
Excepto que algo de ellas se me quedó grabado.
'Calendario...'
¿Por qué era tan importante?
Fui a mi agenda. Aunque tenía un teléfono, seguía siendo anticuada en lo que se refería a ciertas cosas. Mi calendario de papel era una de ellas. Utilizando lápices de colores y rotuladores, me resultaba relajante trazar los acontecimientos de mi vida en las casillas preestablecidas del papel cremoso.
Hasta hace poco, no había mucho allí, sólo trabajo y salidas con Mary.
Pero entonces, el elaborado sistema de códigos de colores que tenía montado había estallado con fiestas, eventos y otras salidas.
"Pero no todo es diversión y juegos", susurré para mis adentros, escudriñando las páginas en busca de una anotación muy concreta.
Mi periodo.
Cada mes, dibujaba obedientemente un corazoncito rojo el primer día de la regla. Al final, dibujaba solo el contorno de uno, símbolo de que había superado un ritual desagradable pero necesario.
Lo busqué donde debería haber estado.
Nada.
Retrocediendo una página, vi dónde estaba el mes anterior. Feliz e inocente.
Antes de conocer a Jason.
Mi cita con él estaba marcada con un signo de exclamación verde brillante junto a las palabras "*Club Hedo con Mary"*.
Rápidamente, mi cerebro empezó a hacer cálculos.

¿Cuándo me iba a venir la regla? ¿Estaba llegando tarde? ¿Cuándo debería empezar?

Cada vez más alarmada, eché cuentas. Luego volví a hacerlo.

Sí. Tarde.

"Vale, respira. Que no cunda el pánico. Es sólo estrés. Muchos cambios. Muchas cosas nuevas con las que trabajar. Eso es todo..." Me dije a mí misma. Luego volví a decirlo en voz alta, para que se me quedara grabado.

Mientras tanto, yo me apresuraba. Corriendo hacia mi armario, ahora repleto de ropa que parecía pertenecer a otra persona, alguien con una cartera mucho más grande, me lancé al rincón más oscuro del armario.

"¿Dónde estás? Vamos..." Me quejé.

Finalmente, mis manos se cerraron sobre ella, metida de nuevo en un cubículo. Mi mochila. Me había mudado a casa de Jason con unas cuantas cajas y un montón de bolsas andrajosas y destartaladas que había ido recogiendo a lo largo de los años.

Una de ellas, una vieja mochila, contenía cosas que nunca pensé que necesitaría, pero de las que no podía prescindir.

"¿Estás ahí? Por favor, que estés ahí", imploré, rebuscando en los bolsillos más profundos del bolso.

Entonces, mis dedos se cerraron a su alrededor. Una caja. La saqué y la puse a la luz.

"Mi kit de emergencia", dije, anunciando su llegada.

Una chica nunca va a ninguna parte sin una cosa así. Nunca había tenido ocasión de usarlo, pero ahora lo agradecía.

'*Resultados garantizados en tres minutos o menos...'*

No era mi primer rodeo con un susto de embarazo, pero ¿quién podría acostumbrarse a algo así?

Lo abrí, me dirigí al baño, leí rápidamente las instrucciones y me hice la prueba, colocando ansiosamente la tira reactiva sobre la encimera.

Me obligué a esperar fuera y me dediqué a limpiar la mochila, diciéndome a mí misma que con ello me aseguraba un resultado negativo.

Tres minutos después, tenía una realidad claramente distinta.

Dos líneas rosas. Brillantes. Casi burlándose de mí en su brillante alegría.

Embarazada.

De Jason Sturbridge. Abogado de famosos. Intimidador y cascarrabias.

"¿Qué demonios hago ahora?" Pregunté.

La chica recién embarazada del espejo se limitó a devolverme la mirada.

Ella tampoco tenía ni idea.

Capítulo Diecisiete

Darcy

Es increíble cómo la mente humana puede compartimentar a veces. Después de unos treinta minutos repitiéndome a mí misma en el espejo del baño 'Que *no cunda el pánico, que no cunda el pánico, que no cunda el pánico'*, conseguí calmarme lo suficiente como para hacer balance de la situación.

Era joven y sana.

"Lo más probable es que el bebé también lo sea", dije en voz alta, con la boca tropezando con la palabra "bebé".

Lo que significaba que podía terminar este contrato de tres meses -quizá haciendo alguna pequeña adaptación en los trajes si me crecía la panza-, cobrar mi dinero y tener a este niño sin que Jason se diera cuenta.

"¡Adopción! Sí... eso es lo que puedo hacer..." Declaré, aunque el concepto me parecía ajeno. Pero, de nuevo, todo lo parecía en aquel momento.

De repente, mis pensamientos se vieron interrumpidos por un suave golpe en la puerta.

"¿Darcy? Soy Suzanne. Sólo quería que supieras que la hora del evento ha cambiado ligeramente. Jason me pidió que te dijera que estuvieras lista en la próxima media hora. Gracias".

"¡Oh... vale!" Grité desde el baño, metiendo apresuradamente la prueba de embarazo, la caja y las instrucciones en una bolsa de plástico. Tendría que encontrar la forma de tirarlo a la basura más tarde. No quería que la señora de la limpieza de Jason lo descubriera.

Me metí en el armario para ponerme un conjunto y me maravillé de que a Suzanne ni siquiera le importara que yo tuviera problemas con el cambio de hora.

Porque yo no puedo tener eso. Soy su novia a la orden, ¿recuerdas?

Elegido el atuendo, decidí dejar de lado por el momento los desagradables asuntos de este embarazo.

Después de todo, yo no tenía mucho que decir en el asunto, y Jason estaría esperando.

Por algún milagro, ya estaba lista cuando otro suave golpe me indicó que el Audi ronroneaba en la puerta principal.

"Hora del espectáculo", le dije a la preciosa -¿estaba empezando a brillar?- con un traje verde pavo real sin hombros. Mis ojos brillaron en el espejo.

"Finge hasta que lo consigas", le aconsejé, antes de cerrar la puerta de mi habitación tras de mí.

Me miró de arriba abajo. Por un instante, me pregunté si se daría cuenta. ¿Mi cuerpo parecía diferente? ¿Era evidente?

Desde el asiento del conductor, se acercó y me dio una palmadita en el asiento.

"Entra, preciosa. Estás buenísima".

No. No se nota. Aunque me está poniendo cachonda.

Jason estaba increíble. Llevaba una impecable camisa de lino con pantalones grises y zapatos marrón miel, y parecía estar listo para unos cócteles elegantes y codearse con gente rica.

Al subir a su lado, me fijé en su reloj. Un Rolex de esfera enorme, con la correa de platino brillando a la luz de la tarde.

Siguió mi mirada.

"Bonito, ¿verdad? Nivel superior. Cara de ostra con diamantes. A partir de $111.000 dólares", presumió, mientras se dedicaba a sacar el coche de la entrada y adentrarlo en las frondosas calles que rodeaban su mansión.

"Eh... claro. Sí", murmuré, haciendo todo lo posible por entender qué tenían que ver las ostras con un reloj.

Me desconcertó más el precio. ¡Cien mil dólares por un *accesorio!*

Claramente, Jason y yo nos movíamos en círculos diferentes.

"Ellery y Asher te van a adorar", empezó Jason, incorporándose al tráfico. Habíamos salido del enclave seguro de su exclusivo barrio y nos dirigíamos a otro lugar de moda: el bar más nuevo de Los Ángeles, *The Speakeasy*.

Se rumoreaba que el local era conocido por sus complejos cócteles.

O mocktails, me recordó una voz severa. Me tragué mi pánico momentáneo.

"Estoy segura de que a mí también me agradarán", dije, distrayéndome al mirar por la ventana.

"Son promotores. Con los dedos muy metidos en el pulso de todas las cosas inmobiliarias de Los Ángeles. De hecho, así es como nos han metido ahí esta noche. Hay lista de espera".

"Vaya", fingí estar impresionada, pero me estaba dando cuenta de que aquello no era más que el mundo de Jason. Podía pasarme los próximos tres meses con la boca abierta o podía aceptarlo y aprender a disfrutar del lujo.

Después de todo, yo también lo probaría pronto, ¿no? Aunque no podía entender cómo gastar dinero como Jason parecía hacerlo.

"No podía decidir qué reloj usar esta noche, así que opté por un clásico, ¿sabes?"

Jason había cambiado de tema, pero no parecía muy interesado en charlar conmigo. Yo seguía mirando por la ventana.

"Seguro..."

Mi mente vagaba hacia Rupert. En sus ojos desesperados y su petición de dinero. Hasta hacía poco, había sido lo que yo habría considerado una persona acomodada. Parecía tener todo lo que necesitaba y se encargaba de llevarme a comer fuera y de pagar habitaciones de hotel.

No es que le pidiera nada del otro mundo. Pero lo hizo bien.

Jason, sin embargo, estaba en otra liga.

"¿Cuántos... eh... cuántos relojes tienes?" Me aventuré, curiosa.

"Al menos treinta", respondió orgulloso. "Nunca sabes cuál se adaptará mejor a la ocasión, ¿me entiendes?"

"Claro", respondí secamente. Como había sido una chica Timex la mayor parte de mi vida, no tenía ni idea de lo que estaba diciendo.

Entre la casa de Jason, su personal y su estilo de vida, estaba claro que gastaba su dinero abundantemente. No sabía que un abogado pudiera ganar tanto...

"Ya hemos llegado", anunció, metiendo el Audi en el aparcacoches. Antes de que pudiera decir algo grosero sobre el joven que salía a su encuentro, le corté.

"Tal vez puedas mostrarme lo que hace un buen reloj alguna vez, ¿eh?"

Jason sonrió, con cara de suficiencia. "Mejor aún, te compraré uno. Es lo justo".

"Oh, no tienes que..."

"Insisto", dijo, lanzando sus llaves al aparcacoches. "Vamos a reunirnos con Ellery y Asher".



"¡Insistimos en la cabina de atrás!" Chilló Ellery, gesticulando con un violento juego de uñas.

Aunque llamativa a la vista, había algo exagerado en su aspecto, como si luchara contra su edad cuando aún no había envejecido. Una mujer joven maquillada como una mujer mucho mayor. Era extraño de contemplar.

"Después de todo, les ayudamos a negociar para conseguir este lugar".

"Claro que sí", coincidió Asher, su marido, un hombre de llamativos ojos azules pero con una frente demasiado lisa y un pelo rubio poco natural. "Se lo pusimos todo fácil".

Es cierto que nos sentaron en la mejor mesa del lugar. Estaba abarrotada de gente guapa, que bebía en delicadas copas y robustos vasos de piedra. Diseñado como una versión hipster de un búnker subterráneo, el local tenía un aire de gánster de los años veinte.

Menos los precios. Un vistazo al menú y estaba agradecida de que Jason pagaría la cuenta. Yo tendría que trabajar un mes para poder pagar una ronda aquí.

"Yo digo que vayamos por las cosas más locas del menú", Jason propuso, inclinándose en la mesa. "Después de todo, ¿cómo podemos realmente probar un lugar si arruinan las cosas difíciles, ¿No crees?"

Asher y Ellery asintieron, señalando una serie de cócteles al final de la pesada carta.

"¿Qué significa el asterisco?" Pregunté, observando que cada una de las que Jason miraba tenía esa marca.

"¡Alta gama, eso es lo que significa!" Jason declaró, haciendo que Ellery chillara de risa.

Jason hizo una señal al camarero.

"¿Están listos para ordenar?" Preguntó. El tipo era pequeño, delgado como una barriga, con el pelo repeinado hacia atrás. Sospeché que aprovechaba las horas de luz para conseguir trabajos de modelo.

Jason nos guiñó un ojo a todos y, con un asentimiento de Ellery, pidió en nombre de todos.

"La señora a mi derecha tomará el Ramos Gin Fizz. El caballero tomará el Corpse Reviver, yo tomaré el Commonwealth y la dama a mi izquierda", aquí me hizo un doble guiño, "tomará el Sunset Margarita".

El camarero frunció el ceño, pero se limitó a asentir al tomar nota del pedido. "¿Algo más?"

"La mezcla de cacahuetes del bar clandestino", Jason se rió, con un desprecio en el sonido.

"Enseguida", respondió el camarero, alejándose de la mesa.

"¡Esas bebidas son *una locura*!" Ellery aduló, tomando nota de las descripciones en el menú. "¡Jason! El Commonwealth lleva setenta y un ingredientes".

Todo el mundo se reía. Hice lo que pude para participar.

"¡Pues claro que sí!"

Miré a mi alrededor y vi que el local estaba lleno. Fue entonces cuando el ceño del camarero se frunció. Dada la complejidad de aquellas bebidas, sabía que íbamos a ser una mesa odiada con toda seguridad. No hace falta trabajar mucho tiempo en el sector servicios para saber que esos clientes eran la perdición de nuestra existencia.

Y sin embargo, ahora estás en el otro lado. Ahora eres una de ellos, dijo una voz, con un tono sentencioso y severo.

Pero no podía preocuparme por eso ahora. El dinero siempre tenía una forma de trabajar para aquellos que lo tenían.

De lo que tenía que preocuparme era de cómo beber algo empapado en tequila sin llegar a bebérmelo. Puede que diera a este bebé en adopción, pero no iba a hacerle daño.

"Entonces, Jason, ¿podemos contar contigo para que nos ayudes con el asunto del seguro? ¿Terminará tu juicio para entonces? ¿Puedes pensar en nosotros, los pequeños?" Preguntó Ellery, frunciendo un poco los labios. Algo en mí se revolvió. Nunca me habían gustado las mujeres adultas que se comportaban como niñas cuando flirteaban. Me daba escalofríos.

"¡Por supuesto! En cuanto termine el juicio, soy todo tuyo. Ya sabes lo leal que soy a mis clientes", respondió Jason, con suavidad.

"¡Genial!" Exclamó Asher.

Justo en ese momento, el camarero volvió con un enorme cuenco de la mezcla de cacahuetes característica del bar, una versión de lujo de lo que encontrarías esparcido por un bar de mala muerte de forma gratuita.

"Me temo que tengo noticias desafortunadas, señor", empezó el camarero.

Los ojos de Jason, que un momento antes brillaban de risa, se volvieron fríos. Intuía que estaba a punto de recibir una mala noticia y yo percibía que no estaba acostumbrado a oír esas cosas.

"¿Sí?"

"Debido a la prisa que tenemos, el bartender les ha pedido que hagan elecciones alternativas. Esas bebidas son demasiado complejas y llevan demasiado tiempo. Estaremos encantados de proporcionarles una bebida gratis, por supuesto".

Jason giró la cabeza como si dudara del informe del bartender. "¿Demasiado ocupados? ¿Por qué los tienen en el menú entonces?"

Sentí que me invadía el miedo. El conflicto no era algo que buscara de ninguna manera. Y menos cuando se trataba de una noche en la ciudad. La ansiedad inundó mi estómago.

"Abajo hay asteriscos que indican cuándo se hacen esas bebidas. Las horas punta no son una de ellas. Cometí un error al no señalárselo cuando hizo el pedido", dijo el camarero aunque no había mucha disculpa en su voz. No estaba segura de si estaba de su parte o no.

Ellery y Asher parecían atónitos, y enseguida me di cuenta de que nunca habían trabajado en un trabajo de servicios en su vida. Simplemente ordenaban y esperaban siempre la perfección.

Jason no estaba de acuerdo, y mi vergüenza de estar sentada allí creció. Volvió su atención a Asher.

"Conoces al dueño de este lugar, ¿verdad? ¿Está aquí?"

Asher asintió enérgicamente y señaló a un hombre sentado en un rincón oscuro. Era mayor y sin mucho que recomendar a su aspecto, sus ojos perdidos en un par de gruesas gafas.

Jason volvió al camarero. "Tráelo aquí".

El camarero empezó a protestar, se lo pensó mejor e hizo lo que se le había ordenado. En el ínterin, Asher explicó.

"Se llama Lowell. Heredó su dinero. No tiene mucho sentido de los negocios. Una serie de malas inversiones. Este tiene que acertar si quiere quedarse con parte de la fortuna de papá".

Desde mi periferia, pude ver la mandíbula de Jason. Las ruedas de su cabeza giraban furiosamente.

Un momento después, una vocecita preguntó: "¿Querías verme?"

Pertenecía a Lowell, que era más alto de lo que creía, delgado como una judía y ligeramente encorvado. Llevaba una camisa blanca y tirantes negros, que le daban el aspecto del bar clandestino que le rodeaba.

"Sí. Siéntate un momento", invitó Jason, señalando un hueco en la mesa. Lowell obedeció, parecía nervioso.

"¿Cuánto has invertido en este lugar?"

Los ojos de Lowell parpadearon furiosamente detrás de las lentes. "¿Cuánto...?"

"Pongámoslo así: ¿cuánto tienes que liquidar en las próximas semanas para *no* perder la cabeza con este sitio?"

Jason no se andaba con rodeos. Una mezcla ácida de emoción e inquietud me invadió las entrañas.

"500.000 dólares... por lo menos", se estremeció Lowell.

Jason asintió, como si siempre hubiera sabido que ésa era la respuesta.

"¿Y cuánto llevas ya?"

El cuerpo de Lowell empezó a decaer. "Más de 2 millones de dólares..."

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Jason. Parecía la de un depredador. La emoción aumentó en mí. ¿Quién era ese tipo?

"Te diré lo que vamos a hacer. Voy a comprarte este lugar ahora mismo. Limpiar tus deudas y gastos generales, y tu camarero me va a traer mis bebidas, ¿de acuerdo? Asher se encargará de los detalles. ¿Te parece bien?"

Lowell parecía como si le hubieran besado y abofeteado al mismo tiempo.

"¿Tú... qué?"

Jason se echó hacia atrás, satisfecho. Sabía que había ganado. Intenté no excitarme, pero fue casi imposible.

"Ya me has oído. ¿Tenemos un trato?"

Más parpadeos. Entonces, con un destello, Lowell extendió la mano. "Trato hecho".

A continuación, estrechó la mano de Asher y con ese acuerdo entre caballeros, Lowell se alejó para ordenar al bartender que preparara nuestras bebidas.

Me quedé de piedra.

¿Jason acaba de *comprar* el bar?

"Disculpen, tengo que ir al servicio", dije, bajando de mi asiento.

Mientras caminaba, sentí una mirada en mi trasero. Al girarme rápidamente, pillé a Jason mirando antes de que volviera a centrar su atención en la risueña Ellery, con sus blancos dientes relucientes.

¿Quiénes son estas personas? Pensé.

Bordeando la maciza madera oscura de la barra, rematada en latón, lancé una mirada hacia Jason. Estaba de espaldas a mí, y Ellery y Asher lo ignoraban.

Bien.

Me incliné hacia la barra, asegurándome de que mi escote se viera bien, y le hice señas al bartender. Era uno de esos tipos modernos que llevan camisa blanca con bandas en los brazos y un bigote bien depilado y peinado.

"¿Qué puedo hacer por ti?" Preguntó, y sus ojos salieron de mi pecho para encontrarse con mi cara.

"¿Me preguntaba si ya preparaste el Sunset Margarita?" Pregunté dulcemente.

Su expresión cambió en un instante. "Claro que sí".

Me incliné más cerca, haciendo mi magia. "Sí. Lo siento. La fiesta en la que estoy es..." Hice un gesto frotando el pulgar contra los dedos índice y corazón.

Tienen dinero y no saben comportarse, dije con los ojos.

Asintió con la cabeza y pareció entender. Los trabajadores de los servicios siempre encuentran la manera de conversar entre ellos.

"¿Sería posible si me preparas la margarita sin alcohol? Estoy... uh... cuidando mi peso".

Me miró de nuevo, buscando kilos de más. Si los vio, fue lo suficientemente caballeroso como para no decirlo.

"Claro".

"Gracias", le guiñé un ojo. "¿Podemos guardar este pequeño secreto?"

"Entendido".

"Me aseguraré de que la propina sea... generosa".

Con otro guiño, me fui al servicio maravillada de mis habilidades. ¿Dónde aprendí eso?

Salir con Mary se me está pegando.

Mary puede ser gay, pero sabía cómo trabajar con la gente para conseguir lo que quería.

Varios minutos después de que volviera a la mesa, trajeron una elaborada bandeja y repartieron las bebidas en todo su esplendor.

Fiel a su palabra, la mía estaba llena de zumo de frutas. Pero tenía toda la pinta de ser la bebida alcohólica letal que anunciaba.

"¿Te gusta?" Jason sonrió, sus ojos buscando aprobación. Después de todo, ahora era el dueño, ¿no?

"Está deliciosa", dije.

El resto de la velada fue una mezcla de Jason y Asher contándose historias de sus conquistas en las salas de juntas y los juzgados de Los Ángeles. Ellery se tragó cada palabra, mientras yo me concentraba a ratos.

¿En qué estaba pensando realmente?

¿Cómo puede Jason permitirse todo esto con el sueldo de un abogado?

No tenía sentido. ¿Realmente iba a ver mis dos millones de dólares al cabo de tres meses o era todo una ilusión?

Afortunadamente, la velada llegó a su fin. Al ponerme el cinturón, Jason me miró después de darle una propina al aparcacoches.

"Esta noche has estado muy callada. Quiero que te comprometas más la próxima vez, ¿de acuerdo?"

Asentí con la cabeza, esperando ocultar mi decepción. ¿De verdad tendría que volver a salir con Ellery?

¿No sería divertido que él salga solo con ella?

"¿Pasa algo?" Preguntó Jason. En su tono se mezclaban la curiosidad y la irritación, una extraña combinación.

"La verdad es que no. Bueno..."

Has abierto la puerta. Atraviesa.

"¿Qué?" Jason preguntó, alejándose de la entrada del bar.

"No es asunto mío, pero has comprado un bar esta noche. Eso parece... extravagante".

Jason se rió. A diferencia de su comportamiento en el bar con Asher y Ellery, esto sonaba genuino.

"¿Preocupada de que mi cheque sea rebotado? De ninguna manera, cariño".

Maldita sea. ¿Puede este tipo leer mi mente?

"Pero era mucho dinero. Y la casa. Y todos los vestidos y..." Me di cuenta de que sonaba como un patán, pero simplemente no tenía sentido.

"Mira. Compro cosas que me dan alegría. Resulta que a veces me hacen ganar dinero. Ese bar es un concepto perdedor. Será un fracaso en seis meses. Ese personaje de Lowell no tiene ni idea. Pero en mis manos, lo renovaré y dará beneficios para Navidad. Ya lo verás".

"Entonces, como abogado..."

"Ser abogado es un buen sueldo, pero no *tanto*. No, cariño. Soy un buen inversor. De ahí viene el dinero. Mira, tú preocúpate de ser guapa y encantadora. Yo me encargo del resto".

No quise darle la satisfacción de responderle por miedo a que lo considerara "encantador", así que me callé.

Volvimos a casa en silencio.

¿Cómo puede este hombre ser tan odioso y tan irresistible al mismo tiempo?

Al mirarle a hurtadillas, me fijé en cómo las farolas que pasaban por su lado iluminaban su rostro anguloso, sombreando sus ojos.

Mi cuerpo hormigueaba por él. *Me moría por* él.

Y, sin embargo, mi mente lo rechazó de plano.

¿Qué podía hacer una chica?

Capítulo Dieciocho

Darcy

"¿Es un queso blando?" Le pregunté al camarero mientras nos arremolinábamos alrededor de otra mesa en otro evento más. Creo que tenía algo que ver con una subasta benéfica, pero a la cuarta semana de mi contrato con Jason, todos empezaban a parecerse.

Jason me miró fijamente. "Empezando a ponernos cómodos, ¿verdad? ¿Qué será lo próximo? ¿Preguntar qué uvas van bien en suelo arenoso?"

Una sonrisa irónica me tiró de los labios. Una parte de mí quería abofetearle. Y una parte -o varias partes- de mí, desde luego, no. De hecho, tenían una lista de cosas que preferirían hacer con -y a- él. De hecho, esos pensamientos me distraían cada vez más.

"Sólo por curiosidad", respondí, cogiendo una galletita con un cuadradito de queso. Había leído en alguna parte que los quesos blandos no eran buenos para los bebés en crecimiento. Pero Jason no necesitaba saberlo.

"Seguro que sí", replicó, y su mirada se detuvo en mí un segundo más de lo normal antes de volver a su conversación con otro abogado.

Me quedé contemplando la sala, repleta de gente reluciente en trajes de gala y esmoquin, todos animados por la sensación de entregar cheques saludables a una causa valiosa.

Debe de ser fácil hacerlo cuando vuelves a tu McMansion, pensé sarcásticamente.

Aun así, la observación de Jason era correcta. Me *estaba* poniendo cómoda en estas cosas. No me había dado cuenta hasta entonces.

En ese momento, una mujer mayor con el pelo de algodón de azúcar y un vestido rosa empolvado nos abordó en la mesa. Manoseó el brazo de Jason y me miró de arriba abajo.

"¡Ustedes dos son el glamour en persona! ¡Mírense! ¿Le harías un favor a esta anciana?"

Jason y yo intercambiamos miradas. Incluso en ese segundo de huida, su contacto visual directo me dio escalofríos.

"¿No eres Daphne Winthrop?" Jason dijo con elegancia.

Juro que la cara de Daphne se volvió tan rosa como su bata.

"Lo soy. Y me halaga que sepas quién soy", se sonrojó.

"Bueno, usted es la principal organizadora de esta obra de caridad. ¿Cómo podría no saberlo? ¿Qué podemos hacer por usted?"

"Oh Dios, ¿no son ustedes unos encantadores?" Daphne estaba fuera de sí. "Me encantaría que dos embajadores subieran conmigo al podio para sacar el boleto ganador de la rifa, ¡y los dos

encajan a la perfección! ¿Lo harían por mí?"

Jason ni siquiera esperó mi consentimiento. Le brillaban los ojos. Sería una gran oportunidad fotográfica. Ser captados sacando un boleto ganador de una rifa en un evento benéfico de alto nivel a favor del hambre en el mundo... ¿o eran los pandas... o los programas de vacunación? Sinceramente, no podía recordarlo, salvo que sin duda era beneficioso para el mundo de alguna manera.

Pero ser visto haciendo tales buenas palabras definitivamente elevaría la moneda de Jason en los medios.

Y Jason lo sabía. Diablos, probablemente lo hizo posible. Averiguó quién era Daphne Winthrop e hizo que alguien influyente le susurrara al oído que nos eligiera a los dos para el trabajo.

Su agudo intelecto y su astucia subieron de nivel a mis ojos. Mirándole mientras asentía a Daphne, parecía aún más sexy. Su confianza era contagiosa.

Cómo quería dejar que esa confianza se apoderara de mi cuerpo...

"Permanezcan aquí y les haré saber cuando tengan que subir, ¿vale?" Dijo Daphne sin aliento, empujándonos a un lugar justo al lado del escenario que ocupaba toda una pared del salón de baile. Desapareció para buscar al maestro de ceremonias y un micrófono.

Jason me lanzó una mirada.

"Bueno, parece que somos el rey y la reina del baile"

"Nunca fui tan popular", respondí.

Me lanzó una mirada de sorpresa. Apareció el hoyuelo de su barbilla. Me vino a la mente la imagen de mi lengua recorriéndolo.

Dios mío... ¡concéntrate!

"¿De verdad? Me cuesta creerlo. Pensaba que siempre habías sido una chica popular".

Sacudí la cabeza. "No. Las chicas que siempre se la pasan leyendo, suelen pasar desapercibidas".

Asintió con la cabeza, riendo ligeramente. "Ah, tú eras una de esas. Apuesto a que siempre fuiste mona, pasara lo que pasara".

"¿Y tú? ¿Qué clase de niño eras?" De repente me di cuenta de que no le había preguntado antes por su pasado. Sería fácil creer que Jason Sturbridge acababa de aparecer en el mundo completamente formado como el hombre que tenía ante mí.

"Un atleta. Pero vi el poder de ser inteligente. Me iba bien en la escuela".

Por supuesto que sí.

Una vez más, un rayo de energía tiró de mí. Nació confiado. Nació seguro de sí mismo. Los tipos así nunca cambian.

"Supongo que te sorprendería tener un hijo tímido y reservado".

No pretendía que la pregunta fuera tan directa, pero ahí estaba. Con su hijo creciendo dentro de mí, me sorprendió darme cuenta de que no sólo sabía muy poco de él, sino que no tenía ni idea de lo que pensaba de tener hijos propios.

Su sonrisa de arco se atenuó y sus ojos recorrieron el estrado como si estuvieran aburridos. Encogiéndose de hombros, dijo: "No sé. Nunca lo he pensado".

Una respuesta poco edificante.

Abrí la boca para presionarle más, pero Daphne nos interrumpió.

"Muy bien, bellezas. Síganme".

Jason empezó a caminar, pero luego se detuvo y me tendió la mano para ayudarme a subir el escalón del escenario.

Puse la palma de mi mano sobre la suya y sentí el calor de nuestra piel al tocarse, las posibilidades que invocaba. Cómo el mero hecho de tocar esa pequeña parte de él podía abrir una brecha de anhelo tan grande que amenazaba con abrumarme.

"¿Estás bien?" Preguntó con cara de preocupación. Con un sobresalto, me di cuenta de que no había disimulado bien mi reacción.

"Oh, sí. Sí. Sólo... no comí suficiente queso, supongo", bromeé torpemente.

Me apretó la mano con más fuerza, lo que no ayudó pero tampoco quise terminar.

Caminamos hacia el centro del escenario. Daphne estaba a nuestro lado, con un enorme cuenco de cristal en los brazos.

En un instante, un foco brillante nos iluminó.

"Damas y caballeros", dijo el maestro de ceremonias. "Por favor, dirijan su atención al escenario para el sorteo de la rifa. Recuerden, el gran premio es una visita guiada a la Toscana, con cata de vinos y estancia en una villa del siglo XVII. Por supuesto, queremos agradecerles a todos su generosidad de esta noche. Todos sus esfuerzos garantizarán que la cuenca del río Amazonas siga siendo viable para las generaciones venideras".

Ah, cierto. Esto es para el Amazonas. Entendido.

El maestro de ceremonias continuó. "Para ayudar a la Presidenta Winthrop con el sorteo está con nosotros el notable abogado Jason Sturbridge. Y... ¡una invitada!"

Las cámaras enfocaban desde todos los ángulos. Jason parecía sereno. Yo estaba escultural y alta, a pesar de la presentación poco halagüeña.

Donde debería haber dicho mi nombre aterrizó como un ruido sordo. Jason me apretó la mano. Compensó el anonimato que me inundaba.

Tras agitar enérgicamente el cuenco, Daphne me lo tendió para que eligiera un boleto. Jason me dejó hacer los honores.

Una vez elegido, se lo entregué a Daphne, que a su vez se lo entregó al maestro de ceremonias.

"¡Ursula Jenkins!"

Una mujer entusiasmada se abalanzó sobre el escenario y, afortunadamente, Jason y yo fuimos despedidos de nuestros deberes. Nos apresuramos a bajar del escenario.

Menos mal. Estar de pie junto a Jason estaba empezando a ser incómodo. Como mi deseo por él estaba en plena exhibición.

Le agradecí que sugiriera que, una vez cumplido nuestro deber público, podíamos marcharnos.

El viaje a casa fue, por una vez, un poco más ligero que los anteriores. Jason parecía realmente encantado con lo que había pasado y sus comentarios despectivos parecían temporalmente controlados.

"Lo has hecho muy bien esta noche. Tu tímida yo infantil habría estado orgullosa", reflexionó, con los ojos fijos en la carretera.

Me eché a reír. "Supongo que sí. Ella nunca habría creído que pudiera pasar, eso seguro".

"Eso no lo sabes", respondió.

"*Lo* sé. Era muy tímida".

"No. Apuesto a que tú y yo hubiéramos sido amigos de niños. Tal vez incluso nos hubiéramos enamorado el uno del otro".

Ya estamos otra vez. ¿Debería intentar curiosear una vez más?

"Para nada. Me mantuve alejada de los chicos machistas. Y no me dejé enamorar de nadie hasta avanzado el instituto".

Hizo un sonido de burla. "Te lo estabas perdiendo. Los enamoramientos me ayudaron en la escuela".

"¿Y las relaciones?"

Otra burla. "No. Nunca lo hice. Todavía no lo hago".

Sus respuestas y su ligereza desinflaron un poco la conversación, y me alegré cuando nos detuvimos en el camino de entrada.

Después de apagar el contacto y abrir la puerta del coche, me acompañó a casa. Al pie de la escalera, nos quedamos quietos, inseguros de lo que iba a ocurrir a continuación.

Algo efervescía entre nosotros. Prácticamente podía saborearlo. *Quería* probarlo, pero no me atrevía a dar el primer paso. Además, me había dicho a mí misma que me limitara a tolerarlo, ¿no?

Sólo nos separaban unos treinta centímetros. Mi mano estaba apoyada en la barandilla.

Sólo una inclinación de cabeza o incluso un beso cerrarían el trato. Iríamos a su suite en vez de a la mía. Haríamos el amor de una manera increíble. ¿Verdad? Todo lo que tendría que hacer es inclinarme, cerrar los ojos...

"Esta noche lo has hecho muy bien", dijo, con la lengua jugueteando ligeramente sobre sus labios. "Pero me estoy ahogando en trabajo. Me voy a mi estudio".

"Bien. Sí. De acuerdo. Gracias. Esta noche ha sido... divertida", respondí, agarrando aún más fuerte la barandilla. "Buenas noches".

En lo que pareció un movimiento involuntario, la mano de Jason voló hacia arriba, los dedos se apartaron de mí. Podía sentir su trayectoria, estaba a punto de acariciarme la mejilla.

Luego, con un fuerte carraspeo, bajó la mano. Mi mejilla permaneció intacta.

"Buenas noches", dijo, su tono formal. Recortado.

Antes de que pudiera decir nada más, se dio la vuelta y se dirigió por el oscuro pasadizo hacia su estudio.

Me quedé sola subiendo las escaleras, con el cuerpo hormigueando. Mi mente confundida.

Aquella noche dormí sin descanso. Mi cuerpo ansiaba liberarse. Tenía impulsos. Últimamente, los impulsos se habían vuelto cada vez más agudos, exigiéndome, desordenando mis pensamientos, haciéndome incapaz de pensar o concentrarme.

A las 4 de la mañana, me había rendido y había encendido la luz de la mesilla de noche, cogiendo el libro más aburrido que tenía, *Guerra y paz*, y me había puesto a intentar distraerme de los pensamientos sobre Jason.

Pero incluso en las densas palabras de Tolstoi, la cara de Jason, la forma en que sus ojos se cerraban de placer, la forma en que sus caderas empujaban profunda y rítmicamente, la forma en que sus hombros se flexionaban y se mecían...

La humedad florecía bajo la sábana.

No podía negarlo. Estaba cachonda desde que había vuelto a ver a Jason. Pensé que podría controlarlo, que su actitud prepotente, su comportamiento chulesco actuarían como agua helada sobre un incendio.

Todo lo contrario.

Déjate llevar... al menos para no volverte loca...

Apoyé la cabeza en mi montaña de almohadas. La habitación estaba aterciopeladamente oscura, con rayas lilas que se colaban por las persianas. Solo la luz de mi mesilla de noche mantenía la oscuridad a raya.

De un tirón, la apagué y me sumergí en los brazos de la oscuridad. Un segundo después, oí el ruido sordo de mi pesado libro al caer al suelo.

Dejé que mis manos vagaran. Tenían una mente propia, y las imaginé pertenecientes a Jason, sus dedos seguros tropezando sobre mi piel.

Primero me subieron el pequeño camisón por encima de los pechos. Mi pelo cayó en un montón a mi alrededor mientras me lo ponía por encima de la cabeza. Inmediatamente, la sábana rozó mis pezones, duros y alerta, complacidos de recibir por fin algo de atención.

Cómo me han echado de menos, mi cuerpo parecía suspirar...

Mi mano izquierda se desplazó hasta la cinturilla de mis diminutos calzoncillos, se enganchó debajo y tiró hacia abajo, mis piernas se movieron y se abrieron mientras enterraba la ropa en algún lugar profundo de las sábanas.

Las sábanas de los ricos son un mundo aparte. No entendía por qué aún no había dormido desnuda en unas sábanas que se sentían como una segunda piel, pero tenía la intención de hacerlo a partir de ese momento.

Sedosa y suave, retorcí mi cuerpo dentro de mi suave capullo, deleitándome con la sensación contra mi espalda, mis muslos, mis hombros. Incluso mis pies se sintieron mimados.

Sigue adelante... una voz, persistente y ronca, insistió en mi mente, ahora totalmente despierta, rebosante de sucios pensamientos sobre Jason.

Cómo me había mirado de arriba abajo, cómo había deslizado su lengua por mi pecho, mi estómago, abajo, más abajo... hasta la humedad.

Mi mano derecha seguía al Jason fantasma, ansiosa por aprender de él, ansiosa por emular esas sensaciones.

Al principio, fui tímida, quería saborearlo, no precipitarme.

Circulando hacia abajo, di ligeros toques en la parte superior de mis muslos, apenas rozando la humedad tan cercana, tan hambrienta, tan... *anhelante.*

Mi mano izquierda no fue tan tímida. Subiendo por la colina de mi pecho, sus dedos agarraron el pezón, acariciándolo y provocando ondas en mí.

"Mmmm", gemí, igualando la suavidad de la oscuridad.

Mi mano derecha no iba a quedarse sola. Levantándola ligeramente, sentí el silbido del aire al levantarse la sábana antes de volver a descender lentamente cuando mi dedo se encontró con mi

entrada.
Había una suave humedad. Había sensaciones. Había electricidad.
"Ohhhh", me estremecí, dejando que la sensación me inundara. Estaba a punto de darme el gusto. Era un momento glorioso.
Lentamente, mi dedo empezó a moverse, deslizándose dentro y fuera de la humedad, tocando el delicado botón que había justo debajo. Mis caderas se unieron, los dedos de mis pies se flexionaron en el mullido colchón, la cama cada vez más caliente por el calor de mi cuerpo atrapado.
"Sí..." Ladré, con la mano izquierda apartando la sábana de mi cuerpo. El aire frío bailó sobre mi piel, aumentando el placer.
Volví a llevarme las manos al pecho y cerré los ojos, dejando que el invisible Jason entrara en mí, mientras mi dedo hacía lo mismo.
Abriendo las piernas, sentí cómo aumentaba la presión, cómo la sensación de liberación brotaba y burbujeaba desde lo más profundo de mí.
¿Cuánto lo quiero de nuevo? No puedo empezar a saberlo...
Mis dientes apretaron con fuerza mi labio inferior. La excitación estaba siendo excesiva. Mis dedos se movían al unísono, tocando, tejiendo, construyendo, haciendo que la liberación se acercara más y más y...
"¡OH! Mmmm".
Me corrí.
Fue una liberación de proporciones épicas. Una liberación de tensión, de frustración, de pensamientos y sentimientos reprimidos. De querer a Jason. Querer lo que me dije a mí misma que no debía tener.
Arqueando la espalda, me dejé estremecer y temblar durante varios segundos más antes de que mi cuerpo volviera a la cama. Momentos después, me tapé con la sábana, disfrutando del calor y del resplandor del agotamiento repentino.
Dormir parecía ahora posible. Me pesaban los ojos y mis miembros parecían de cemento. Era una sensación agradable.
Mientras perdía el conocimiento, mi mente volvió a llenarse de imágenes de Jason. Las llamas del deseo seguían lamiendo los bordes y sabía que seguiría luchando por quererle.
Pero ahora, por el momento, podía estar algo satisfecha.
Ahora, al menos, podría dormir.

Capítulo Diecinueve

Darcy

La llamada a la puerta me despertó.

"Uhhh... ¿sí?" Exclamé, con la voz borrosa por el sueño. En mi confusión, recordé de repente que estaba desnuda y me tapé con las sábanas a toda prisa cuando se abrió la puerta.

Apareció el corte de pelo ergonómico de Suzanne.

"Siento molestarte, pero el Sr. Sturbridge se pregunta si puedes acompañarle a hacer algo. Digamos...", me miró detenidamente mientras me sentaba en la cama, con el pelo alborotado, "... ¿en veinte minutos?"

"¿Pueden ser treinta?" Evadí.

El rostro de Suzanne se quedó congelado. Imposible de leer.

"Claro".

Desapareció, cerrando la puerta suavemente.

Me quedé mirando el móvil. Para mi sorpresa, ¡eran las 11:30! ¿Cómo me había acostado tan tarde? ¿Era evidente mi sesión nocturna de sexo en solitario? Suzanne era *imposible* de leer. Casi tan imposible como el propio Sr. Sturbridge.

Con una rapidez que me sorprendió incluso a mí, salí corriendo de la cama, me duché y me vestí. No tenía ni idea de lo que Jason quería, así que opté por unos pantalones negros y una blusa sencilla. Me esponjé el pelo e intenté secármelo a toda costa, pero básicamente lo dejé a su suerte.

Veintiséis minutos más tarde, me presenté en la cocina. Jason estaba tomando café en la enorme isla de mármol que dominaba el espacio.

"Cielos, ¿debo tomar que llegues cuatro minutos antes como una señal de respeto?" Apenas me miró mientras hablaba.

"Y buenos días a ti", murmuré, pasando junto a él hacia la cafetera que, por suerte, seguía encendida. Ignorando el consejo de no tomar café durante el embarazo, decidí que era mejor despertarme rápido. Necesitaba estar espabilada para salir hoy con Jason.

"Bebe eso rápido. Tenemos una cita", ordenó Jason despreocupadamente.

Tío, me irrita tanto. ¿Por qué me habla como si yo fuera su ayudante?

"Por cierto, te quedan muy bien esos pantalones", añadió.

Maldita sea. Ahora estoy caliente para él de nuevo. ¿Cómo lo hace?

"Gracias", respondí, sonando más remilgada de lo que pretendía. Miré frenéticamente a mi alrededor en busca de algo que me distrajera. Toda la calma que había ganado con la "liberación" de la noche anterior volvía a estar enrollada como si nunca hubiera existido.

Estar cerca de Jason era como estar en una de esas atracciones de un parque de diversiones que actúan como salero y pimentero. Nunca sabías qué lado estaba arriba.

¿Era por eso que su mirada podía derretir mis bragas?

¿O fue la actitud?

Quizás un poco de ambos...

Me serví una taza de café y me la bebí rápidamente mientras devoraba también un plátano. Intenté ignorar las miradas socarronas de Jason mientras me metía el largo trozo de fruta en la boca.

La tensión entre nosotros era innegable, pero él no hizo ningún movimiento para abandonar su lugar en la isla de mármol. En lugar de eso, hojeó su teléfono y solo de vez en cuando miró hacia mí.

"¿Lista?" Preguntó, poniéndose de pie y estirando su largo torso. Llevaba una camiseta verde oliva ajustada, que resaltaba perfectamente su piel bronceada. Unos vaqueros de diseño completaban el look. También podía lucir ropa informal, maldita sea.

"Supongo que sí", respondí, metiéndome el último bocado de plátano en la boca. "¿A dónde vamos?"

"Lo sabrás cuando lleguemos", respondió enigmáticamente, excitándome y agravándome a la vez. ¿Por qué no podía saber algo? ¿Por qué tiene que controlarlo todo?

Nos dirigimos al misterioso lugar que Jason había elegido. Yo era simplemente turista.

En lugar del Audi, esta vez cogimos un Porsche 911 descapotable de un negro aceitoso. Los asientos eran marrón chocolate y tan mullidos que parecía mi cama.

Hacía un tiempo perfecto, de postal. La brisa se tiñó con el aroma de los cítricos como Jason aceleró por el camino de entrada.

Dejé que el viento secara el resto de mi pelo húmedo, manteniendo la conversación al mínimo. A Jason le pareció bien y encendió la radio para poner rock clásico.

Milagrosamente, el tráfico era ligero y atravesamos varios barrios de lujo hasta que por fin nos detuvimos frente a una pequeña boutique a medida enclavada entre una ristra de tiendas lujosas y elegantes que prometían ricas joyas, servicios de spa y ropa.

"No creo que necesite otro vestido", dije saliendo del coche. La preocupación empezó a corroerme. Aunque no era del todo evidente, notaba que mi vientre estaba ligeramente más

redondeado de lo normal, que los signos de mi estado empezaban a notarse. Una costurera experta seguramente se daría cuenta.

"Lo necesitas. Y quiero que sea especial. En concreto, quiero que participes en su diseño", Jason cerró la puerta del coche, como si estuviera puntuando su declaración.

Nos dirigimos al interior, caminando bajo un toldo gris empolvado con un nombre comercial sencillo, casi oculto: *Moncreif.*

Dentro, el mundo se desvanecía, acallado por pesadas cortinas de terciopelo y muebles de felpa. Todos los rincones parecían acolchados, suaves y cómodos. Aquí no había ángulos ni líneas afiladas, sino un lujo suave y acogedor.

"Bienvenido, Sr. Sturbridge, me alegro de volver a verle", ronroneó una mujer con acento de Europa del Este. Era menuda y vestía, por supuesto, de negro, con botas de cuero hasta los muslos.

Su pelo, sin embargo, era blanco como la nieve, cortado en un corte recto que era lo único anguloso de la habitación.

"Irina, me alegro de volver a verte también", respondió Jason. Intercambiaron besos al aire.

Cada vez más, Jason conseguía sorprenderme.

"Y tú", dijo, volviéndose para mirarme. Me estaba acostumbrando a que la gente me escaneara como si fuera una de las pistolas láser que solía usar en el supermercado.

Quizá debería tatuarme un código de barras en la cabeza.

"Ah, sí. Tenías razón. Qué belleza", me miró Irina, extendiendo la mano hacia mí. Sin llegar a tocarme, era como si su mano fuera una vara de adivinación que se limitaba a leer mis coordenadas, a comprobar qué -o quién- era yo.

Finalmente, parpadeó y me tendió la mano para que se la estrechara. "Irina Kastoyavich. Soy la diseñadora jefa de Moncrief. El Sr. Sturbridge me ha dado órdenes estrictas de hacerte... trascendente".

A pesar de estar profundamente cosificada, no pude evitar sonrojarme. ¿Quién no quería ser *trascendente*?

"Encantada de conocerle", balbuceé.

Le di la mano, miré a Jason y -no me sorprendió- la mirada que me dirigió me produjo una oleada de calor que me recorrió el pecho, bajó por el estómago y llegó hasta la región inferior. Sus ojos eran directos, inquebrantables. Me deseaba, pero no iba a ceder.

Estaba casi segura de ello.

Y sin embargo, dos podían jugar a este juego.

¿Verdad?

Nos quedamos mirándonos un momento más antes de que sonriera y se volviera hacia el sastre. Respiré y me di cuenta de que había estado congelada demasiado tiempo.

"Haz tu magia, Irina", Jason comenzó.

"Oh, Jason, por favor. No hace falta..." Le interrumpí. Todo esto estaba empezando a ser demasiado. ¿Cómo podía jugar a este juego cuando él tenía todas las ventajas?

Intervino Jason con un movimiento de su brillante tarjeta de crédito negra. "No lo oiré. Toma esto, Irina, y haz algo increíble. De la elección de Darcy, por supuesto. Quiero que participe en todos los aspectos. No escatimes en gastos. Enviaré un coche a recogerla cuando esté lista. Otro será enviado una vez que el vestido esté completo. Estará listo para el final del día, ¿verdad?"

Me alarmé. ¿De verdad esperaba que esta mujer creara un vestido para mí de la nada antes de las cinco de la tarde? ¿Así funcionaba la gente rica? ¿Fuera de los límites del tiempo y el espacio?

Si Irina compartía mi pánico, no lo demostró. En lugar de eso, le arrancó la tarjeta de las manos y la guardó en algún lugar de su uniforme negro.

"Ciertamente, Sr. Sturbridge. Como desee. Ven conmigo, querida".

Su mano se posó en la parte baja de mi espalda y, con más fuerza de la que creía posible, empezó a apartarme. Al girar el cuello, volví a ver a Jason.

Aunque esta vez, sus ojos no buscaban los míos. Estaban clavados en mi culo. El calor me quemaba la ropa y la piel.

Una sola mirada de ese hombre me derritió por completo.

Un momento después, sin embargo, se había ido, dejándome a solas con Irina.

Apreciándome de arriba abajo, permanecimos en silencio varios segundos antes de que me preguntara: "¿Cuál es tu elemento favorito?"

Negué con la cabeza, insegura de haberla oído bien. "Lo siento, ¿qué?"

¿"Fuego? ¿agua? ¿tierra? ¿Viento?"

"Uhhh... ¿agua, creo?"

¿De qué iba esta señora?

Asintió, aparentemente satisfecha por mi respuesta. "Sí, eso también coincide con mi pensamiento. Ven conmigo".

Nos dirigimos a una sala trasera algo menos curvilínea y decadente que la zona principal de recepción. Las paredes estaban recubiertas de rollos de tela, cada uno con una pequeña cola colgando, una tarjeta de visita para posibles clientes, casi como si dijeran "¡elígeme! Haz algo bonito de mí..."

Irina se apresuró a pasar de los pesados brocados y terciopelos, de los colores más oscuros y los chillones a una sección de sedas y gasas diáfanas, casi como de hadas. Aquí, los colores eran suaves y tranquilizadores, como entrar en un bosque mágico.

Los verdes, morados y amarillos apagados me deleitaban y distraían mientras los recorría con las manos, sintiendo sus cualidades casi inexistentes.

"Toma. Esto, creo..." Dijo Irina, de pie frente a un trozo de tela que era la verdadera encarnación del agua misma.

Un azul claro que parecía cambiar cuando se movía y bajo diferentes luces, era el color más precioso que había visto nunca. Y sabía que quedaría perfecto con mi piel y mi pelo.

Irina era buena en lo que hacía, lo reconozco.

"Sí", respiré, dejándome relajar en esta experiencia ridículamente sobrevalorada. "Tienes razón. Esto es perfecto".

Irina asintió, satisfecha de que estuviera de acuerdo con ella. Tras descolgar el cerrojo, me condujo a la zona de pruebas.

"Desnúdate hasta la ropa interior y ponte en la cuadra", me dijo.

Obedecí, metiendo el estómago todo lo que pude. El bloque daba a una pared inclinada de espejos. Intenté no mirarme el torso.

Durante la hora siguiente, más o menos, estuve drapeada. Primero con muselina para crear el patrón y luego con trozos de la propia tela.

Irina, con la boca llena de alfileres, trabajaba deprisa, consultándome a menudo las ideas.

"¿Podemos tener un corpiño fruncido?" Pedí, rezando para que Irina no siguiera husmeando.

Ladeó la cabeza antes de responder afirmativamente.

"Sí, quedará muy bien".

Volvió a sujetar con alfileres.

Una hora más tarde, más o menos, los huesos del vestido estaban completos y me enviaron a un Uber que me esperaba.

Cuando me disponía a marcharme, Irina me empujó un libro encuadernado en cuero.

"Elige el estilo", me indicó.

Al abrir el libro, me sorprendió descubrir un catálogo de estilos de zapatos. De todas las formas y estilos.

"¿Qué...?"

"*¡Debes* tener zapatos a juego!" dijo Irina, con los ojos en blanco.

"Por supuesto... lo siento mucho", me disculpé, escudriñando rápidamente las opciones.

El par que elegí parecía saltar de la página. Tacón sencillo de cinco centímetros con una delicada tira sobre los dedos y alrededor del tobillo.

Irina volvió a asentir con la cabeza. "Sí. Sencillo. A juego con el vestido. Buena elección. Estarán listos también cuando lo esté el vestido".

No me atreví a preguntar cómo conseguiría semejante hazaña. ¿De verdad iba a tener un vestido y unos zapatos hechos a medida al final del día?

¿Es ese tu problema? Por una vez, no. Sólo disfrútalo.

"Gracias", dije, estrechando la mano de Irina.

Levantó la vista hacia mí y el corte de su melena le tapó ligeramente los ojos. Su mirada, por única vez desde que la conocí, pareció suavizarse.

"Esta noche parecerás de la realeza, te lo aseguro. Ahora vete. Tengo trabajo que hacer".

Asentí con la cabeza, incapaz de imaginar cómo iba a terminar todo a tiempo.

Al salir al sol de Los Ángeles y subirme a un Uber, intenté dejar atrás esos pensamientos.

Esta noche, iría a algún sitio vestida como una princesa.

¿Por qué no disfrutar de las cosas en el momento?

Capítulo Veinte

Jason

No sé si era mi creciente lujuria por Darcy o un truco de la luz, pero juraba que esa chica estaba cada día más hermosa.

Es como si estuviera brillando o algo así...

Cada oportunidad que tenía de mirarla sin que se diera cuenta, la aprovechaba. Su culo era perfecto, sobre todo con aquellos vaqueros negros. Sus pechos llenaban mi mente de pensamientos traviesos y mis dedos ansiaban hundirse en su pelo y tirar... *con fuerza.*

"¿Puede informar a la señorita Darcy de que estoy esperando?" Pregunté fríamente a Suzanne, ajustándome los gemelos de platino.

"Enseguida, señor", respondió Suzanne, subiendo las escaleras.

Me quedé de pie en la puerta de la casa, dejando que la fresca brisa del atardecer me envolviera. Esta noche era un gran acontecimiento, quizá uno de los más importantes de mi carrera. Y sin duda, el más importante de esta última misión: salvar mi reputación.

Cuando Suzanne desapareció, Lyra flotó por el pasillo desde la sala de proyección. Llevaba el pelo enmarañado y recogido hacia atrás, sin duda por haber visto un maratón de películas o un reality. Llevaba pantalones de chándal y una camiseta holgada que me perteneció a mí en la universidad.

"Te ves bien, princesa", bromeé, tirando de mi rígida chaqueta de esmoquin.

Una parte de mí deseaba despojarme de esa ropa, ponerme el chándal y ver películas aburridas con ella.

¿No solíamos hacer eso todo el tiempo no hace mucho?

"Pfft, sabes que quieres cambiar de lugar. Puse en marcha el maratón de *las Chicas Doradas*", replicó Lyra con sorna.

Su conocimiento de los programas de televisión anteriores a su época era asombroso. O inquietante, dependiendo de cómo se mire. Pasaba demasiado tiempo sola sin supervisión. Uno de los escollos de convertirme en su pseudo padre.

"En absoluto. Puede que esta noche vuelva a casa con un premio en mano", repliqué.

"¿Para qué sirve?" Preguntó Lyra, fingiendo interés.

"Abogado del año - Región occidental", dije. Estaba bastante seguro de que tenía el premio en el bolsillo, pero no quería admitir lo mucho que me dolería perderlo. Sabía que era el mejor en lo que hacía. ¿Por qué iba a llevarse la gloria otro imbécil?

Lyra enarcó una ceja. "¿Incluso con toda la controversia?"

"Sí, no les importa lo que digan los medios".

No era del todo cierto, pero no quería que Lyra lo supiera. La verdad era que los premios se habían decidido antes de que saliera a la luz mi escándalo, así que lo más probable era que el Colegio de Abogados quisiera frenar más polémicas actuando como de costumbre.

Además, estoy trabajando en la solución correcta. Ahora...

Como si nada, Darcy apareció en lo alto de las escaleras. Agradecí que estuviera tan lejos para que no pudiera oír el grito ahogado que se me escapó. Sin embargo, no estaba seguro de que Lyra lo hubiera oído.

No importaba. Toda mi atención estaba en la mujer al final de las escaleras.

Parecía de otro mundo.

Con un vestido azul clarísimo, parecía una ola, un río... *el agua.*

Su pelo, en suaves ondas, caía sobre sus hombros desnudos, con unos largos y delicados pendientes de plata bailando sobre la piel.

Cómo envidiaba esos pendientes. Besar esa piel, rozarla con la lengua...

"Vaya", Lyra respiró a mi lado. Claramente, ella también estaba deslumbrada.

Darcy bajó flotando hacia nosotros, con una pequeña sonrisa en los labios.

"Hola. Siento haberte hecho esperar", dijo.

Estaba a punto de perdonarla, de apaciguarla, cuando recordé que tenía que seguir jugando. No podía dejar que estos trucos de magia temporales me hicieran descarrilar. Tenía que recordar quién mandaba. Y que yo no iba a ceder a mis deseos.

Pero maldita sea, eso era cada vez más difícil. Por no hablar de otras cosas cada vez más difíciles.

"Es una mala costumbre", dije bruscamente, consultando mi reloj. "Vamos, tenemos que irnos".

La cara de Darcy se congeló como si la hubiera abofeteado. No dijo nada. Lyra, sin embargo, no estaba tan controlada.

"Oye. ¿Qué demonios, hermano? ¡Está *increíble*! ¿Por qué no dices algo agradable por una vez? ¿Quién *eres* tú?"

Un momento de vergüenza me revolvió el estómago. No me gustaba que mi hermanita me viera actuar así, pero ella no conocía mis razones. Aun así, podía ceder. Un poco.

Me aclaré la garganta y enmendé mi afirmación. "Estás preciosa esta noche, Darcy. Irina se superó a sí misma".

El rostro de Darcy se descongeló un poco. Miró el vestido y asintió con la cabeza. "Realmente lo hizo. Gracias".

Su agradecimiento empeoró la vergüenza. Pero tenía que seguir adelante.

"¿Lista?" Le ofrecí mi brazo.

"Vamos", respondió Darcy.

"No te quedes despierta hasta tarde, chiquilla", llamé por encima del hombro mientras Lyra cerraba la puerta tras nosotros.

Cuando llegamos, la alfombra roja era un hervidero. Abogados, directores ejecutivos, inversores, parásitos y fotógrafos -muchos- rodeaban la entrada del gran teatro donde iba a tener lugar la ceremonia.

En la periferia había manipuladores vestidos de negro que empujaban a la gente guapa hacia los focos.

Al acercarnos, una joven tachó nuestros nombres.

"Suban, les estamos esperando", ordenó, con los auriculares parpadeando.

"Allá vamos", dije, poniendo mi mano en la parte baja de la espalda de Darcy.

Al contacto, oí a Darcy jadear un poco. Algo *chisporroteó* entre nosotros, incluso en ese mínimo momento de contacto.

El calor me invadió, seguido de un destello de deseo tan fuerte que me preocupaba que saliera en las fotos. Agradecí llevar un esmoquin negro. Al menos eso ocultaría un poco mi excitación.

Hombre, quiero a esta mujer. Quiero quitarle ese vestido aquí y ahora...

Los ojos de Darcy se clavaron en los míos mientras caminábamos hacia el centro de la zona fotográfica de la alfombra roja. Sus mejillas, ya maquilladas, se habían ruborizado aún más. Tenía los labios ligeramente entreabiertos y la lengua húmeda en la boca como un faro. Una invitación.

¿Y si la besara ahora mismo? ¿Qué pasaría?

Cosas no aptas para el público, eso es.

Además, tenía que mantener la ventaja. Tenía que mantener el control.

Irónicamente, lo único que me mantuvo a raya en ese momento fue la clara señal de lujuria de Darcy. Ella me *deseaba*. Su cuerpo era un libro abierto y exigía que lo leyera. No en palabras, sino en la forma en que se movía. Cómo su respiración entraba y salía de su cuerpo.

Ese deseo me impulsó a mantenerme distante. Mantenerla expectante. Hacerla esperar.

Pero qué difícil fue.

"¡Aquí! ¡Aquí!"

Varios fotógrafos nos acosaban con sus flashes desde todos los ángulos. Darcy y yo ya conocíamos bien este ritual: nos girábamos para mirar a cada fotógrafo y nos colocábamos en la posición adecuada para mostrar nuestros cuerpos lo mejor posible.

Sonriente y congelado, intenté mejorar mi juego.

Inclinándome ligeramente mientras las cámaras disparaban y hacían clic, le susurré a Darcy al oído: "Eres la mujer más guapa de este lugar. Y todo el mundo lo sabe. Especialmente yo".

No fue exactamente una declaración. Un cumplido. Uno fuerte. Suficiente para decirle que pensaba que era atractiva, pero no una invitación.

No, la invitación estaba en sus manos. No iba a derrumbarme. No iba a ceder.

Al oír mis palabras, sentí que su cuerpo se ponía rígido, un esfuerzo tangible de autocontrol.

"Gracias", susurró ella.

Las cámaras hacían su trabajo.

Capítulo Veintiuno

Darcy

"¿Vino, champán o agua con gas?" Me preguntó el pequeño camarero por encima del hombro.
"Agua con gas, por favor", dije, esperando que Jason no se diera cuenta de mi elección de bebida. Por suerte, estaba ocupado charlando con el hombre sentado a su lado. Mi cuerpo no se sentía muy diferente. La mayor parte del tiempo lo mantenía bajo control, porque siempre que Jason estaba cerca y, sobre todo, cuando me tocaba, yo ardía.
Sin náuseas matutinas, sin síntomas extraños. Era casi como si no estuviera embarazada. Excepto que... lo estaba.
Sorbí mi agua, manteniendo el miedo a raya.
Hubo movimiento a mi izquierda. Jason se estaba inclinando.
Ahí va mi control otra vez.
La calidez de su cuerpo, tan cerca del mío, el calor de su aliento en mi cuello y mi oreja provocaron una tormenta de sensaciones en mis nervios. Apretando los dedos en torno al vaso frío, me concentré en el arreglo floral del centro de la mesa.
La ceremonia de entrega de premios estaba a punto de comenzar.
"¿Crees que voy a ganar?" Jason susurró. "Yo apostaría por mí..."
De nuevo esa confianza tan característica. Esta vez, sin embargo, era realmente sexy. No me apagó en absoluto. Todo lo contrario.
Concéntrate, Darcy. Concéntrate.
"No soy una chica de apuestas, pero claro. Apuesto por este caballo", respondí, obligándome a mantener el contacto visual con él.
Estábamos *tan cerca el uno del* otro. Apenas unos centímetros. El salón de baile estaba tenuemente iluminado, con velas de té y luces bajas empotradas. Los comensales bebían a sorbos y charlaban amistosamente a nuestro alrededor.
Por un momento, todo desapareció. Sólo estábamos él y yo. Mirándonos fijamente. Un pequeño espacio entre nuestras bocas, nuestros cuerpos.
Todo lo que se necesita es que me incline, cerrando la brecha. Labios sobre labios. Piel sobre piel.
Aquí no. Ni ahora. Quizás nunca.
Tenía que recordar que esto no era bueno para mí. Con bebé o sin bebé. Atracción enloquecedora o no atracción enloquecedora.

Jason tenía dinero y poder. Pero no tenía nada más para prestarse a ser una buena pareja.

Excepto ese tremendo cuerpo...

"Acepto la apuesta", respondió Jason, antes de darse la vuelta. Tomó un sorbo de su vino, tinto y oscuro, y envidié la ligera evasión que podía proporcionarme la bebida.

"Señoras y señores, nos complace darles la bienvenida..."

Los altavoces retumbaron con la voz aterciopelada de otro maestro de ceremonias, indicando que la ceremonia estaba a punto de comenzar. Los comensales se callaron y las sillas se colocaron en su sitio mientras todos se apresuraban a sentarse.

Dejé escapar un suspiro. Las luces tenues significaban que sería más fácil ocultar mi control apenas sostenido. Y la atención de Jason estaría en otra parte.

La primera mitad de la ceremonia se desarrolló como siempre. Me sorprendió darme cuenta de que, aunque sólo llevaba un mes en el trabajo, ya veía la fórmula. Todo se desarrollaba igual.

Apoyé la cabeza en la mano y dejé de prestar atención hasta que sentí un ligero codazo en el codo.

"Allá vamos", dijo Jason, enderezándose en su silla. No estaba del todo segura, pero juraría que parecía un poco nervioso, un estado emocional que no había creído que pudiera sentir.

"Y el ganador a Abogado Emergente, Región Occidental es para..." Encadenó el presentador, aumentando la tensión.

"Jason Sturbridge de Whiler, Westwood & Main".

"Claro que sí", murmuró Jason en voz baja, levantándose de su asiento entre un aluvión de aplausos y música instrumental.

Momentos después, subió al podio y los focos hicieron brillar sus ojos oscuros. Sujetaba un trofeo de aspecto elegante: un diseño alto, rectangular y plateado sobre un pequeño pedestal negro.

Miró a la multitud y empezó a hablar.

"Gracias. Gracias al Colegio de Abogados. Gracias a mi increíble equipo del bufete. Gracias a mis clientes y simpatizantes. Estoy enormemente agradecido. Pero no podría hacer esto sin una persona muy especial".

Levantó una mano para protegerse los ojos de la luz y miró a la multitud. Entonces, como un rayo, me encontró. Nuestros ojos se conectaron. Una vez más, la sala se desvaneció.

"Darcy. Has cambiado todo mi mundo. Antes de ti, todo era blanco y negro. Tú has traído el color. La luz. No soy nada sin ti. Gracias".

Los aplausos le siguieron a la salida. Fue un aplauso cálido y feliz. Del tipo que sigue a una declaración de sentimientos profundos.

Yo, sin embargo, me quedé sentada, perpleja y desconcertada. ¿Hablaba en serio? ¿Era todo parte de esta maniobra de limpieza de relaciones públicas?

No sabía si sentirme encantada o utilizada. Mis manos permanecían inmóviles sobre mi regazo, incapaces de unirme a la exuberancia que me rodeaba.

Momentos después, Jason volvió a la mesa. Le acompañaba un pequeño grupo de ávidos fotógrafos. Nuestros compañeros de mesa, que antes eran meros conocidos, ahora sonreían y estrechaban la mano de Jason. A todo el mundo le gusta sentarse con un ganador y esta gente no era una excepción.

Jason lo asimiló todo, disfrutando de su victoria. Estrechando todas las manos y recibiendo todos los cumplidos, recorrió la mesa.

Por fin había terminado su ronda y su mirada se volvió hacia mí. Estaba de pie, con las cámaras a su derecha.

Me tendió la mano. Levanté los ojos para mirarle a la cara.

"Lo logré", dijo.

Me quedé mirando su mano abierta.

"Lo hiciste."

"¿No tienes nada que decir?"

Lentamente, levanté la mano y la puse en la suya. Tiró de mí hasta ponerme de pie.

"Enhorabuena", dije mansamente, con un cosquilleo en el cuerpo. Mis pensamientos se aceleraban. Había tantas emociones encontradas. Tantos ojos sobre nosotros.

"Gracias", respondió, acercándome.

Entonces... Ahí estaba. Un beso. Para la mayoría de los estándares, fue tranquilo. Sólo labios.

Se sentía de todo menos eso.

Dentro de mí estallaron fuegos artificiales, chispas y bolas de luz feliz.

Era débilmente consciente del estallido de las cámaras. Las imágenes que se creaban para siempre jamás.

Todo esto podría ser estratégico. Todo forma parte del plan.

Entonces, ¿por qué este beso se sintió tan bien? ¿Tan genuino y real?

Había terminado segundos después. Jason se retiró, sonriendo.

Me quedé mirando. Incapaz de hablar. Incapaz de hacer casi nada.

Me ahorré mucha más vergüenza. Muy pronto, más simpatizantes rodearon a Jason, y yo me hundí en mi silla, tratando de ordenar todos los pensamientos y emociones.

Pasaron los minutos. Bebí un sorbo de agua.

Luego, otro susurro en mi oído.

"¿Nos vamos a casa?"

Su aliento era cálido. Olía a vino tinto. Me embriagó ligeramente.

Me limité a asentir, incapaz de articular palabra alguna.

"Vamos, entonces", respondió Jason, extendiendo la mano. En la otra, sostenía su trofeo.

Abandonamos el salón de baile en dirección al Rolls Royce que nos esperaba, yo desconcertada. Él, animado, con los premios en ambas manos.



Ni siquiera el lujo del Rolls Royce podía calmar mi cuerpo. Era un nervio gigante, todo me parecía sensual. Todo se sentía saturado, exaltado.

Jason fue el que más habló durante el viaje de vuelta. Por una vez, su tono era más ligero, incluso más indulgente. La victoria sin duda había ayudado a suavizar sus puntos de vista sobre el mundo.

"Un evento bastante agradable. Normalmente, creo que el Grand no es un gran lugar, pero hicieron un buen trabajo esta vez..."

Siguió hablando, pero yo apenas oía las palabras. En cambio, me fijé en la forma en que su lengua formaba las letras, en cómo la luz de las farolas que pasaban reflejaba sus dientes blancos como perlas, en cómo sus labios se curvaban y se relajaban.

Más que nada, quería que dejara de hablar. Pero no por las razones habituales. Quería que esos labios dejaran de formar palabras y que sólo estuvieran sobre mí. Sobre todo mi cuerpo.

Si él sentía lo mismo, no podía saberlo. La única pista que tenía era aquel beso. La huella del beso seguía en mi boca, en la piel que la rodeaba, en el lugar de la espalda donde me había acercado...

El coche subió por el camino de entrada y pronto me encontré en la puerta de la casa de Jason. Estaba oscuro, sólo la suave luz empotrada en el jardín iluminaba el camino. Por una vez, el lugar estaba tranquilo, sin actividad ni personal moviéndose de un lado a otro.

"¿Quieres algo de beber?" Jason preguntó, abriendo la puerta principal.

"Tal vez un poco de agua", dije.

"De acuerdo".

En la cocina, Jason llenó dos vasos con hielo y agua de la nevera y me dio uno. Sus ojos marrones eran difíciles de leer, la única luz que teníamos encendida era la minúscula bombilla sobre la cocina.

"Aquí tienes", dijo, sus dedos rozando los míos. El calor entre nosotros empezó a derretir el hielo de nuestro interior. Mi respiración empezó a acelerarse.

Un momento quedó suspendido entre nosotros y mi cuerpo se inclinó hacia él. ¿Me iba a besar otra vez?

Un tintineo rompió el momento. Lo rompió en mil pedazos.

El móvil de Jason estaba sonando. Dejó el vaso y lo sacó del bolsillo de la chaqueta. Esperaba que pulsara el botón de rechazo, que intentara reavivar lo que fuera que se estaba gestando entre nosotros. Sentía que mis extremidades se calentaban.

En lugar de eso, contestó. Mi cuerpo se encogió de fastidio.

"Habla Jason Sturbridge. Sr. Callaway, ¡qué placer!"

Levantando un dedo, Jason indicó que tenía que atender la llamada, como si yo no lo supiera ya.

Cogí mi vaso y salí de la cocina. Pero no podía subir a mi habitación. Todavía no.

En lugar de eso, recorrí el pasillo opuesto al vestíbulo y entré en la sala de música. Era un espacio de forma extraña, casi un octógono. En lugar de paredes, un extremo era una especie de invernadero acristalado, repleto de plantas. Se oía el tintineo de una fuente. Un elegante piano de cola negro brillaba a la luz de la luna que se filtraba por los cristales. La tapa estaba bajada, lo que acentuaba su carácter distante.

Me quedé entre las plantas, respirando su aroma terroso, intentando ordenar mis pensamientos. Suplicando a mi cuerpo que mantuviera el control.

Fue uno corto. Y uno que perdí fácilmente.

Juro que no oí sus pasos, pero de repente, la voz de Jason estaba detrás de mí, baja y áspera.

"Acabo de conseguir un cliente. Uno grande. Eso es lo que los premios pueden hacer, aparentemente".

Al girarme, le sorprendí sonriendo. Abierto y victorioso. No arrogante esta vez. Simplemente feliz. Le hacía parecer aún más sexy, si eso era posible.

"Enhorabuena", tartamudeé. Mis entrañas se agitaban, ardían de deseo. ¿No podía verlo? ¿No podía ceder? ¿No sentía él también esta pasión? Parecía imposible.

Jason inhaló. Se acercó, el brillo de su camisa absorbiendo toda la luz disponible.

"Estoy tan feliz que podría besarte ahora mismo".

Me derretí. Me rendí. Las paredes se hicieron polvo. Volaron por los aires por mi absoluta falta de contención.

De un salto, me incliné hacia adelante y le besé. Y no fue un beso inocente. Mi lengua separó esos labios que me habían obsesionado sólo unos minutos antes. Mi lengua encontró la suya. Dentro de mí estallaron fuegos artificiales.

No había vuelta atrás.

Me devolvió el beso. Con fuerza.

Entonces, sentí sus manos en mis hombros empujándome hacia atrás.

"¿Qué es todo esto entonces?"

Mi cuerpo estaba al mando, mi cerebro había renunciado a cualquier atisbo de control.

"Por favor, fóllame. Te lo suplico", respiré.

Las palabras me sorprendieron, pero parecieron galvanizarle. Ahí estaba su sonrisa característica. Había confianza. Me había alimentado de ella. Cómo deseaba que apagara la llama que había dentro de mí. Cómo deseaba borrar esa sonrisa de su cara, recuperar mi dignidad y mi autocontrol.

Pero sólo me puso más cachonda.

Maldita sea. ¿Qué es este hechizo que ha lanzado sobre mí?

"Eso también se puede arreglar", respondió antes de besarme una vez más.

Esta vez, fue él quien tomó la iniciativa, con besos profundos y fuertes. Nos agarramos las manos, agradecidos de que por fin hubiera terminado la larga sequía y de que las profundas grietas de la arena recibieran el azote de la lluvia.

Fue rápido y furioso. Con los dedos volando, tiré de su camisa, tanteé la hebilla de su cinturón, rasgué la cremallera.

Por su parte, Jason encontró la cremallera lateral de mi vestido, tirando rápidamente hacia abajo.

Durante todo el tiempo, nuestras bocas permanecieron unidas, nuestra respiración entrecortada. El calor me invadía, cada partícula de mi piel sintonizaba con la suya.

De alguna manera, Jason tiró de mi cuerpo hacia delante. El vestido, ahora ladeado e inclinado lejos de mi cuerpo, parecía cómico, perdiendo sus cualidades mágicas. No me importaba. Sólo quería que mi piel desnuda tocara su piel desnuda.

Mis pechos, sólo sujetos por el vestido, sintieron el pellizco del aire frío de la habitación. Pero mis pezones ya estaban duros. Jason me acarició uno mientras se quitaba la ropa.

Con un paso, dejé mi vestido en el suelo, la luz de la luna haciendo que la tela azul claro se volviera casi blanca.

Nos acercamos al piano, cuya negrura tinta intimidaba e invitaba a la vez. Enganchando sus manos bajo mis brazos, Jason me levantó y, un instante después, sentí la gélida sensación de la tapa del piano en la espalda y el culo.

"¡Oh!" Exclamé, deleitándome con el escalofrío.

"Eres jodidamente sexy", dijo Jason, con los ojos brillantes. Me miró apreciativa y hambrientamente. Luego, enganchando sus pulgares bajo mi tanga, tiró de él, haciéndolo volar.

Esta vez, no se burló. Conocía la tarea. Estaba mojada y preparada.

"Oh.... joder.... oh, Jason...." Gemí cuando su lengua encontró la parte más sensible de mí con precisión exacta.

Di lo que quieras del hombre, sabía lo que hacía.

Un momento después, introdujo su dedo en mi interior, encontrando el punto más profundo. La sensación casi me vuelve loca. Ya no podía formar palabras, ni siquiera dentro de mi propia mente.

Con creciente frenesí, movió la lengua y el dedo al unísono. Cerré los ojos, extendí los brazos sobre la fría madera del piano y me entregué por completo a sus atenciones.

Fue sublime. Era todo lo que había imaginado. Fantaseado. Me había dado placer. Pero mejor. Porque era Jason haciéndolo.

Siguió haciéndolo. Cada vez más rápido. La energía, como un ciclón, se arremolinaba desde mi núcleo, arremolinándose hacia arriba, amenazando con alcanzarme. Abrumarme. Mis dedos apretaban el aire, aferrándose a la nada. Al éxtasis. A la evasión.

Estaba a punto de correrme.

"¡OH! ¡Voy a...! Ohhhh...."

El olvido. El tiempo no significaba nada. Todo no significaba nada. Estaba en un espacio que no se puede nombrar ni identificar. Era lo que todos querían y, sin embargo, nadie podía permanecer allí mucho tiempo.

Demasiado pronto, mi cuerpo tembloroso volvió a la Tierra.

Por suerte, apenas habíamos terminado.

"¿Cómo he tenido tanta suerte esta noche?" Jason preguntó, tirando de mí hacia él.

Mis pies tocaron el frío suelo de madera cuando Jason me dio la vuelta. Esta vez, mi cara sintió la suavidad del piano, ahora calentado por el calor de mi cuerpo.

"Cállate y fóllame", le ordené. La voz no sonaba como la mía, pero no me importó. Elegí abrazar a esta Darcy. Esta mujer que exigía cosas. Conseguía lo que quería.

Tenía las manos en el culo y una de ellas me daba una palmada suavemente. Luego, abriéndome, sentí su miembro duro como una roca deslizándose en mi interior. Casi me desmayo de la sensación.

Más y más profundo. Vi estrellas. Vi donde el sentimiento y la luz se hacían uno.

"Oh Dios", gemí, mi aliento empañando la oscura superficie.

"Yo... estaría de acuerdo", jadeó Jason, con las manos apretadas contra mis caderas. Me di cuenta de que intentaba controlarse, tomarse las cosas con calma.

Pero ambos estábamos demasiado excitados para eso. Ya no podíamos negar la energía eléctrica tácita que había entre nosotros.

Empezó a hacer lo que le pedí. Follarme.

Todo estaba controlado. Al principio. Pero apenas. Entraba y salía. Su respiración se sincronizaba con la mía. Clavando mis pies en el suelo, le di una base sólida, moví mis caderas para encontrarme con él. Le di la bienvenida por completo. Lo absorbí por completo.

"Joder, eres... increíble", dijo Jason. "¿Cómo... hmmmm... no hemos vuelto a hacer esto... tan... pronto?"

No tenía respuesta a esa pregunta. ¿Cómo podría? Apenas podía hilvanar una frase.

Todo lo que conseguí decir fue "más fuerte".

Cumplió.

Moviéndome cada vez más deprisa, con su agarre en mis caderas cada vez más fuerte, sentí que nuestros cuerpos empezaban a ponerse rígidos, la liberación brotando, subiendo por su cuerpo. Pronto no podría contenerlo. Quería que se dejara llevar. Como había hecho yo, quería -necesitaba- su entrega.

Una vez más, cumplió.

"OH. Dios. Darcy..."

¿Por qué es tan sexy cuando alguien grita tu nombre mientras se corre? Es un misterio que no quiero resolver.

El cuerpo de Jason se estremeció y empujó un par de veces más mientras se dejaba ir, visitando el lugar que yo acababa de abandonar y al que estaba deseando volver.

Un momento después, su cuerpo cálido y tembloroso se plegó sobre el mío, nuestro calor combinándose.

Entonces, sentí sus labios en mi cuello, mi columna, la base de mi pelo.

"No nos engañemos otra vez, ¿vale?"

No estaba del todo segura de si me hablaba a mí o a sí mismo. Me daba igual.

"Vale", susurré.

En la oscuridad aterciopelada, recogimos la ropa y subimos de puntillas. En mi puerta, me detuve, preguntándome qué hacer.

"No, ven conmigo", dijo Jason. Esta vez fue más una invitación que una orden.

Algo había cambiado. Se sentía delicado. Recién nacido. No quise identificarlo por miedo a asustarlo.

Así que me limité a contestar: "De acuerdo".

Momentos después, estaba en su cama, con sus brazos a mi alrededor.

Poco después llegó el sueño.

Capítulo Veintidós

Darcy

A partir de esa noche, mi habitación se convirtió en un mero almacén de ropa. Mis horas de sueño -y, lo que es más importante, mis horas de no tan sueño- las pasaba enteramente en la gigantesca cama de Jason.

Si no fuera por su apretada agenda de trabajo, probablemente viviríamos allí.

Una vez que habíamos roto la piel de la tensión entre nosotros, no había nada que nos detuviera.

"¿Crees que tenemos un problema?" Le pregunté, con el dedo tocando su pecho. Sus brazos me acunaron mientras disfrutábamos del resplandor de otra cita alucinante. Las sábanas estaban revueltas alrededor de nuestras piernas. Mi pelo estaba enredado. No me importaba lo más mínimo.

"Si esto es lo que llamas un problema, lo aceptaré encantado", respondió Jason, con la voz ronca por el cansancio. Solté una risita y hundí la nariz en su pecho. Aspiré su aroma, un olor a sándalo mezclado con el sabor de su sudor y la dulzura de nuestra caída. Me daba vueltas la cabeza.

Un pensamiento agudo e intruso arruinó el momento.

"¿Crees que tu hermana o Suzanne lo saben?" Levanté la cabeza para mirarle a los ojos. No parecía preocupado.

"Si lo hacen, no será el fin del mundo. Conocen el acuerdo, después de todo".

Su respuesta no me reconfortó exactamente, pero tampoco me tranquilizó del todo. No es que sintiera la necesidad de impresionar o incluso agradar a ellas dos, simplemente no quería verme reducida a sus ojos. Especialmente a los de Lyra.

Los días pasaban volando entre pieles, besos y sexo tórrido. No podíamos saciarnos el uno del otro y, aunque el fantasma del embarazo nunca se alejaba del todo de mi mente, una y otra vez era capaz de hacerlo retroceder.

La lujuria tiene una forma curiosa de hacer que la gente olvide las cosas importantes.

"Corbata negra esta noche", murmuró Jason, zafándose a regañadientes de mi abrazo. "Lo está organizando mi empresa, así que estará bien. Vendré a buscarte sobre las seis. Ponte guapa", me dijo, dándome un beso muy, muy largo.

"Mmmm, ojalá no tuvieras que irte", gemí. Mis manos empezaron a alcanzarlo, rozando su piel. Él sonrió, esquivándome.

"A mí también me encantaría. Pero tengo clientes que atender", respondió, dirigiéndose a la ducha.

"¡Pero yo también quiero que me atiendas!" Fingí hacer pucheros.
Riendo, cerró la puerta de la ducha. Me tumbé y planeé mi atuendo para la noche.



"Fiona, Elliot, Declan y Brooke, les presento a Darcy", dijo Jason, presentándome a las cuatro brillantes personas que iban a compartir nuestra mesa. Elliot, rubio y de ojos azules, y Declan, un zorro plateado, eran guapos y se movían con la misma seguridad y fanfarronería que había visto en Jason.
¿Todos los abogados se formaban así? ¿O eran moldeados así en la facultad de Derecho?
Fiona y Brooke eran igualmente agradables a la vista, casi intimidantes, pero se mostraron amables y corteses cuando me senté. Tuve la sensación de que teníamos un parentesco: habíamos entrado en el mundo de nuestras parejas, creyéramos o no que pertenecíamos a él.
"¡Únete a nosotras!" Dijo Fiona calurosamente, con su pelo rojo suelto resaltando contra su vestido verde esmeralda.
"¡Sí! Bienvenida", se hizo eco Brooke. Vestida de un gris resplandeciente, Brooke destacaba por sus impresionantes ojos azules. "Ese vestido es *increíble*".
"Gracias", me sonrojé, sentándome.
Realmente lo era. Sencillo pero elegante, el vestido se inspiraba en el estilo de los años 50, con cuello redondo y falda acampanada. Las capas de seda azul marino le daban forma y suavidad al mismo tiempo.
Me sentía como una princesa de Hollywood. Además, la falda me ayudaba a disimular la parte central, que temía que se me saliera cualquier día.
No pienses en eso... una voz que sonaba como mi yo adolescente dijo en voz alta en mi cabeza. Era la voz que más había escuchado en los últimos días. Sobre todo, porque esta voz era la más entusiasta sobre mis aventuras de dormitorio con Jason.
Las tres charlamos amistosamente durante unos minutos mientras los hombres se ponían al día. Nos sirvieron bebidas y ensaladas, y yo me aseguré de mantener mi vino blanco escondido detrás del centro de mesa para que nadie me viera ignorándolo por completo.
"Parece que las chicas se llevan bien. Genial. Nunca es divertido cuando las mujeres no pueden ser amigas. A veces pueden ser tan feroces", bromeó Jason, provocando la risa sarcástica de los otros hombres.
Fiona y Brooke también se rieron, pero algo en el comentario me irritó. ¿Por qué nuestra repentina y fácil amistad tenía que ser un punto de insulto para él? Este mundo ya me parecía

muy nuevo y extraño, así que encontrar mujeres que me parecieran reales y amables me parecía un regalo excepcional.

¿Por qué tenía que burlarse de eso?

"Agradezcamos que lo hagan. Una cosa es segura: todas son preciosas", añadió Elliot.

Puse una sonrisa falsa y me zampé la ensalada.

La cena continuó, con los hombres charlando sobre diversos asuntos jurídicos mientras nuestro trío se iba conociendo. Pronto sentí la necesidad de ir al baño. Empecé a excusarme. Fiona también se levantó.

"Te acompañaré", dijo, dejando la servilleta en el suelo. "Volvemos enseguida", dijo al resto de la mesa.

Juntas nos dirigimos a los baños del salón de baile del hotel. Como de costumbre, rebosaban de lujo, con una amplia zona de maquillaje a un lado de los lavabos y los retretes.

Me uní a Fiona junto a la barra de maquillaje, la iluminación perfecta me dio la oportunidad de refrescar mi barra de labios.

"Me alegro mucho de ponerle nombre a la cara", dijo Fiona, con un aire de confesión en la voz.

"¿Oh?"

"Sí. Cuando vi lo que decían los medios de ti, me lo pregunté", volviéndose hacia mí, parecía ligeramente avergonzada. "Tengo que admitir que cuando te vi por primera vez, pensé cosas no muy agradables..."

"¿Cómo qué?"

"Que solo buscabas hacer dinero rápido. Pero eso ha sido un error por mi parte, y quiero que sepas que espero que podamos ser amigas. No soy de las que ocultan las cosas, así que perdón por la honestidad bruta".

Me di cuenta de que agradecía su franqueza. "No, me alegro de que lo digas. Me siento un poco fuera del agua aquí. Este es el mundo de Jason, no el mío".

Fiona asintió en señal de comprensión. "Sí, lo entiendo. Jason es un buen partido. Bien hecho".

Volví a tapar mi pintalabios. "Sí, es..." Me quedé a medias. Mi mente se dividió en dos direcciones. Una era el lugar mágico y sensual donde Jason residía la mayor parte del tiempo. Después de todo, mi cuerpo lo anhelaba casi cada minuto que estaba despierta.

Pero la otra dirección era mucho más complicada. Fiona pareció leerlo en mi cara.

"¿Qué? Hay más en esa frase".

Suspiré y cerré el bolso de mano. "Es que... a veces es tan engreído. Me hace sentir frustrada. Nunca me han gustado esas cosas".

Fiona se mordió el labio pensativa, nuestras miradas se cruzaron en el espejo. "Creo que es una fachada, sinceramente. No es así con sus amigos".

Me incliné más hacia mi reflejo. "¿En serio?"

Fiona asintió, sacando un poco de rímel de su bolso. "Ah, sí. Es un cachorro, de verdad. Bromista y cariñoso. Quiero decir, está criando a su hermana después de todo".

Me sentía perdida. Como si estuviera mirando un rompecabezas casi completo, pero no pudiera descifrar la imagen. "Pero..."

"Creo que se volvió un poco tímido después de lo que pasó con Margot".

"¿Quién es... Margot?"

"Su última novia de larga duración. Todo el mundo pensó que iban a terminar casados. Pero ella jugó mal con él. Le rompió el corazón. Al menos eso es lo que dice Elliot. Desde entonces, ha mantenido las cosas bastante singulares. O *muy casuales*".

Durante unos instantes, ninguna de las dos habló. Fiona se mesaba las pestañas y de vez en cuando me miraba mientras yo jugueteaba con el bolso.

"Yo... no lo sabía".

Fiona asintió, enroscando el tapón en su sitio. "No me sorprende. No suele hablar de esas cosas. Pero estaba muy interesado. Quería hijos y todo, por lo que oí".

Esta noticia me taladró hasta la médula. *¿Quería* tener hijos? ¿Por qué no me diría algo así? ¿Incluso en una conversación casual?

Por otra parte, nunca me había preguntado por los anticonceptivos. ¿Asumía que yo me ocupaba de ello?

Todo parecía una pregunta de matemáticas que no podía resolver.

"¿En serio?"

"Sí. Margot fue inflexible. *Nada* de niños. Punto. Eso mató todo el asunto".

"Huh", fue todo lo que se me ocurrió decir.

Me excusé y entré en un puesto, agradeciendo que fuera uno de esos lugares con puerta completa en lugar de uno de esos diseños a medias.

El bullicio del espacio se calmó mientras deslizaba la cerradura. Me dio tiempo para pensar.

Me acaricié el vientre con las manos. Empezaba a salirme un pequeño bulto. Juraría que ayer no estaba ahí.

En el fondo, se estaba formando un bebé. Mi bebé. Si yo lo quería. El bebé de Jason. Si él lo quería.

La cabeza me daba vueltas.

Puede que Margot no quisiera tener hijos.
Puede que yo no quisiera tener hijos.
¿Pero lo quiero ahora?
¿Qué hay de Jason?

Capítulo Veintitrés

Jason

"A los clientes les encanta un nombre. Pueden decir que sólo quieren al mejor abogado. Pero lo que realmente quieren es el mejor abogado *y el* que lleva un traje bonito", concluí.

"¡Por supuesto!" respondió Elliott, chocando su copa de vino con la mía.

Declan y Elliot se rieron con complicidad. Todos sabíamos cómo jugar. Y sabíamos lo que era un traje a medida. Era algo obvio si querías ser un abogado de éxito.

Me sentía bien esta noche. Mejor que bien. Mi consulta prosperaba, me llegaban clientes adinerados, el escándalo de relaciones públicas parecía desvanecerse y...

Dios mío, ella es otra cosa...

Me fijé en Darcy cuando volvía del aseo de mujeres. Parecía toda una estrella de cine, su piel irradiaba luz. Tenía la boca ligeramente abierta y los ojos brillantes mientras miraba a través de la habitación.

Los últimos días habían sido increíbles. No podía saciarme de ella. Su piel, su olor, la forma en que su cuello se arqueaba cuando le daba placer...

Pero era más que eso...

Sorbiendo mi vino, fingí asentir a lo que Declan estuviera diciendo, pero mis pensamientos estaban en otra parte. Estaban en Darcy.

Esa mujer me hizo algo. Abrió una caja muy dentro de mí que creía haber sellado para siempre. El sexo fue increíble, pero algo más ocupaba ahora mi mente. Su forma de reír. La forma en que me miraba, la forma en que funcionaba su mente.

La forma en que estaba con Lyra.

¿Podría estar... sintiendo algo más profundo?

Aquello me aterrorizó y me emocionó a la vez. De hecho, me recordó a mis primeros días como abogado, cuando mi mentor me susurró al oído justo antes de mi primera conferencia previa al juicio: "Si algo es aterrador, entonces vale la pena intentarlo".

¿Fue así en este caso?

Darcy llegó a la mesa y yo me levanté de un salto para mover su silla y permitirle sentarse. Me lanzó una mirada inquisitiva.

"Gracias", dijo, con una pequeña sonrisa en los labios. Qué ganas tenía de besarla...

"De nada. ¿Te lo estás pasando bien?"

Su mirada de confusión se hizo más profunda. "*¿Estás* bien?"

"¿Por qué? ¿Qué pasa?"

Miró a la mesa y luego de nuevo a mí, esos notables ojos lilas brillantes. "Es que... nunca me habías parecido tan... atento".

Sus palabras me escocieron, pero quizá de una forma que necesitaba oír. ¿Había sido tan bruta hasta ahora?

Mi bravuconería entró en acción antes de que pudiera comprobarlo. "Sí, lo he sido. Puede que no te hayas dado cuenta".

Su sonrisa desapareció y me arrepentí de mis palabras.

Compénsala. Ahora.

"Oye, uhhh... ¿te gustaría ver el sky lounge? La vista es increíble", le ofrecí. La cena había terminado en gran parte. Brooke y Declan estaban compartiendo un postre mientras Elliott y Fiona se habían dirigido al bar.

Para mi inmenso alivio, Darcy asintió.

"Genial", respondí, tendiéndole la mano. "Te encantará".

El lugar estaba bien elegido y, por una vez, me gustó. La mayoría de los espacios eran recargados, vestigios de la época de los excesos de los años ochenta.

Pero este lugar tenía un encanto de los años 50, que combinaba a la perfección con el vestido de Audrey Hepburn de Darcy. Un corto trayecto en ascensor nos llevó al balcón de la última planta del edificio, que ofrecía una vista panorámica de Hollywood Hills.

Fuera, el aire era cálido y con aroma a cítricos. Las luces titilaban mientras brillaba la mancha roja de las luces de freno a lo largo de las autopistas y carreteras. Era perfecto.

A Darcy le encantó y se quedó con la boca abierta.

"¡Oh wow! No sabía que esto estaba aquí..." Respiró.

"La mayoría de la gente no lo conoce. Es una joya escondida", respondí, sintiendo una calidez al poder hacerla feliz.

¿Era algo que quería seguir haciendo?

Evidentemente, lo era. Verla feliz, ver sus ojos abiertos con asombro, era algo que me encantaba ver.

Me encantó.

Ahí estaba. La gran palabra. La palabra que me asustaba por encima de todas las demás. Una palabra que nunca pensé que se aplicaría a mí de nuevo en el sentido romántico.

Claro, quería a mi hermana. Amaba mi trabajo.

Pero, ¿podría volver a amar a una mujer? Margot, pensé, se había llevado mi corazón cuando se marchó.

¿Pero lo había hecho?

"Parece un cuento de hadas", empezó Darcy. Sus palabras fueron interrumpidas por un largo bocinazo procedente de la calle de abajo. "O no", se rió.

"Bueno, una cosa sí parece mágica esta noche", dije acercándome a ella, con las manos apoyadas en la fría barandilla.

Me miró con el rostro cubierto por la noche. Sólo unos puntitos de luz, como pequeñas galaxias, se arremolinaban en sus ojos.

"¿Qué?"

"Tú".

Un pequeño jadeo la recorrió. Sus manos, también en la barandilla cerca de las mías, se apretaron ligeramente. ¿La había incomodado? ¿O todo lo contrario?

Ahora o nunca. Haz lo aterrador...

"Darcy, sé que nuestro acuerdo va a terminar pronto y..."

"Lo sé.

Su tono era plano. Imposible de leer.

"Y he disfrutado mucho de nuestro tiempo juntos. De hecho, me siento cerca de ti. *Muy* cerca. Más cerca de lo que creía posible. Especialmente los últimos días..."

Las imágenes, como una mini película, se reproducían en mi mente, saturadas de color y sensaciones. Mi cuerpo se agitó en respuesta.

"Si quieres y puedes, me gustaría que siguiera adelante. Averiguar en qué podría convertirse esto. Más allá del contrato".

No se lo pregunté. Simplemente dejé la declaración entre nosotros. Esperando a que ella contestara.

Lo único que oía era la brisa y algún que otro coche que pasaba. Darcy no dijo nada. Intenté no interpretarlo, intenté no examinar cada palabra o acción que había realizado -o no- para llegar a ese momento.

¿Lo había leído todo mal?

Entonces, sentí calor en mi mano. Había colocado sus delicados dedos sobre mi mano.

Era una respuesta. Una afirmación.

La miré a los ojos. Esta vez, una pequeña bolsa de luz de luna tocó su cara. Ojos lilas.

"A mí también me gustaría", dijo.

Una sensación de euforia tan fuerte me recorrió por dentro. La estreché entre mis brazos, aspiré su dulce aroma y hundí la nariz en su pelo.

Ella había dicho sí....

A qué, aún no lo sabía y tal vez eso fuera lo mejor por el momento. Pero por ahora, por este mágico lapso de tiempo, había dicho que sí.

La besé. Fue un beso de pasión, sí, pero también algo más. Algo más profundo. Un beso de conexión. De confirmación.

La pasión no tardó en aparecer.

Ese calor ineludible que siempre bullía entre nosotros empezó a crecer. Estábamos bajo su hechizo.

Nos queríamos y nos queríamos ahora.

El balcón tenía forma de L, la parte más larga estaba donde nos encontrábamos ahora. Pero, al girar bruscamente, terminaba en la pared del propio local.

Un rincón brutal pero oscuro. Aislado.

Perfecto.

Cogí la mano de Darcy y le besé el interior de la muñeca hasta el codo. Ella gimió de placer.

"Sígueme", susurré. Mi cuerpo palpitaba. Ansioso por el suyo.

Cuando vio adónde la llevaba, empezó a protestar un poco, preocupada por si la pillaban.

"No te preocupes. Aquí no hay nadie. Y si viene alguien, lo sabremos", la tranquilicé. Acercándola, le di un pequeño mordisco en el cuello.

Eso selló el trato. No pudo resistirse.

Nos sumergimos en el rincón oscuro, nuestros cuerpos se convirtieron en ángulos sombríos, meros contornos.

La espalda de Darcy se apoyó en la pared mientras nos besábamos un poco más. Estos besos, aunque apasionados, no eran voraces. Aunque estábamos en un lugar arriesgado, queríamos celebrar nuestro nuevo entendimiento, atesorarlo.

Nos besamos larga y profundamente, nuestras manos recorriendo nuestros cuerpos vestidos.

Bajo la rígida tela de su bata, noté cómo se le erizaban los pezones. Me acarició el pecho, bajó la mano por mi vientre y me acarició la entrepierna, sintiendo cómo mi polla se levantaba.

"Te deseo tanto", imploró, su boca formando las palabras alrededor de la mía.

Yo estaba encantado de hacerlo.

Sin dejar de besarle, rasgué mis pantalones de esmoquin, liberando mi rigidez. Darcy se subió las faldas, preparándose.

"Sí... ahora..." Respiró.

Le acaricié el cuello con la boca mientras entraba en ella, y nuestros cuerpos se movían entre las capas de ropa y las galas.

Estar dentro de ella era como un sueño. El calor y el deseo se agrietaban a lo largo de mí, volviéndome loco. Volví a besarla. Con fuerza. Nuestras lenguas bailaban.

"Oh, Darcy", gemí. Quería perderme en ella, quedarme aquí para siempre.

Apoyados contra la pared, nuestros cuerpos se movían como uno solo. La arenilla del suelo del balcón acentuaba mi ritmo mientras entraba y salía de ella, con sus manos aferrándose a mi espalda.

Moviendo las manos para sostenerla mientras me movía, me estremecí cuando ella levantó la cabeza hacia el cielo, con el cuello resplandeciente a la luz de la luna. Mordiéndose el labio inferior para no gritar, sentí que mi pasión se disparaba.

"Oh... sí... yo..." No podía formar las palabras. Pero sabía lo que quería decir.

Quiero hacer esto para siempre.

"Mmmm, Jason..." Susurró. "Deja que me corra".

Y lo hice. Las estrellas nublaron mi visión mientras mi cuerpo se estremecía contra el suyo. Ella se corrió un instante después, sorprendiéndonos a los dos.

"¡Ohhhh!" Su arrebato fue como una nota alta, un cristal rompiéndose. Una canción y luego se fue rápidamente.

La respiración, profunda y jadeante, siguió mientras ambos volvíamos en sí. Cerré los ojos contra la suavidad de su cuello y sus hombros.

"Oh..." Suspiré, deleitándome en la calidez que nos inundaba a ambos.

El destino, siempre bromista, decidió justo entonces recordarnos dónde estábamos. Se oyó un ruido de raspado al abrirse la puerta del balcón.

Aunque seguíamos envueltos en la oscuridad, nos pusimos manos a la obra. Nos recompusimos y nos apresuramos a subirnos la cremallera, abrocharnos los botones y alisarnos el pelo. Los ojos de Darcy brillaban de pánico. Le lancé una mirada de "no te preocupes" mientras me alisaba el pelo.

Un momento después, parecíamos algo presentables.

"Cógeme de la mano y actúa como si sólo estuviéramos mirando las estrellas", le ordené, hablando en voz baja.

Así lo hizo, y salimos de la oscuridad como dos gatos.

Otra pareja estaba a la vuelta de la esquina, en una posición muy parecida a la nuestra hace sólo unos minutos.
Ambos nos registraron con cierta alarma, pero se dieron la vuelta rápidamente.
"Que pasen una buena velada", les dije por encima del hombro mientras acompañaba a Darcy a través de la puerta y bajaba las escaleras.
En cuanto la puerta hizo clic, ambos estallamos en carcajadas.
Me sentí mareado. Como si acabara de gastar una broma.
O quizás la mayor escena de amor que jamás había conocido.
Apresurándome a bajar, ordené al aparcacoches que trajera el coche.
Mientras esperábamos, Darcy me cogió de la mano. Parecía contenta. Alegre, incluso.
Quería leer sus pensamientos, que se me permitiera tras la cortina de sus ojos.
Pero no me atreví a preguntar. La noche ya había sido perfecta. ¿Por qué estropearla?
No podía ponerle nombre, pero algo había cambiado entre nosotros.
Me entusiasmó descubrir -con el tiempo- de qué se trataba exactamente.

Capítulo Veinticuatro

Darcy

"Pareces... diferente", observó Lyra, con sus ojos oscuros mirándome por encima de su libro. Ahora estaba metida de lleno en *Brave New World*.

Por dentro, me entró el pánico. ¿Qué quería decir? ¿Había reventado? ¿Era evidente?

"¿Qué... qué quieres decir con diferente?"

Tan despreocupadamente como pude, dejé el ejemplar de *Persuasión* que estaba leyendo por enésima vez.

Lyra se encogió de hombros. "No sé. Sólo... feliz, supongo. ¿La pasan muy bien tú y mi hermano cuando salen juntos?"

Parte de mi pánico disminuyó. Exhalé.

"Sí. Sí, lo hacemos. Nos lo pasamos muy bien", hice una pausa y luego añadí apresuradamente: "Cuando salimos".

Y mucho más cuando nos quedamos en casa.

La verdad era que Jason y yo estábamos cada vez más cerca. La conexión espontánea de anoche en el balcón marcó el cambio. No nos limitamos a tener relaciones sexuales allí.

Habíamos hecho el amor.

Algo dentro de Jason había cambiado. Hacia mí. Y yo hacia él.

Aún no podía ponerle nombre. No quería ponerle nombre.

Pero aparentemente, estaba escrito en mi cara.

"Pero que no sea un capullo contigo", advirtió Lyra.

"No creo que lo sea", respondí.

El rostro de Lyra se entristeció. "Sí, bueno. No dejes que pase".

Lo que hubiera pasado entre Jason y Margot debía haber impactado a Lyra. Me preguntaba cómo se lo había tomado.

Esperaba poder protegerla de cualquier dolor.

¿Pero eso significaría...?

Para. Vive el presente.

Volví a mi libro, dejando que el doloroso anhelo de Ana Elliot y Frederick Wentworth superara al mío.



"¿Te has tragado una lamparilla?" Preguntó Jason, una sonrisa juguetona curvando sus labios.

Estábamos tumbados en su gigantesca cama, con los miembros pesados y lánguidos tras otra deliciosa sesión de sexo.

La tranquilidad y la feliz satisfacción que hacían que me pesasen los ojos se disolvieron en un instante.

"¿Qué te hace decir eso? Me levanté y me alejé de él, alisándome el pelo desordenado en el proceso.

"No es un insulto. Lo digo como un cumplido. Estás... no sé... resplandeciente. Me dan ganas de *hacerte* cosas", dijo, tirando de mí hacia él.

Me resistí.

"¡No! Yo sólo... no sé".

Este era el momento. Ahora era cuando debía decírselo. El momento era ahora. Ya podía sentir el bulto de mi barriga crecer, junto con otros ligeros cambios. Mis pechos eran más grandes, más pesados. Sentía el pelo más voluminoso. Tantos cambios. Y sólo iban a acelerarse.

"¿Estás bien? Parece como si hubieras visto un fantasma", dijo Jason, su expresión cambió de juguetona a preocupada.

"Estoy bien. Sólo... me agotaste, supongo. En el buen sentido".

A pesar de mi amor por la lectura, mi amor por las palabras, no pude encontrar las adecuadas en ese momento. No podía obligarme a decírselo. Bajé el cuerpo y volví a acurrucarme en la hendidura entre el pecho y el brazo de Jason. Era como si estuviera hecho para mí.

"Hmmm, eso está mejor", dijo Jason, su voz resonando en mi oído.

Permanecimos así varios minutos. Mi mente daba vueltas. Como esos juegos de imanes a los que puedes jugar con palabras en las puertas de la nevera, intenté armar una frase. La combinación exacta para decirle a Jason que su vida *podría estar* a punto de cambiar por completo.

Las palabras se quedaron revueltas.

Jason rompió el silencio.

"No he visto a Lyra en días. Y eso es bueno".

"¿Qué quieres decir?" Mi voz era apagada y extraña mientras resonaba en su pecho.

"Significa que le has dado tantos libros para leer que, en realidad, se ha encerrado en su habitación a hacer algo... sano. Y parece muy feliz haciéndolo. Así que... gracias".

Se movió, apartándose para poder mirarme mientras hablaba.

Me invadió el calor, no el calor del deseo, sino el calor del reconocimiento. De algo más profundo.

"Gracias por eso, Darcy. Nunca la había visto conectar con alguien así. O tan rápido. Ella ha tenido un duro ir de las cosas, y te has vuelto cercana a ella de inmediato".

Me besó en los labios. No por pasión, sino por verdadera gratitud. Más calor. Más sentimientos felices y confusos.

"Gracias. Es estupenda. Me alegro de ser cercana a ella. Me dan más ganas de hacerlo. Siempre he querido ser profesora".

Debería haberse sentido extraño, decir algo tan honesto y abierto, pero que no se le había dicho antes.

Pero no me pareció raro. Me sentí bien.

Jason asintió. Al parecer, él también pensaba lo mismo.

"Eso tiene sentido".

Estaba inspirada. Y seguí. "Creo que podría marcar la diferencia para los niños. Realmente conectar con ellos. Especialmente los de la edad de Lyra. Es algo en lo que siempre he pensado..."

La mano de Jason me acarició la mejilla. Sus ojos se clavaron en los míos. Me sentí vista. Me sentí abierta.

"Creo que serías una profesora *increíble*. Es bastante obvio".

Sus palabras me dejaron muda por un momento. Nunca nadie me había dicho algo así. Mary siempre me cubría las espaldas, claro, pero siempre estaba interesada en la siguiente joven sexy. La ambición para ella era algo diferente.

Aquí había alguien que pensaba que yo podía marcar la diferencia.

Aquí también había alguien abierto y que escuchaba cada una de mis palabras.

Tal vez ahora tendría mi segunda oportunidad de decirle la verdad a Jason. Aquí estaba el momento otra vez. Tan pronto. Tenía que aprovechar la oportunidad. Amaba a los niños, era cierto. Amaba a su hermana. ¿Estaría él dispuesto a amar al niño que habíamos hecho juntos?

"Jason... yo... tengo algo que..."

Un estridente sonido irrumpió en mis palabras, cortándolas. Jason se giró para coger su teléfono de la mesilla de noche. Tenía una llamada entrante.

Leyó la pantalla y se puso rígido.

"Joder. Lo siento, cariño. Tengo que atender esto. Es un gran cliente".

Antes de que pudiera responder, se quitó las sábanas y se levantó, respondiendo a la llamada.

"¡Terrence! Encantado de saber de ti. ¿Qué puedo hacer por ti?"

Me lanzó una mirada de disculpa, se puso los calzoncillos y salió de la habitación, sin duda en dirección a su estudio.

Me hundí de nuevo en la montaña de almohadas, levantando las sábanas a mi alrededor.

Apoyando las manos en el vientre, noté un ligero bulto.

"Todavía no, cariño", susurré. "¿Pronto, quizás? Tenemos que guardar nuestro pequeño secreto un momento más".

Me quedé tumbada, con la mente dándome vueltas a mis pensamientos como si fueran naipes.

Sólo unos minutos después me di cuenta de algo: Jason me había llamado "cariño".

Capítulo Veinticinco

Jason

"Suzanne, ¿puedes traerme la caja verde de mi caja de seguridad? Sí, si puedes dejarla en mi oficina, sería genial. Muchas gracias. Adiós", dije, terminando la llamada.

Dejé el teléfono y me quedé mirando al frente, esperando a que me invadiera la oleada de miedo. En cambio, no sentí... nada. O mejor dicho, ningún miedo. Más bien sentía que lo que estaba haciendo era lo correcto. Había dejado de luchar. Me había sometido. Me había rendido.

Pero en lugar de sentirlo como un fracaso, lo sentí como una victoria. Un acto de valentía.

Darcy me hizo algo. Algo que no debía - y ahora *no podía* - negar.

La quería.

Y la quería en mi vida.

Como todo lo que había hecho en mi vida, actué con rapidez. Una vez tomada la decisión, no había vuelta atrás. No era de pensar demasiado.

La caja que había enviado a Suzanne a buscar era una caja de anillos. Dentro, sabía que había un anillo que haría brillar los ojos lilas de Darcy.

Me moría de ganas de dárselo.

El teléfono de mi oficina se puso en marcha.

"El Sr. Evans ha venido a verle. Un cliente nuevo", anunció mi secretaria, sacándome de mis pensamientos.

"Que pase", respondí, alisándome la corbata. Otro día, otro cliente. Desde que mi maniobra de relaciones públicas convertida en amor había funcionado, nuevos clientes clamaban por verme. No podía quejarme.

Llamaron suavemente a la puerta de mi despacho.

"Adelante", llamé.

Entró un hombre. Era mayor, guapo de una manera ruda, pero algo en él parecía demacrado, como si hubiera estado luchando con algo. No me sorprendió. A menudo me encontraba con clientes cuando estaban mal.

De pie, le tendí la mano. Él la cogió, apretándola como un tornillo de banco. Apreté la mandíbula.

Vale, grandullón, cálmate.

"Sr. Evans, encantado de conocerle. Me alegro de que hayamos podido celebrar esta reunión".

"Sí, yo también. Eres un hombre difícil de conseguir una cita".

Sonreí. Me gustaba ser exclusivo. Siempre me gustó.
"Por favor. Siéntese. ¿Mi secretaria le ofreció agua?"
Rupert Evans no se sentó.
"Voy a ir directo al grano. No estoy aquí como cliente."
Se me revolvió algo en las tripas. Había algo muy malo en este tipo. Como si estuviera a punto de decirme algo que no quería oír.
Mi buen humor desapareció, sustituido por pensamientos de tener que llamar a seguridad.
"Sr. Evans, yo..."
"¿Te estás acostando con Darcy?"
"¿Perdón?"
"No te hagas el tonto. Está en todos los periódicos. Le pagas a esa chica para que te folle y luzca como la muñeca bonita que llevas del brazo. Apuesto a que también juegas a disfrazarte con ella, ¿tengo razón?"
Mi mano se cernía sobre el teléfono de mi despacho, lista para hacer la llamada.
"No sé qué estás haciendo aquí, pero..."
"Estoy aquí por dos cosas. Dinero y la satisfacción de ver tu cara cuando te diga que no eres el único a quien se folla Darcy".
Me llevé la mano al costado. ¿De qué estaba hablando?
"La zorra de mi mujer me está dejando. Descubrió que andaba a escondidas con Darcy. También se va a quedar con todo. Pero desde que me enteré que Darcy consiguió un buen trato siendo tu muñeca hinchable personal, pensé en pasarme con algunas noticias. Ella también me sigue follando. No se cansa de mí. Pero, tristemente, la chica tonta no compartirá ninguna de sus riquezas conmigo. Ni siquiera cuando más las necesito. Después de todo lo que le he dado..."
Nada de lo que decía tenía sentido. Era como decirme que el cielo era verde. Darcy nunca haría algo así. Lo sabía. En mis huesos, lo sabía.
Además, ¿qué dinero le debía a ese gilipollas?
Cualquier intimidación que este tipo pensó que iba a tener sobre mí se disolvió. Cogí el teléfono.
"Sr. Evans, lo que está diciendo es una completa gilipollez. Y no voy a tolerarlo. Y no le voy a dar ni un maldito centavo. Tampoco Darcy. ¿Está claro?"
El idiota me miró con ojos de acero. Llamé a seguridad. "Hola, Carlton. ¿Puedes enviar a alguien a mi oficina? Tengo un... invitado no deseado aquí".
Colgué el teléfono y me quedé mirando a aquel patético hombre. Si Darcy salía con ese tipo, no le veía el atractivo. Pero, de nuevo, todos hemos cometido errores en nuestro pasado...

"Que te jodan, Sturbridge. Puedes hacer que tus elegantes secuaces me escolten todo lo que quieras, pero eso no cambia nada. Esa chica tendrá su merecido todavía. Y tendré mi dinero. Ya lo verás".

No le vi sentido a seguir hablando. Carlton, que era un tipo de fiar, llegó un momento después y acompañó a Evans. La cara de mi secretaria asomó por el marco de la puerta.

"¿Estás bien? Lo siento. Nunca le habría dejado entrar de haberlo sabido..."

Le hice un gesto con la mano. "No es culpa tuya. Hizo una cita legítima, pero era un chiflado, eso es todo".

"¿Puedo hacer algo por ti?"

La idea se formó casi de inmediato. Necesitaba alejar de mí esta desagradable sensación. Necesitaba mimar a Darcy. Y necesitaba hacerlo rápido.

"Haz una reserva en Merios. Pídele un favor a Flavio si es necesario. Es el jefe de cocina allí".

Asintió, contenta de que le asignara una tarea.

Volví a mi escritorio, sacudiéndome lo que acababa de ocurrir.

Los chiflados serán chiflados.

Tenía que planear una cena elegante.

Pero antes, me esperaba una jornada laboral completa. Pronto me puse a trabajar.



"Estaba pensando en empezar con un vino blanco y luego, quizás, pasar a algo un poco más... burbujeante", dije, mirando la extensa carta de vinos.

Merios era tan decadente como siempre y absolutamente perfecto para lo que había planeado. Darcy estaba increíble con un suave vestido de cóctel verde y azul y el pelo ondulado sobre los hombros.

Cada vez que la miraba, no podía evitar sentir que algo se agitaba.

Bien. Muchas *cosas* se agitaban cuando la miraba, pero ahora era mi corazón el que escuchaba.

El rostro de Darcy se crispó durante un segundo, como si estuviera luchando con algo.

"¿Está bien si nos limitamos al agua por el momento? Podemos tomar agua con gas".

Me reí. ¿Por qué se mostraba tan reservada con la bebida? Pero no pude resistirme.

"Claro. Podemos tomar toda el agua con gas que quieras. Incluso haré que le echen algo de fruta".

Parecía aliviada y le hice una seña al camarero para que tomara nota del pedido. Cuando se marchó, Darcy me miraba, con el rostro serio. Y ligeramente nerviosa.

"Supongo que te preguntarás por qué no quiero vino", dijo. En su regazo, jugueteaba nerviosamente con su gran servilleta.

"Me preguntaba, sí."

"Jason, no puedo ocultarte esto por más tiempo. Y últimamente, yo..." Bajó la mirada hacia sus manos y, cuando volvió a levantarla, sus ojos estaban húmedos. Lágrimas frescas flotaban allí, pero no caían. Me incliné hacia delante. Preocupado.

¿"Darcy"? ¿Qué pasa? ¿Está todo bien?"

Ella agitó las manos en señal de protesta. "¡No! Son lágrimas buenas. Creo. *Eso espero*. Tú y yo... y no creo que me lo esté imaginando... nos hemos acercado mucho últimamente. ¿Estás de acuerdo?"

No respondí con palabras. Inclinándome sobre la mesa, tomé sus dos manos entre las mías y las apreté.

Suspiró y sonrió. Mi gesto pareció infundirle valor. Sus ojos, que brillaban en la penumbra de la vela, se clavaron en los míos.

"Así que. Jason. Quería decirte... que estoy embarazada. Y el bebé es tuyo".

De repente, mi mente parecía una superautopista. Pensamientos, preguntas y sentimientos confusos se agolpaban a gran velocidad. No podía empezar a nombrarlos ni a ordenarlos.

Respiré hondo e intenté volver a centrarme. Un segundo después, solo surgió un pensamiento:

Voy a ser papá.

Siempre había querido eso. Pero había cerrado esa puerta. Pensé que estaba cerrada.

Ahora, esta hermosa dama se sentó frente a mí, sus ojos húmedos y brillantes. Y ella iba a tener un hijo mío.

Todo parecía demasiado bueno para ser verdad.

Darcy me miró, con la cara abierta, esperando una respuesta. Prácticamente brillaba. Y ahora sabía por qué.

"Darcy. No tienes ni idea de lo feliz que me hace esto".

"¿En serio?"

"Sí, de verdad. Yo... siempre he querido ser padre y ahora..." Se me formó un nudo en la garganta, una oleada de emociones que no podía controlar. Era abrumador y al mismo tiempo me llenaba de alegría.

"Oh, Jason. Me alegra tanto oír eso. Estaba tan asustada..."

Agarré sus manos con fuerza, mirándola a los ojos, esos ojos lilas que me embelesaban.

"Darcy. No tengas miedo. Por favor. Yo... te quiero".

Parpadeó rápidamente, con las pestañas como alas de mariposa.
"Jason... yo... también te *quiero*".
Me levanté, me incliné sobre la mesa y sellé nuestras palabras con un beso. Me sentí tan bien. Como el par de vaqueros perfecto. Como la última pieza del puzle encajando en su sitio.
Como encontrar a la mujer de tus sueños...
Riendo y sonriendo, el beso terminó y volvimos a sentarnos, mirándonos como idiotas felices. Volví a sentirme como un niño.
"Pensé que no te gustaban los niños. Me preocupaba que..."
"¡No!" protesté, todavía riendo. "Es algo que siempre he querido. Pero en mi trabajo no está bien visto hablar de ello. O que realmente quieras. A menos que sea para ascender".
Darcy asintió, sorbiendo agua. Continué.
"Pero siempre ha estado ahí. Y con Lyra, he tenido que asumir ese papel", ahora me tocaba a mí mirarme las manos. "Aunque no estoy seguro de haber hecho un buen trabajo. Es tan distante".
Darcy hizo un sonido de chasquido con los dientes y me miró.
"Basta. Has hecho un gran trabajo con ella. Es una adolescente a la que le pasan muchas cosas. Es maravillosa y te quiere. Tú lo sabes".
Escuchar esas palabras de Darcy -alguien que había conectado tan fácilmente con mi hermana- me hizo sentir aún más alegre. No creía que fuera posible.
Es hora de los fuegos artificiales, me dijo una voz en mi interior.
"¿Me disculpas un momento?" Pregunté, reacio a separarme, pero ansioso por iniciar la siguiente parte de la velada.
Con cara de sorpresa, Darcy asintió. "Por supuesto. Pero no tardes mucho".
Sonriendo, la besé mientras me levantaba de la mesa. No quería estar lejos de ella nunca más.
El restaurante estaba situado en forma de L, y me agaché en la zona cercana a los aseos, pero fuera de la vista de Darcy. Justo fuera, lo sabía, había una furgoneta de músicos esperando. Un cuarteto de cuerda que había contratado para subrayar la propuesta que estaba a punto de hacer.
Una rápida comprobación en el bolsillo de mi chaqueta confirmó -por enésima vez- que el anillo seguía allí, pulido y esperando a ser entregado.
Saqué mi teléfono, dispuesto a llamar a la banda para que hiciera su entrada. Los nervios -algo que solo sentía cuando estaba a punto de entrar en un tribunal para un juicio de alto riesgo- me llenaban el estómago y tenía la boca seca.
Tragando con dificultad, repasé las palabras que ya había practicado tantas veces.
Darcy... me harías...

Algo en la pantalla de mi teléfono me llamó la atención.

Un mensaje de un número que no reconocía. Normalmente, lo habría tirado a la papelera, pero no podía ignorar la miniatura del mensaje.

'Hay más de donde vinieron estas...'

Sin duda, el mensaje iba más allá de las palabras. Hice clic en el mensaje.

La alegría se convirtió en sorpresa y rabia cuando leí el resto de las palabras.

Tal vez quieras comprobar las marcas de tiempo. Está jugando contigo, hermano.

Al menos una docena de fotos acompañaban al texto. Una horrible presentación de diapositivas se desplegó en mi pantalla. Una foto tras otra de Darcy, *mi* Darcy, besando al gilipollas de Rupert Evans. Ahí estaba ella con los brazos alrededor de él, con una amplia sonrisa. Otra con ella sonriendo a la cámara, los brazos fornidos de él rodeándola por detrás, sus labios húmedos en su cuello.

Y otra...

Y otra...

Cada una mostrando cómo sus cuerpos se tocaban, sus bocas conectadas, sonrisas enfermas y descuidadas de aspecto grotesco y horroroso.

Apreté la mandíbula. Podía sentir cómo mis muelas rechinaban y crujían unas contra otras mientras intentaba enredarme con la traición.

Nunca debí abrirme de nuevo. Esto es lo que recibo. Esto es lo que merezco.

Con el control que pude reunir, llamé al cuarteto y les pedí que se marcharan. Les dije tajantemente que seguirían recibiendo el importe íntegro.

Perder dinero era lo último en lo que pensaba.

Al terminar de leer el mensaje, me alisé la corbata, controlé mi respiración y me preparé para volver a donde estaba Darcy.

Darcy con el bebé dentro de ella. ¿Pero de quién es el bebé?

¿Importaba?

Capítulo Veintiséis

Darcy

'Te llamaré más tarde pero quería decirte que... ¡las cosas van GENIAL con Jason!'

Añadí media docena de emojis de corazones y besos para que quedara claro. Jason y yo nos habíamos dicho "te quiero" y yo me sentía... de otro mundo.

Como si me hubiera tocado la mejor lotería del mundo. Mi corazón estaba prácticamente fuera de mi cuerpo. Yo era todos los estereotipos que puede haber cuando la gente dice que está enamorada.

'No puedo esperar', fue la rápida respuesta de Mary.

Levanté la vista del teléfono. El restaurante, un lugar romántico con cortinas que colgaban del techo y el aroma de las rosas en el aire, era el escenario perfecto para sincerarme por fin con Jason.

¡Quería ser padre!

Estaba extasiada.

Hasta que dejé de estarlo.

"Los abogados sueñan a menudo con la prueba perfecta. La pistola humeante. Rara vez la encontramos. Pero a veces... a veces la encontramos", se oyó una voz. Al principio, no la reconocí. Era grave, casi un gruñido. La crueldad goteaba de cada palabra.

Al levantar la vista, me sorprendió ver que pertenecía a Jason. Su rostro apuesto, esos ojos oscuros me miraban con una rabia apenas contenida.

"¿Qué...? ¿De qué estás hablando?" Balbuceé.

No respondió con palabras, sino que me puso el móvil delante de las narices. Fotos, muchas fotos, brillaban ante mí. Yo con Rupert. Otra de Rupert y yo. Abrazados. Besándonos. Riendo bajo las sábanas.

Fueron tomadas hace meses y meses.

Las preguntas eran muchas. ¿Por qué las tenía Jason? ¿Por qué estaría tan enojado por ellas ahora? A menos que...

"Jason". Estas son fotos viejas. Estas no son..."

No me dejó terminar.

"Soy un inversor astuto y un bulldog de abogado. No me gusta que jueguen conmigo. Ni el abogado contrario. No por alguien que busca voltear una propiedad y ciertamente no de una cazafortunas. Como *tú*".

Una parte de mí pensaba que todo esto era una broma. Alguna broma de mal gusto que terminaría pronto, y podríamos reírnos de ella.

Pero Jason tenía la cara de piedra. Tenía la mandíbula apretada y la mano que sostenía el teléfono temblaba un poco por la tensión que sentía.

"Jason. Estas fotos no son..."

"*¡Sé* lo que son! Y sé lo que significan. Lo que no sé es de quién es el bebé que llevas dentro. Y no me importa".

Me paré sobre piernas temblorosas, tratando de calmarlo. Los ojos de los demás comensales se apartaban de sus mesas. Había sangre en el aire y todos intuían que se estaba representando una escena. Nadie quería apartar la mirada.

"Jason. Tienes que creerme. No te engañé. No lo *haría*. No después de lo que hemos encontrado juntos. No después de lo que nos hemos *dicho*. Por favor..."

Pero se había ido. Su rostro estaba envuelto en dolor y rabia, y yo no podía pasar. Se apartó de mí y sacó su teléfono con esas imágenes desdichadas que aún me miraban.

"He llamado a un Uber. Te subirás a él. Volverás a mi casa, y recogerás tus cosas, y estarás fuera de mi casa a medianoche. Lo nuestro se acabó".

Quería razonar con él. Quería rogarle que viera la luz. Pero sabía que era una causa perdida. Ya se había quemado una vez, gravemente, y ahora no podía oírme.

Rupert nos la había jugado a los dos. E iba a ser yo quien pagara el precio final.

Las lágrimas corrían por mis mejillas. Quería romper algo, montar un escándalo, gritarle a Jason en la cara que yo era inocente.

Sabía que sería inútil.

Jason estaba de espaldas a mí. Se dirigía a la salida, sin duda buscando su coche para llegar desde el aparcacoches.

Me quedé allí. Entumecida.

El restaurante, antes de ensueño, parecía ahora una pesadilla. Las palabras de amor que habíamos dicho perdidas en alguna otra vida. Alguna otra chica feliz las viviría.

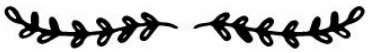
Yo no.

Los ojos de los otros comensales se clavaron en mí, sus juicios duros. Su compasión era inexistente.

No tuve más remedio que marcharme.

Un Uber se detuvo justo fuera.

Me metí dentro.



Lo único bueno de mi regreso a casa de Jason -que ahora me parecía tan poco acogedora como una tumba- fue que conseguí evitar ver a Suzanne o a Lyra.

Ver a Suzanne sería insoportable. Su intensa lealtad a Jason y el hecho de que ella sabría por qué me estaban echando en primer lugar me harían querer arrancarme los ojos.

Lyra, sin embargo, era una historia completamente diferente. ¿Cómo podría siquiera empezar a hablar con ella de ello?

No, era mejor entrar a hurtadillas, coger lo esencial y salir antes de que me vieran.

Sabía que no había cometido los delitos de los que Jason me acusaba, pero ¿cómo podía probar una negativa? Cuando ni siquiera Jason -el hombre que decía amarme- se tomaba la molestia de escuchar mi versión de los hechos.

El Uber salió al ralentí mientras yo recogía mis cosas de aseo y algo de ropa. Algunos de mis libros favoritos. El resto tendría que empaquetarlo alguien que no fuera yo -sin duda sería Suzanne, con sus maneras rígidas y eficientes, su juicio sobre mí dejando una marca en las cubiertas- y guardarlo donde yo lo recuperaría.

"¿Adónde la llevo, señorita?" Me preguntó el conductor cuando volví a subir al coche, un anodino sedán negro. No estaba precisamente atenta a los detalles de lo que estaba ocurriendo en ese momento. Mi mente se tambaleaba mientras mi corazón estaba entumecido.

Pero esa pregunta hizo que se me agarrotara el corazón.

Porque no sabía cómo responder.

"Yo... ¿Puedes esperar un momento?" Le pregunté, dando un paso atrás fuera del coche. El conductor se limitó a asentir, claramente de acuerdo con el aumento de la tasa, ya que Jason cubriría con los gastos.

Bordeando la puerta principal, me escondí en la oscuridad justo detrás de la luz del porche.

¿Por qué actuaba como si estuviera avergonzada cuando no había hecho nada malo?

Esa era una pregunta que tendría que desentrañar otro día.

Ahora mismo, tenía un problema mucho más acuciante.

"¡No tengo casa!" Sollocé en mi teléfono, tan pronto como Mary había cogido mi llamada.

"Espera. ¿Qué? Lo último que supe de ti es que todo era vino y rosas", replicó mi amiga.

"¡No! Ha salido todo mal. Yo... no puedo explicarlo ahora. Sólo necesito un lugar donde quedarme".

La voz de Mary era un gruñido furioso. No contra mí. Eso lo sabía con certeza. Sino contra Jason. Posiblemente contra todos los hombres.

"Mi futón es tuyo entonces. Ven aquí", ordenó.

"Vale. Te lo explicaré cuando llegue".

Volví al Uber, finalmente capaz de darle un lugar donde ir.

El viaje fue como un borrón y pronto me encontré acurrucada en los brazos de Mary, con una tetera de té de menta ya preparándose.

Por algún milagro, el apartamento de Mary estaba inusualmente tranquilo, con la mayoría de sus compañeras de piso fuera en diversas citas salvajes o en casa de sus parejas. Pude contarle a Mary toda la sórdida historia tranquilamente.

"Rupert le envió unas fotos antiguas - trucadas para que parecieran tomadas en los últimos días - ¡y Jason se volvió loco! Me acusó de ser una cazafortunas. Y todo esto fue después de..."

Me puse a sollozar, incapaz de decirle que acabábamos de decirnos las palabras más importantes, que por fin habíamos superado todos nuestros miedos y nuestros complejos y nos habíamos proclamado algo más profundo y verdadero, para desvanecerlo minutos después.

Mary consiguió calmar y hervir al mismo tiempo.

Agarrándose a mí y frotándome la espalda, me dijo: "Si alguna vez le pongo las manos encima a Rupert, lo voy a joder. Lo joderé mucho. ¿Qué clase de comadreja *hace* algo así?"

"No lo sé", me lamenté.

"Pero hay una cosa que me desconcierta", dijo Mary, acariciándome el pelo. "Sé que es un gran problema perder ese dinero, pero ¿por qué estás tan disgustada? ¿No es Jason un gilipollas más? ¿No lo son todos?"

Tenía que decirlo. Tenía que decírselo.

"No. Él no es así. Es maravilloso. Y, hasta antes de esas fotos, él pensaba que yo también era maravillosa. Nos amamos. O... nos queríamos".

Me derrumbé en sollozos una vez más.

Mary suspiró. No sabría decir si fue por el dolor que sentía por mí o por la frustración que le producía ver cómo los heterosexuales se comportaban como tontos. No importaba. Mi corazón estaba magullado y maltrecho de todos modos.

"Oh, nena. Lo siento mucho", dijo Mary, guardándose para sí su verdadera opinión sobre el asunto. La amaba aún más por su autocontrol.

Unos minutos después, pude volver a hablar y, esta vez, supe que tenía que contarle el resto. La última pieza del sórdido rompecabezas.

"Mary". Hay algo más. Algo que acababa de decirle a Jason antes..." Tragué con fuerza y continué: "Estoy embarazada. Es de Jason".

Esta vez, la respuesta de Mary fue la misma, pero también completamente diferente.

"Oh, *nena*..."

Después de eso, ambas nos quedamos en silencio. Mary sumida en sus pensamientos y sentimientos y yo en...

¿Qué, exactamente?

Era difícil ponerle nombre. Cuando vi por primera vez esas dos pequeñas líneas rosas, todo me pareció tan abstracto.

Ahora, el bebé era cada vez más real. Algo que no podía ignorar.

Algo que quería.

¿Pero cómo?

Una cosa era ser madre soltera y tener un par de millones a buen recaudo en el banco.

Ser madre soltera, sin trabajo y sin casa era algo totalmente distinto.

"Abrázame", gemí, con la voz distante y asustada.

Mary me apretó fuerte. Sabía que no iba a soltarme.

Capítulo Veintisiete

Jason

"Entonces, ¿simplemente... se ha ido?" Preguntó Lyra, asomada a la puerta de su habitación. Un poco más allá, vi un revoltijo de ropa, libros, platos y tazas esparcidos por todas partes. Dejada a su aire, Lyra podía ser una persona auténticamente desordenada.

Hice una nota mental para enviar a las criadas a su habitación y darle una buena limpieza.

"Sí. Algo así", murmuré. No quería entrar en detalles. De verdad. No sólo me agotaba, sino que cada vez tenía menos palabras para describir lo que había sucedido entre Darcy y yo.

Me dolía demasiado.

"Eso apesta", respondió Lyra, encogiéndose sobre sí misma. "Todavía tengo algunos de sus libros".

"No te preocupes, encontraremos la forma de devolvérselos. Yo... eh... tengo que ir a trabajar ahora", dije, dándome la vuelta.

"¿Estás bien? No pareces estar bien".

Puede que Lyra fuera una reclusa, pero su capacidad para leer a la gente -especialmente a mí- a veces era asombrosa.

"Sí. Sí. Sólo que están pasando muchas cosas".

Subestimación del año.

"Sí. Como siempre", dijo Lyra con una nota de burla en la voz. Al girarme para protestar, me encontré frente a una puerta y no frente a mi hermana. Se había retirado a su cuchitril una vez más.

Lo que probablemente fue mejor así.

Avanzando por el pasillo, me detuve ante la puerta que conducía a las habitaciones de Darcy. Allí, sin duda, estarían las cosas que ella había tocado, su olor, algún mechón de su pelo castaño...

"Contrólate. Has esquivado una bala", murmuré en voz baja, apretando los puños.

Como ya había ordenado a mi personal de limpieza que fregara mis habitaciones de arriba abajo para librarme de todo lo que me recordara a ella, hice otra nota mental para que limpiaran las habitaciones de Darcy.

Lo que ya prometiste hacer... ¿recuerdas?

Lo había hecho. De hecho, le había dicho a Darcy que enviaría sus cosas a un almacén. Y sin embargo, tres días después, todo estaba justo donde ella lo había dejado.

De alguna manera, no podía purgar la casa de ella. Todavía no.

Con un resoplido, dirigí mis pasos lejos de su puerta y bajé apresuradamente la escalera. Me dirigí a la cocina y preparé un café para llevármelo a la oficina.

Suzanne apareció, casi como un espectro, desde el otro lado de la habitación, sin duda procedente de los jardines traseros.

"Sr. Sturbridge... sobre la habitación de arriba..." Preguntó.

En realidad, no sabía lo que Suzanne pensaba sobre el acuerdo que se había visto obligada a ayudarme a ejecutar, y era demasiado profesional para decírmelo, pero ahora podía sentir oleadas de expectación que salían de ella.

Como si estuviera muy feliz de barrer a Darcy con la basura.

Sin embargo, una vez más fui incapaz de hacerlo.

"Sí. Lo sé. Tengo que arreglar eso. Um. Espera por ahora. Todavía hay que abordar el proyecto de renovación del garaje. ¿Quizás concentrarnos en eso por ahora?"

Su cara era de granito. Ambos sabíamos que hacía meses que había desechado los planes de renovar el garaje. Pero ahora, aquí estaba yo sacando el tema como una forma de darle trabajo.

Profesional como siempre, se limitó a decir: "Entendido".

Me di la vuelta y solté el aliento que había estado conteniendo. Justo cuando pensaba que Suzanne había abandonado la habitación, la oí hablar una vez más.

"Pero avíseme cuando esa habitación esté lista para ser limpiada. Yo me encargaré. *Personalmente*".

"¡Sí!" Repliqué, demasiado alto y descarado para los dos.

Esperé varios segundos después de que se fuera para asegurarme de que se había ido. Sólo entonces me permití respirar hondo.

"¿Qué me *pasa*?" Pregunté al techo, esperando en vano una respuesta.

Estaba tan enfadado cuando llegaron esas fotos que apenas podía ver. Pero ahora, apenas unos días después, tenía mis dudas.

¿Podrían ser falsas? ¿Darcy estaba tratando de decirme la verdad?

¿O era la versión que yo había creído, que Darcy se había quedado embarazada de algún perdedor y me estaba utilizando para pagar la cuenta? Después de todo, se tomó su tiempo para aceptar la oferta, ¿no? ¿Sólo lo hacía cuando no tenía otra opción?

Quité la taza de café de la encimera y cogí mi maletín para intentar olvidarme de ella. Solo empeoraba las cosas.

Los rollos de nuestro tiempo juntos competían por la atención en mi cabeza:

Darcy riendo, su pelo extendido como un halo sobre la almohada bajo su cabeza...

De pie frente al espejo del baño, sus brazos rodeándome lentamente por detrás. Los pequeños besos en mis hombros...

Las lágrimas de felicidad en sus ojos cuando me dijo que estaba embarazada. Y que el bebé era mío...

Un guiso de emociones hervía en mi interior: ira, traición, alegría, afecto. Amor.

No podría empezar a desenredarlas todas.

Elegí el Range Rover para el trayecto del día, me acomodé en su cómodo asiento y aceleré el motor. Quizá el trayecto al trabajo me despejaría la mente.

Sólo había una cosa que podía decir con certeza: Las cosas de Darcy no saldrían de mi casa hoy.

Cuándo lo haría, exactamente, era una decisión para otro día.

Capítulo Veintiocho

Darcy

"Aquí vamos..." Me dije, apretando los dientes. Sentada con las piernas cruzadas en el futón caído que ahora era mi cama en la estación de autobuses que era el apartamento de Mary, abrí mi cuenta de Instagram.

Durante la última semana, desde que había dejado la casa de Jason, lo había estado evitando, incapaz de enfrentarme a las imágenes que había allí. Fotos de Jason y yo, relucientes y sonrientes en eventos. Si te fijabas bien, podías ver que, a lo largo de las fotos, nuestros cuerpos se volvían menos rígidos el uno con el otro. Menos posados.

En las últimas fotografías nuestros cuerpos estaban uno al lado del otro, llenos de soltura y familiaridad.

En resumen, parecíamos una pareja de enamorados. Porque, al menos por unos momentos, lo habíamos sido.

Ahora, sin embargo, era el momento de superarlo. Borrar esa narrativa de mi línea de tiempo y empezar de nuevo.

"Pensé que necesitarías un poco de valor", dijo Mary, de pie en la puerta, recién llegada del trabajo.

En sus manos sostenía dos cosas increíbles, ambas diseñadas para aliviar.

"Vino para mí. Helado para ti... y para *él*", añadió, señalándome el estómago con la barbilla.

Era inconfundible, el bulto había empezado a aparecer. Me encogí de hombros dentro de mi enorme sudadera e intenté, por el momento, olvidarlo.

El helado sin duda iba a ayudar.

"¿Cuánto tiempo llevas ahí de pie?" Le pregunté, cogiéndole la pinta fría - sabor galleta con pepitas de chocolate-. Ella desenroscó el vino y lo sirvió en una taza, dando un gran sorbo.

"Lo suficiente para saber lo que vas a hacer. Lo que *debes hacer*".

Suspiré y miré las fotos. Se me hizo un nudo en la garganta.

"No pasa nada", dijo Mary, frotándome el hombro.

"¿Por qué? ¿Cómo sucedió esto? ¿Por qué Rupert haría algo así?" Pregunté, mientras pulsaba el botón de borrar. Un evento -sin duda un baile benéfico- desapareció en el éter de Internet. Desapareció de mis redes sociales para siempre.

Mary se encogió de hombros y tragó vino, el líquido rojo manchando sus labios.

"Fácil. Vio que eras feliz sin él y quiso arruinarlo. Añade una esposa enfadada y agraviada amenazando con el divorcio y tienes un imán para atraer la mierda".

Suspiré. "Me siento mal por su mujer. No fue mi mejor momento".

"Claro. Pero Rupert no te habló de ella. Eso no fue culpa tuya. Y ahora está tratando de arruinar tu vida en lugar de limpiar la suya. No tiene sentido".

Me invadió otra oleada de dolor, violenta y fuerte.

"Eso es lo que estaba haciendo con Jason. Limpiando mi vida. Al principio, me dije que era sólo un trabajo, sólo una manera de salir adelante con mi vida. Él no era mi tipo en absoluto. Engreído y demasiado confiado..."

"Lo recuerdo", asintió Mary.

"Pero entonces, algo cambió. En los dos. Empezamos a conectar. Empecé a darme cuenta de que no tenía que conformarme o comprometerme. Que ambos veíamos lo mejor del otro. Que ambos habíamos sacado lo mejor del otro. ¡Y lo habíamos reconocido! Habíamos superado nuestros miedos y lo habíamos dicho. Y entonces..."

Dejé caer el teléfono y puse el helado sobre la mesita para llorar una vez más. Mary, siempre tan buena, me dejó hacerlo y me dio un pañuelo.

Unos minutos después, volví a coger la cuchara, intentando volver a centrarme. No podía seguir revolcándome así. Tenía que retomar las cosas. Limpiar mi vida y empezar de nuevo.

Con el apoyo de Mary, había una posibilidad de que pudiera.

"¿Crees que hay alguna posibilidad de que alguna vez él escuche mi versión de la historia?" Le pregunté.

"Tal vez. Es su decisión. Mientras tanto, tienes trabajo que hacer. Y sé que puedes hacerlo".

Asentí con la cabeza, un filamento de fuerza recorriéndome. Todavía me dolía todo, mi orgullo, mi corazón y mi cuenta bancaria, pero no podía rendirme. Tenía que creer en mí misma.

Profundizando, supe que tenía las herramientas para hacerlo, para volver a ponerme en pie.

Eso y las pocas joyas que me había llevado cuando salí de casa de Jason.

"Estaba pensando en vender esto", le dije, mostrándole a Mary el puñado de pendientes y collares que Jason me había comprado. Aunque me parecía un poco sospechoso, no tenía muchas opciones. Ni Suzanne ni Jason me habían dicho nada sobre las cosas que tenía en su casa y tenía que ponerme en marcha.

Vender las joyas parecía la menor de mis supuestas transgresiones.

Mary asintió con la cabeza.

"Véndelos. Y he oído que hay una vacante en el Sprout's Market. De cajera. Un lugar más agradable que donde estabas antes. Gente más elegante. Ya sabes, los de la hierba de trigo y esas cosas".

Asentí con la cabeza. Sin duda era un paso atrás en mi vida de caviar y cócteles, pero no se podía pedir más.

"También estaba pensando en matricularme en el colegio comunitario. Quizá podría conseguir una beca. Y préstamos".

"Excelente idea. Puedes enrollarte con tíos en el quad".

Me reí, escandalizada ante la idea de volver a besar a otro hombre.

"Y... el resto del dinero irá a un fondo para el bebé. Para... lo que sea necesario".

Mary chocó su taza con mi pinta de helado en un extraño brindis.

"¡Escucha, escucha!" Declaró. "¡Ya lo tienes!"

Comí otra cucharada de helado, reflexionando sobre mis planes. Tal vez esto podría funcionar. Tal vez tenía un camino por delante después de todo.

Cuánto deseaba que Jason formara parte de esos planes. ¿Cuánto deseaba compartir estas pequeñas victorias con él? ¿Sería posible alguna vez arreglar las cosas?

"Oye", dijo Mary, con sus dedos en mi barbilla, girando lentamente mi cara para mirarla a los ojos. "Lo que estás haciendo es duro. Pero es lo correcto. Lo sabes, ¿verdad?"

Tragué mi helado. Pegajoso y rico, sentí cómo su frescor se deslizaba por mi barriga. Sin duda, el bebé estaba disfrutando del repentino subidón de azúcar.

"Sí, claro que sí".

Ambas sabíamos que sólo decía la verdad a medias.

Capítulo Veintinueve

Jason

"Bueno, bueno, bueno", dijo Isaac, aplaudiendo. "Va a ser una noche familiar después de todo. ¿Cuándo fue la última vez que pasó?"

"Sí, sí, sí", murmuré. "Mira, es un milagro que estemos aquí. Traje cerveza. Y a la Srta. Pantalones Gruñones".

Isaac y yo intercambiamos una mirada cómplice. Ambos sabíamos lo difícil y temperamental que podía ser Lyra. Siempre lo había sido, incluso de pequeña, pero de adolescente era aún peor.

Últimamente, estaba muy malhumorada.

Acomodándose detrás de mí, Lyra apenas saludó a nuestro hermano con la cabeza.

"¿Cómo está nuestra linda princesa esta noche?" Isaac preguntó, tratando de aligerar el ambiente. El mío ya estaba enrarecido, pues el viaje había durado varios minutos de tenso silencio.

"Como sea. No fue idea mía venir aquí. Avísame cuando nos vayamos", frunció el ceño y se fue a ocupar un rincón del sofá gigante de Isaac.

Mirando a mi alrededor, tuve que admitir que Isaac, aunque no tenía ni de lejos la misma cantidad de dinero que yo, se las había arreglado bien.

El ático tenía unas vistas impresionantes del valle y su salón era el paraíso de los jugadores. Siempre había sido un genio de la tecnología, desmontando ordenadores desde que era pequeño. Frente al enorme sofá había una pared impresionante, con varios sistemas de juego expuestos en brillantes estanterías, chucherías y caros modelos de varios superhéroes y personajes de videojuegos.

No era de mi agrado, pero estaba hecho con gusto. Se podría decir que coleccionaba con elegancia.

"Venga, vamos a comer algo. Tal vez eso aligere las cosas", dije, siguiendo a Isaac de vuelta a la cocina que brotaba de la sala de estar. "Te traeremos un plato", añadí por encima del hombro a la truculenta adolescente, que se limitó a gruñir como respuesta.

"¿Qué le pasa? Sé que juntarnos no es lo que más le gusta, pero ella parece... peor", dijo Isaac, sacando algunos platos. Habíamos pedido varias pizzas de lujo, junto con algunas ensaladas. Isaac no era cocinero, pero tenía un sinfín de aplicaciones para ordenar comida para llevar de lujo programadas en su teléfono.

"No sé..." Suspiré, abriendo una cerveza.

Isaac se detuvo bruscamente y me lanzó una mirada penetrante. "Además, ¿qué *te* pasa? Parece como si alguien se hubiera cagado en tu zapato".

"Qué bien", dije, sacando una porción de pizza y poniéndola en un plato para Lyra. Sabía que nunca conseguiría que viniera a la cocina, así que tendría que llevarle la cena, aunque me irritaba demasiado hacerlo.

No sabía si estaba preparado para contarle a Isaac por lo que había pasado, pero no tenía fuerzas para mentirle. Volviéndome hacia él, le contesté, con voz apenas por encima de un susurro.

"Es todo el asunto de Darcy... me tiene hecho un lío".

Inclinándose hacia mí, Isaac se olvidó de la pizza y me dijo que quería saber más. Fue entonces cuando me di cuenta de que le había ocultado muchas cosas. Por supuesto, había visto nuestras fotos juntos, -¿quién no?- pero no tenía ni idea de lo profunda o complicada que se había vuelto la relación.

Estábamos unidos como hermanos, pero a menudo pasábamos semanas sin ponernos al día. Era nuestra manera de ser.

No podía contenerme más.

"Isaac, después de Margot, nunca pensé que podría volver a amar..."

Isaac asintió. Había sido una roca para mí después de que todo aquello implosionara. Sinceramente, no podría haber superado aquel oscuro periodo sin él.

"Pero ahora..."

Le conté todo. Sobre cómo Darcy me hacía reír, cómo me hacía sentir, cómo estaba embarazada, cómo *pensaba que era la elegida*.

"No lo entiendo. ¿Qué pasó, entonces?"

Aquí se me secaron las palabras. No quería decirlas. De alguna manera, decirlas las hacía parecer ciertas. O al menos las hacía posibles. Algo que todavía no podía entender.

"Esto. Esto es lo que pasó", dije, lanzando mi teléfono hacia él. "No puedo volver a mirarlas. Voy a darle a Lyra su pizza".

Isaac se entretuvo con mi teléfono mientras yo acercaba un plato a mi hermana. Con los auriculares puestos, estaba tan hundida en los cojines del sofá que prácticamente formaba parte de él.

"Toma. Deberías comer", le dije, acercándole el plato.

"No tengo hambre", fue la hosca respuesta.

"Bien", suspiré, poniéndolo sobre la mesita. Ella comería cuando estuviera lista. No iba a obligarla.

Cuando me di la vuelta para volver a la cocina, Lyra volvió a hablar.

"¿Crees que podemos volver a la normalidad como si nada hubiera pasado?"

Su pregunta fue más bien un gruñido, sus ojos láseres furiosos tras su cortina de pelo.

"¿De qué estás hablando?"

Lyra se incorporó un poco, su lenguaje corporal indicaba que estaba preparada para una pelea.

"¿Piensas que puedes simplemente dejar a Darcy fuera y se acabó? ¿Como si nadie se diera cuenta o le importara? Pues *a mí* sí. La quiero de vuelta. La quiero cerca. Pero tenías que ir y ser egoísta y raro y estropearlo todo. ¿Cuándo vas a madurar?"

Sus palabras me golpearon como piedras, cada una un moratón. Pero tras el escozor inmediato, sentí algo más: rabia. Claro, era fácil para la adolescente lanzar semejantes cosas. No tenía ni idea de la realidad. Lo que *realmente* sucedió. Quién era Darcy en realidad.

Pero... ¿lo sabes? ¿Conoces todos los hechos?

Esa pregunta me había estado rondando cada vez más y ahora el discursito de Lyra sólo la hacía más fuerte.

¿Sabía realmente lo que había pasado? ¿Me había tomado el tiempo de escuchar a Darcy?

Todo lo que sabía es que había sido un desastre desde que se había ido. No podía dormir, todo me recordaba a ella, mi dolor y mi rabia eran compañeros constantes.

"Yo... no puedo... con esto ahora mismo", tropecé con mis palabras, retirándome a la cocina.

Sentía dolor, mucho dolor, pero tenía otra cosa en qué pensar: Lyra también. Había dicho aquellas feas palabras porque la había abandonado alguien que había significado algo para ella. Y no mucha gente en su corta vida lo había hecho.

Darcy la había tocado. Había llegado a ella. ¿Era esa la manera de actuar de una cazafortunas? ¿Alguien que sólo piensa en sí misma?

Nada de eso tenía sentido.

Entré en la cocina y me encontré a mi hermano mirándome, con su habitual expresión bobalicona sustituida por algo más: preocupación.

"Jason, dime. ¿De verdad la echaste? ¿Una mujer embarazada sin ningún lugar a donde ir?"

Fue un golpe doble. Mis dos hermanos salieron a buscarme hoy.

"Sí, lo hice. Simplemente no podía mirarla a los ojos. Esas fotos..."

Isaac me hizo un gesto. "Llegaré al fondo de eso. Pero hermano. Tienes que afrontar algo. Tienes un problema".

"¿Con qué?"

"El compromiso. La confianza. Ver lo que realmente tienes delante".

Me burlé. "Eso es gracioso. Viniendo de ti".

Isaac no iba a morder el anzuelo. "No, tío. No se trata de mí. Además, no estoy en el juego. Si aparece la chica adecuada, espero reconocerla y no cagarla. Pero has tenido algunas oportunidades y sí, Margot te lastimó, pero tal vez -sólo tal vez- Darcy no. ¿Alguna vez se te ocurrió?"

Cogí mi teléfono de la encimera. Esta conversación tenía que terminar. Ahora mismo.

"Vi lo que vi..."

"Y te lo creíste. Como este imbécil esperaba que lo hicieras. Te la jugaron, Jason. Y sobre todo, jugaste contigo mismo. *Dejaste que* tus inseguridades dictaran tus acciones. Tienes que pensar en eso. Por favor. No es fácil para mí decirlo, pero quiero que lo escuches".

Mi primer pensamiento fue golpearle. Callarle la boca por decir palabras que, en el fondo, sabía que eran correctas. Apreté las manos y rechiné los dientes.

"Pégame si quieres, pero sabes que tengo razón".

Me sostuvo la mirada y se negó a apartar la vista. Aunque severo, él sólo sentía amor por mí. Y preocupación. Y... un poco de esperanza.

La lucha me abandonó. En lugar de pegarle, caí en sus brazos. Durante unos instantes, mi hermano pequeño me dio el abrazo que no sabía que había necesitado. Las lágrimas me punzaron los ojos, pero me negué a dejarlas caer.

Un momento después, Isaac se apartó y me miró.

"Esto es bueno. Genial, incluso. Además, tengo algo que mostrarte que podría ayudar".

"¿Qué?" Me atraganté.

"Dame tu teléfono otra vez", dijo, tendiendo la mano.

Así lo hice, y él hizo un poco de magia para sacar las temidas fotos una vez más.

"Si hacemos esto, y esto... y esto", dijo, accediendo a una plétora de pantallas y funciones que yo no tenía ni idea de que existían, "conseguiremos *esto*".

Entrecerré los ojos, inseguro de lo que veía. Sacudí la cabeza.

"Son metadatos. Cada vez que creamos algo, nuestros sistemas le imprimen un sello: fecha y hora, además de otra información clave. Es una especie de firma. Algunos metadatos no se pueden cambiar. Es como una huella dactilar".

"Vale..." Dije, preguntándome a dónde iba esto.

"Estas fotos son antiguas. Bueno, al menos fueron tomadas antes de que ustedes dos se conocieran. Es muy posible que Darcy esté diciendo la verdad. Estas fotos no fueron tomadas después de que ustedes dos se conocieran".

Una llama estalló en mi interior. Una llama de esperanza. De posibilidad.

La pregunta era: ¿podría arreglarlo? ¿Podría hacerlo bien después de todo?

"¿Quieres decir...?"

"Darcy podría no ser quien pensabas que era. De hecho, podría ser quien tú quieres. La mujer que *amas*".

No tenía palabras. En lugar de eso, le di a Isaac otro abrazo, este con palmadas en la espalda y chocando los cinco.

"¿Estás seguro?"

Isaac me miró. "Si me pidieras que testificara en un tribunal, señor abogado elegante, me jugaría mi reputación".

Eso es todo lo que necesitaba oír.

"Vale, entonces tenemos que hacer algo al respecto".

Isaac sonrió y abrió una de las cervezas que había traído.

"Bien. Eso es lo que pensé que dirías. Ahora, vamos a comer y luego nos pondremos a planificar. No puedo hacer estrategias con el estómago vacío".

Cogí mi cerveza y la estrellé contra la de Isaac.

"Brindo por ello".

Capítulo Treinta

Jason

"Genial", dije examinando las fotos. Parecía extraño decir algo así, dado el tema, pero ahora tenían una diferencia clave. Voladas con las marcas de tiempo claramente visibles, ahora eran armas de *mi* arsenal.

A Rupert Evans le esperaba una sorpresa.

Isaac asintió con aprobación. "Me alegra que por fin puedas apreciar mi trabajo, hermano mayor".

Le di una palmada en el hombro y le miré. "Claro que puedo. Eres un salvavidas".

Cerré la carpeta y la metí en el cajón superior de mi escritorio.

"¿Seguro que ya no me necesitas?" Isaac preguntó.

"No, yo me encargo. Tú has hecho la parte difícil. Déjame arrinconar a este tipo", dije, sintiendo que volvía un poco de la vieja arrogancia. Desde que Darcy se había ido, un enorme agujero se había abierto en mi pecho. La añoraba, suspiraba por ella.

Pero mi ira y las heridas del pasado me habían impedido ver la verdad. Ahora, tenía la oportunidad de arreglarlo. Tal vez de recuperarla.

Pero primero, tenía que enfrentar a Rupert. Acabar con él para siempre.

Tenía esperanzas, pero no la certeza de que todo esto fuera a funcionar.

"Acaba con él", dijo Isaac, dándome un choque de puños y luego un abrazo. "Me vuelvo a mi oficina, pero si necesitas algo..."

"Sé a quién llamar", respondí.

Isaac se fue y yo comprobé el cajón una vez más para asegurarme de que las fotos estaban allí. Esperando.

Allí estaban.

Yo estaba preparado.

"El Sr. Evans ha vuelto", llamó mi secretaria.

Cerré los puños y me crují los nudillos.

"Hazle pasar", dije.

Rupert Evans entró en mi despacho. Parecía menos desarreglado que antes, sobre todo porque llevaba una sonrisa de comemierda en la cara. Podía leerlo como un libro. No tenía ninguna posibilidad.

"Has entrado en razón, ¿verdad?" Dijo, tomando asiento antes de que tuviera la oportunidad de invitarle. Yo también me senté, nuestras miradas se nivelaron.

No pasa nada. Deja que se ponga cómodo. Sólo aumentará la satisfacción más tarde.

"¿Y qué razón es esa?" Pregunté.

"Darte cuenta de que tenía algo bastante malo sobre ti. Darte cuenta de que era un trato para pagarme para que me callara. Por lo que puedo decir, eres un tipo lo suficientemente inteligente, reconoces un buen trato cuando lo ves".

"Sí. Parece que tienes algo, como tú dices 'bastante malo' sobre mí. Sólo hay un problema. El tiempo corre cronológicamente. *Hacia adelante*. Bastante difícil viajar atrás en el tiempo. Lo último que supe es que aún no lo habíamos descubierto. No es que la gente no lo esté intentando".

Me miró, confuso. Pude ver cómo los engranajes de su cerebro se movían una y otra vez.

"¿De qué estás hablando?"

"Dime", empecé, entrelazando los dedos, "¿cuándo se conocieron Darcy y tú?"

Su confusión desapareció, sustituida por la chulería que llevaba cuando había entrado. Creía que conocía mi juego.

"Hace poco menos de un año. Nos conocimos en un club. Amor a primera vista".

Me mordí el interior de la mejilla para que no notara cuánto me escocía aquella información. Sonaba demasiado parecido a como nos habíamos conocido Darcy y yo.

Pero así es como conoces a la mayoría de las mujeres de tu vida ....

Ahuyenté la voz. Tenía que concentrarme.

"De acuerdo. ¿Y comenzaron a salir enseguida?"

"Claro que sí. No podíamos dejar de tocarnos", cruzó las piernas y añadió apresuradamente: "Todavía no puedo".

"Pues sí. Eso es obvio", acepté, deleitándome con el cambio de postura de su cuerpo. Se relajó visiblemente, pensando que yo estaba indeciso, a punto de sacar la chequera.

"Claro que sí. Entonces, no perdamos más tiempo. Me has llamado para hacerme una oferta. Si me gusta, tomo tu dinero y me quedo callado. Para siempre. Entonces, ¿cuál es tu oferta? ¿Qué va a hacer que pique?"

"Llegaremos a eso. Pero primero, quiero saber un par de cosas. ¿Tienes intención de quedarte con ella? ¿Hacer de esto algo real? Tengo entendido que tu mujer quiere divorciarse".

Su cara se volvió amarga. "Sí. Y se lleva todo con ella, la muy zorra. Y sí, Darcy y yo nos iremos al atardecer. Tú me das el dinero, y nos largamos".

"Interesante. Realmente harán una vida juntos, ¿eh? ¿La amas, entonces?"

Una vez más, su postura cambió. Sin duda, la palabra con "a" era muy potente para él. Más que para mí.

"Sí... eh, sí. Totalmente. La amo, quiero decir".

"Puedo ver por qué. Es lista. Le gustan los libros. Tiene ambiciones".

"Oh, claro. Sí... muchas ambiciones".

"Ah, ¿lo sabes?" Pregunté, fingiendo confusión.

"Claro que sí".

¿"Sí"? ¿Qué quiere hacer entonces? Aparte de huir hacia el atardecer contigo, quiero decir".

"Muchas... cosas", se esforzó.

"Ajá. ¿Y te agrada su amiga? ¿Su mejor amiga? ¿Cómo se llama?"

Su rostro se agrió aún más. "¿Qué? ¿Esa puta lesbiana de Mary? Sí, ni siquiera voy a ir allí".

No podría odiar más a este hombre. No sabía nada de Darcy. No sabía lo que ella valoraba o le importaba. O *quién le importaba*.

Asentí con la cabeza, poniendo mi mejor expresión pensativa. "Parece que lo tienes todo planeado. Como si ustedes dos fueran muy felices juntos. Sólo hay un problema".

"¿Y cuál es ese problema?" Preguntó Rupert, con los hombros tensos.

"No creo que ustedes dos estén juntos. Y no lo han estado por un tiempo".

Rupert se arrimó al borde de la silla, arrugando las cejas.

"Saca tu chequera, o voy a publicar esta mierda en línea. Está todo listo. Sólo tengo que pulsar el botón".

"Yo haría una pausa en eso, si fuera tú. ¿Recuerdas que hablamos de cómo funciona el tiempo? Bueno, está bastante claro que no. Y tengo la prueba".

Abriendo el cajón, saqué la carpeta y la abrí. Las imágenes aparecieron allí, chillonas y brillantes sobre el papel. En la esquina inferior derecha de cada una sobresalían los números rojos, innegables.

Cada una de ellas era una fecha anterior a cuando Darcy y yo nos habíamos conocido. Antes incluso de saber que existíamos.

"A menos que tengas fotos *después* de estas citas, diría que puedo probar que eres un mentiroso en unos treinta segundos. ¿Algún comentario?"

Los dedos de Rupert volaron a través de las imágenes. Observé con satisfacción cómo su confianza empezaba a disminuir. Cada una tenía un sello. Cada una mostraba la mentira.

"Esto no prueba nada...", empezó.

"¿En serio? Bien, entonces muéstrame fotos tomadas después de la última fecha allí. Adelante. Te espero".

Estaba luchando. Luchando por encontrar algo.

"Esas no son las únicas. Tengo más. Ya te lo dije".

"De acuerdo. Entonces, preséntalas como prueba", dije, sonriendo e inclinándome hacia delante. Bajé la voz. "Oh, por si no lo sabes, así es como hablan los abogados. Abogados que *te van* a demandar".

Tenía gotas de sudor en la frente. Señal clásica. Estaba cocinado.

El silencio se interpuso entre nosotros. Podría esperar todo el día.

"Vete a la mierda, abogado. Crees que tienes todas las respuestas".

"No todas. Pero sí las suficientes. Lárgate de aquí".

Cogí el teléfono y llamé a seguridad. Estaban listos, sentados en la sala de conferencias cercana.

Rupert no opuso resistencia, pero intentó esparcir las fotos por el suelo mientras dos guardias entraban en mi despacho.

"¡Buena suerte con ella! ¡No vale la pena!"

Se había ido.

Sonriendo, volví a meter las fotos en su carpeta y las guardé en un cajón. Esperaba no tener que volver a verlas nunca más.

"Se ha ido", informó mi secretaria, con un deje de victoria en la voz. Estaba claro que ella tampoco quería volver a verle.

"Gracias, Sara", dije, sentándome en mi escritorio.

"Primera etapa completada", me confirmé a mí mismo.

Ahora, tenía que trabajar para recuperar a mi chica.

Sólo esperaba que funcionara igual de bien.

Capítulo Treinta y Uno

Jason

Apenas había dejado de sonar mi teléfono cuando lo cogí. Para mi alivio, era Suzanne. Sonaba molesta, pero ¿cuándo no había sonado así?

"Dime que tienes la dirección", le dije.

"Sí. La estoy enviando en este momento. Es difícil encontrar algo con sólo el nombre de 'Mary' para seguir, pero..."

"Eres la mejor, Suzanne. Tendrás una bonificación en la próxima paga, puedes contar con ello".

Colgué, demasiado emocionado para oír más.

Revisando mis mensajes de texto, allí estaba: la dirección del apartamento al que Darcy se había mudado después de dejar mi casa. Era cierto que lo único que le había podido dar a Suzanne era un nombre y una vaga descripción de Mary, la amiga de Darcy, y ella había hecho el resto.

Supongo que las redes sociales ayudaron. Eso, y la tenaz -casi obsesiva- necesidad de Suzanne de no fallar nunca.

Por eso sólo se contrata a los y las mejores, me recordé.

Con los dedos en vilo, envié un mensaje de texto:

"*Enviando dirección ahora. Nos vemos allí en quince minutos. Prepárate".*

Apenas unos segundos después apareció un emoji de pulgar hacia arriba.

Estábamos preparados.

Me subí al Audi e introduje la dirección en el GPS. Apareció la tranquilizadora marca roja. En diez minutos estaría allí.

"Perfecto", me dije, poniendo la radio a tocar power ballads. Era cursi, lo sabía, pero era el fondo perfecto para mis crecientes nervios. Y la emoción.

La Operación Lila estaba en marcha.



"No está aquí", dijo Mary, con voz rasposa y grave. Estaba de pie en la puerta del edificio de apartamentos como un portero, con una vibración de *"nadie pasará"* que salía de ella en oleadas.

"Eres su mejor amiga, ¿verdad?" Le pregunté.

"Por supuesto que sí", respondió antes de reírse para sí misma y modificar su respuesta. "Bueno, no soy exactamente heterosexual, pero... ya me entiendes. Tú eres el chico rico, ¿verdad? ¿El Sr.

Abogado Poderoso? El señor "no escuchemos todas las pruebas y vayamos directamente a juicio".

La vergüenza y la rabia pixelaron en mis entrañas.

Tal vez me merezca un poco de eso... mantén la calma.

"Uh, sí. Supongo que podría decirse así. Jason Sturbridge", dije, extendiendo mi mano. Ella la aceptó, dándome un apretón que calaba los huesos. Quería que supiera que nadie podía meterse con Darcy mientras ella estuviera cerca.

Mensaje recibido.

"Mary Carruthers. La mejor amiga de Darcy. ¿Por qué, si puedo preguntar, estás aquí?"

Nos miramos, evaluándonos mutuamente. Teníamos una cosa en común: nuestro amor por Darcy. Tenía que ver esto como la manera de entrar, no como una forma de mantenernos divididos.

Además, iba a necesitar la ayuda de Mary si quería llegar hasta Darcy. Decidí que mi mejor opción era tratar a Mary como un testigo hostil. Lo había hecho antes. Incontables veces.

Aunque ahora hay más en juego...

Sin embargo, las herramientas eran las mismas.

"Estoy aquí para hablar con Darcy. Bueno... Más que hablar. Quiero..."

Mis palabras se vieron interrumpidas por la llegada de una enorme furgoneta. Dentro, sabía que estaban los músicos que había contratado semanas atrás. Ahora listos para hacer su magia de nuevo. El problema era que no estaba Darcy.

Menos mal que tenía los bolsillos llenos. Estos tipos me cobraban por hora.

Los ojos de Mary miraron más allá de mí, fijándose en el grupo de chicos que salían de la furgoneta, vestidos de esmoquin. Les seguían los estuches de violonchelo y los atriles. El desconcierto la invadió. Y un poco de acero.

"¿Quieres recuperarla? ¿Con un cuarteto de cuerda? ¿Crees que con eso bastará?"

Me volví hacia los chicos que subían por el sendero, sus caras parecían un poco tensas. Me habían seguido prácticamente por todo Los Ángeles.

"Retírense, chicos. Al menos por un rato más. ¿Qué tal esto? Vayan a almorzar cerca, y les enviaré un mensaje con nuevas instrucciones, ¿de acuerdo?"

El líder del cuarteto puso cara de dolor. Añadí rápidamente: "Yo invito. Envíenme los recibos".

Eso calmó los ánimos y pronto volvieron a subir a la furgoneta y se alejaron. Volví a fijarme en Mary. Su sonrisa había aumentado aún más.

"Supongo que es increíble lo que pueden hacer los bolsillos llenos. Aun así, no estoy segura de que puedas comprar tu salida de esta, vaquero", dijo con sorna. Fui al grano.

"¿Dónde está? Por favor".

"Necesito saber que no volverás a hacer esto. Que la escucharás. Que la harás feliz. Ponla en primer lugar. Si siento que puedes hacer eso, te ayudaré".

Abandoné mi rutina de abogado, aunque no me estaba yendo muy bien. Reuní todos los sentimientos que tenía por Darcy. Lo que significaría recuperarla. Cómo mi vida estaría vacía sin ella.

"No puedo vivir sin ella. Ahora lo sé. La pondré a ella primero. Siempre. Ella me hace un hombre mejor".

Mary hizo una pausa y me miró a la cara. Pasaron los segundos y sentí que se me hundía el corazón. Aquella mujer tenía mi futuro en sus manos. Tenía que ayudarme. Tenía que hacerlo.

Finalmente, después de lo que pareció una década, habló. "De acuerdo. Te ayudaré. Veo lo feliz que podrías hacerla. Lo feliz que quiere ser cuando está contigo. No lo eches a perder. O tendrás que responder ante mí".

Podría haberla abrazado. Lo habría hecho, pero no parecía de las que abrazan. En lugar de eso, sonreí y respiré aliviado.

"*Te prometo* que me pasaré la vida haciéndola feliz. Gracias".

Mary asintió y sacó su teléfono. Sus dedos se posaron sobre el teclado, sin duda a punto de escribir un mensaje a Darcy. Se detuvo.

"Ah, y una cosa más: seré la madrina de tu bebé. Acéptalo".

Esta vez, me arriesgué al máximo y la abracé. Nos cogió a los dos por sorpresa. Se puso rígida cuando la rodeé con mis brazos. Al cabo de un momento, se rió y me devolvió el abrazo.

El bebé es mío. El bebé de Darcy también es mío.

"Eso depende. ¿Vas a enseñarle al chico las lecciones más importantes de la vida?"

Mary se rió, con un graznido.

"¿Te refieres a cómo evitar a los tíos malos, dónde conseguir el mejor cosmos y, en general, cómo ser la mejor en todo?"

"Eh... sí, algo así", respondí, riendo.

"Considéralo hecho", dijo, volviendo a su teléfono.

La siguiente fase de la misión estaba a punto de comenzar.

Capítulo Treinta y Dos

Darcy

"¿Dónde estás?"

Buscando a tientas mi teléfono, vi el mensaje de Mary. En el asiento del copiloto del destartalado coche de Mary, dejé el bolso y le contesté. Su coche era una ruina, pero funcionaba y me ahorraba el largo viaje en autobús que de otro modo tendría que hacer.

Le respondí:

"Viendo un lugar en Dwight. Luego al trabajo. Tengo el turno de tarde", añadí un emoji de asco para enfatizar.

Mi nuevo trabajo no era malo en sí, pero al ser la chica nueva, me tocaban los peores turnos. Las tardes estaban llenas de amas de casa agobiadas con sus hijos malhumorados, tíos solteros que iban más de crucero que de compras y adolescentes aleatorios que buscaban bebidas energéticas en las estanterías.

Sin embargo, trabajar por las tardes tenía sus ventajas. Podía asistir a clases en el colegio comunitario e intentar ponerme al día con las montañas de deberes que se me acumulaban a diario.

Además, a veces los turnos eran tranquilos y podía echar un vistazo a hurtadillas a mis libros de texto bajo el mostrador de la caja.

Intenta ver el lado positivo...

"Suena prometedor. ¿Cuándo?"

"En veinte minutos, supongo. ¿Quieres venir conmigo?"

"Sí, iré en Uber. Dame la dirección, por favor", escribió Mary.

Así lo hice, sintiéndome un poco mejor al tener un segundo par de ojos para mirar el lugar. Estaba en un barrio que no conocía bien y siempre me ponía nerviosa antes de mirar un sitio.

Quedarme en casa de Mary era algo por lo que estaría eternamente agradecida, pero no había forma de seguir allí. Mi barriga crecía cada vez más y necesitaba espacio para estudiar.

Además, las joyas que había vendido, combinadas con el dinero que estaba ganando ahora, significaban que un lugar propio podría ser posible. Aun así, no podía ir a *cualquier sitio*. Tenía que estar limpio. Y seguro.

Me lo debía a mí misma y al bebé.

Cada vez sentía más que éramos un equipo, el bebé y yo. Un equipo pequeño y algo asustado, pero un equipo al fin y al cabo. Lo resolveríamos todo.

De alguna manera.

Tenía tiempo para matar. Decidí pasear por el barrio, orientarme. Ver si este era un lugar en el que me gustaría vivir.

Las calles no eran elegantes, pero estaban limpias. Vivían familias, muchos niños pequeños. Madres en las escaleras o en las pequeñas zonas de césped, disfrutando del sol.

La gente de aquí era real. Mi tipo de gente. Gente con trabajos y preocupaciones y pequeñas alegrías propias.

Gente que no podría comprarse un bar por capricho o escapar de lo duro de esta vida en un crucero o con un reloj nuevo o...

Gente como Jason.

Cómo me dolía pensar en él. Cómo quería que se acercara a mí. Que me preguntara mi versión de la historia. Pero no lo había hecho. Mi teléfono había permanecido en silencio y, aunque había deseado hacerlo yo misma, los últimos resquicios de mi dignidad no me lo permitieron.

Estaba empezando una nueva vida. Si estaba destinado a estar en ella, el camino se aclararía. Mientras tanto, me debía a mí misma y al bebé un nuevo comienzo.

Tal vez este barrio podría ser ese lugar. Se sentía bien aquí. No era lujoso, pero era seguro. Limpio. Rodeado de gente a la que entendía y que, esperaba con tiempo y esfuerzo, llegaría a entenderme.

Ya casi había dado la vuelta a la manzana. Por el rabillo del ojo, vi una furgoneta -uno de esos modelos grandes para pasajeros- entrar en el camino de entrada detrás del edificio de apartamentos que iba a visitar.

Por alguna razón me llamó la atención. Por alguna razón, parecía fuera de lugar. Pero no podía entender por qué.

No es nada. No vives aquí. Todavía. No tiene nada que ver contigo.

Un momento después, un todoterreno verde se detuvo, con la insignia de Uber resplandeciente en el parabrisas. Mary salió con unos leggings y un jersey enorme. Me sonrió.

"¡Wow! ¡Es realmente bonito por aquí! ¿Cómo encontraste este sitio?"

"Uno de mis nuevos compañeros de trabajo me lo dijo. Este barrio ha sido un poco ignorado durante años. Secreto a voces".

Miró a su alrededor, asintiendo con la cabeza. Realmente era un gran lugar.

Encogiéndose de hombros, se volvió hacia mí.

"¿Lista para entrar?"

"Eh... claro. El administrador de la propiedad no pudo venir, pero me dio el código para entrar. Supongo que son bastante dignos de confianza por aquí..."

"Supongo que sí", respondió Mary.

Parecía nerviosa, a diferencia de su habitual actitud relajada.

"¿Estás bien?" Pregunté.

Por un momento, sus ojos parecieron asustados.

"¿Qué? ¿Yo? ¡Sí! Demasiada cafeína por hoy, supongo. ¡Venga! Entremos".

Así lo hicimos y yo introduje un código de un texto en mi teléfono.

"Me dijeron que cambian los códigos a diario, así que no es como si pudiera salirme con la mía. Además, hay cámaras *por todas partes*".

Era cierto. Los ojos de cristal colgaban de la puerta principal y del interior del pequeño pero limpio vestíbulo.

De algún modo, me tranquilizó.

Tenía buenas vibraciones sobre el lugar.

"¿A dónde vamos?" Preguntó Mary, dirigiéndose al pasillo.

"Segundo piso. Unidad B-2".

Subimos las escaleras, que tenían pequeñas ventanas con vistas a un pequeño patio comunitario. Fuera florecía un limonero. Algunos niños pequeños estaban sentados en la hierba y sus madres correteaban cerca.

Otra buena señal...

El apartamento estaba al fondo del pasillo, en la segunda planta. El anuncio prometía vistas hacia el sur y mucha luz. Eso esperaba. Mi antiguo piso -y, desde luego, el cochambroso salón de casa de Mary- no ofrecía tales lujos.

De la puerta colgaba una caja de seguridad. Extrañamente, estaba vacía. No había ninguna llave dentro, como había prometido el encargado.

"Uh oh. La llave no está aquí... ¿qué demonios?"

Mary se puso delante de mí. "Oh, puede que sólo sea un error. Pero no te preocupes. La puerta está abierta. Todavía podemos entrar".

Parecía aún más nerviosa, la energía se desprendía de ella en oleadas.

"Mary... estás segura..."

Nunca llegué a terminar la pregunta.

La puerta daba a un salón lleno de luz y sonido. La luz amarilla y suave de la tarde entraba a raudales por las enormes ventanas del espacio vacío.

Bueno. Apenas vacío.

Lleno de cuatro tipos sentados en taburetes. Sus instrumentos emitían una suave música clásica y sus cabezas estaban inclinadas, profundamente concentradas.

En el centro de todo, había un hombre. Llevaba unos sencillos vaqueros azules y una camisa blanca de lino. Al principio, no le reconocí y, cuando por fin lo hice, se me paró el corazón.

Y ahora sabía por qué Mary había estado tan inquieta.

Ella lo sabía. Ella había ayudado a organizar esto.

Un hervidero de sentimientos bullía en mi interior.

Sorpresa. Júbilo. Enfado. Resentimiento. Liberación.

Esperanza.

"¡Jason! Yo... ¿Qué estás haciendo aquí?"

Su rostro apuesto y anguloso mostraba una expresión que nunca había visto antes. Sí, eran los mismos ojos castaños profundos, el mismo pelo oscuro ondulado, la mandíbula prominente.

Pero faltaba algo. La confianza. La fanfarronería. La cortina que había colgado entre nosotros.

Aquí estaba el Jason vulnerable. El Jason abierto.

"Darcy, debo pedirte disculpas. Nunca debí tomar la palabra de Rupert por sobre la tuya. Ahora lo sé. Nunca volveré a dudar de ti. Has entrado en mi vida e iluminado cada rincón oscuro, has hecho que este frío corazón sienta cosas que nunca pensé que podría volver a sentir".

Se le quebró la voz. Tragó saliva varias veces, sus ojos contenían las lágrimas.

Quería desahogarme, airear todas las frustraciones que me había hecho sentir, todo el dolor, la desesperación. Pero tampoco quería otra cosa que caer en sus brazos, sentir su cuerpo envolver el mío, sentir sus labios en mi boca, dejar que mi corazón desbordante gritara su nombre de alegría.

"Jason. Me hiciste mucho daño. Pero te he echado *tanto, tanto* de menos".

Esas fueron las únicas palabras que pude reunir. De alguna manera, fueron suficientes.

"Yo también. Y no quiero volver a estar lejos de ti".

Jason bajó la mirada y se metió la mano en el bolsillo del pantalón. Los músicos, al llegar a un puente de la pieza cuyas notas se elevaron e infundieron a la sala vacía en una efervescencia de sonido, proporcionaron el subrayado perfecto.

Sostenía una caja. Una pequeña caja de terciopelo.

"Darcy. Eres la mujer más increíble que he conocido, y quiero pasar el resto de mi vida haciéndote sentir especial. ¿Me harías el honor de ser mi esposa?"

Era apropiado que estuviéramos en Los Ángeles, donde se hicieron la magia y las películas.

Ese día fue mi magia. La música, la luz, el guapo protagonista frente a mí. La mejor amiga sonriente, radiante y llorosa.

Volé a sus brazos.

"¡Sí! Jason. Dios mío, sí".

Nos besamos. La celebración y la felicidad pura nos invadieron a los dos, una alegría indescriptible.

Desde el momento en que llegué a este lugar, tuve un buen presentimiento.

Sólo que no sabía hasta qué punto.

Pero todo no había hecho más que empezar.

Capítulo Treinta y Tres

Darcy

"Tomaré otro", dije, levantando mi vaso alto y vacío. El hielo hacía tiempo que se había derretido y los restos de fruta pulposa cubrían el fondo.

"Todavía virgen, ¿verdad?" Preguntó la camarera.

"¿Quién, ella? ¡No! ¿Has visto su tamaño?" Bromeó Mary, riéndose a carcajadas.

La camarera se sonrojó, claramente incapaz de soportar el descarado humor de mi mejor amiga. Reprimiendo una carcajada, me volví hacia la pobre chica.

"No le hagas caso. Sí, por favor. Otra sangría *virgen*. Gracias", dije, lanzando dagas a la cara aún risueña de Mary.

La camarera se retiró agradecida de nuestra mesa y yo solté la carcajada que había estado conteniendo.

"¡Tu broma fue un poco exagerada*!*" Dije, golpeando su hombro. "¡Esa pobre chica sólo está haciendo su trabajo!"

Mary hizo un *Pfft* con los labios.

"Oh, *por favor*. ¿Acaso la chica es ciega? Mírate, ¡eres tan grande como una casa!"

Cualquier otra persona que me llamara así recibiría una rápida patada en la espinilla, pero Mary era la excepción. Además, no se equivocaba. Era enorme. Tenía la barriga redonda y llena bajo el maxivestido verde. Sabía que tenía los pies pegados al cuerpo, pero hacía semanas que no me los veía.

Pero la verdad es que no me importaba. Me sentía hermosa. Como si brillara desde dentro. Mi piel era suave, mi pelo largo y rizado, y me sentía... radiante.

Ayudó que Jason me lo dijera cada vez que podía. Me sentí adorada.

Porque lo era.

"No puedo creer que sólo falten unas semanas", dije, con las manos frotándome el suave tejido del vientre. En el fondo, el bebé bailaba y se contoneaba, feliz por la atención. Aunque habíamos decidido no averiguar el sexo, estaba segura de una cosa: sería un bebé feliz.

Tenía que serlo, dado lo dichosa que era mi vida en ese momento...

"Están listos, ¿verdad?" Preguntó Mary, llevándose a la boca unas coles de Bruselas carbonizadas. El lugar estaba a reventar para ser un jueves por la noche, y me pregunté cuántas noches más tendría así en mi futuro inmediato. Cuando llegara el bebé, sería mucho más hogareña...

"Lo más preparados que podríamos estar", dije, pensando con alegría en la habitación infantil que acabábamos de terminar. Situada cerca de la habitación donde me había quedado por primera vez, pero más cerca del dormitorio principal que ahora compartíamos Jason y yo. La habitación estaba pintada en suaves grises y amarillos, con una magnífica cuna cerca de la ventana. Unos alegres elefantes de peluche y unas calcomanías de nubes complementaban el conjunto. El armario estaba lleno de conjuntitos esperando a su nueva dueña.

"¿Cómo se siente Jason con todo esto?"

"Está extasiado. Ha ido a más clases de cómo ser papá que yo. Le pillo viendo vídeos y tutoriales de YouTube. Lyra se ha unido a él. Está igual de emocionada".

Mary sonrió. "Me alegro. Esa niña es estupenda. Ya sabes lo poco que me gustan los niños, pero Lyra es especial. Me alegro de que tú y ella tengan un vínculo tan estrecho".

Volví a sonreír. Era verdad. Lyra y yo habíamos reavivado nuestra relación después de que Jason y yo nos hubiéramos reencontrado. Nunca olvidaré el fuerte abrazo que me había dado cuando volví a casa.

"Me preocupaba no poder devolverte tus libros", dijo tímidamente, enjugándose una lágrima.

Asentí y le devolví el abrazo. Era demasiado adolescente para admitirlo, pero pude leer su subtexto. Lo que quería decir era: *Me alegro de que hayas vuelto.*

El sentimiento era mutuo. Me hacía mucha ilusión ver cómo iba a crecer y florecer como tía de nuestro bebé.

"¿Qué hay de ti? ¿Qué tal el nuevo alojamiento?" Pregunté, dando las gracias a la camarera que me entregó la bebida lo más rápido y discretamente que pudo para evitar otro comentario de Mary.

"Increíble. Me encanta. ¿Quién diría que vivir por tu cuenta podría ser tan... liberador? Me encanta andar por ahí sin llevar nada puesto".

Me quedé mirando a mi mejor amiga extrañada. "Espera. ¿No habías hecho eso antes? ¿Incluso cuando tenías compañeras de piso?"

Mary se encogió de hombros. "Bueno, sí. Pero ahora es mucho más fácil. Menos competencia".

Sonriendo, di un sorbo a mi bebida. Me alegraba ver a Mary tan contenta. Aunque siempre había sido una persona muy nerviosa, parecía un poco más relajada ahora que tenía su propio piso.

Era el mismo apartamento que había visto el día que Jason volvió a mi vida. Jason, para agradecer a Mary que le hubiera ayudado a recuperarme, había pagado un año de alquiler en ese mismo momento.

Mary se había mudado poco después, con mi entusiasta ayuda y la de Jason, y desde entonces había estado prosperando. Me imaginaba lo bien que se lo pasaba Mary ahora que no tenía que competir con sus compañeras de piso y todas sus parejas.

"Me alegro de que te guste".

"¿Que me guste? Me encanta. Y es aún mejor porque es gratis".

Volvimos a reír. El bebé bailó junto con mi risa, ya formando parte de las cosas, uniéndose a ellas.

"Me alegro de que seas feliz allí", dije, acercando el tenedor para pinchar un poco del aperitivo de Mary. Ella me acercó el plato. Después de todo, estaba comiendo por dos.

"Por cierto, ¿escuchaste que archivaron el caso contra Rupert? Jason hizo que sus amigos lo aceleraran. Rupert va a ser enterrado. Difamación, imposición intencional de angustia emocional. Invasión de la privacidad. Toda la gama. Incluso si se escabulle de los cargos - que Jason me dice que no lo hará - sólo los honorarios legales lo atraparán".

"Eres más amable que yo. Yo le habría ahorrado los pleitos y le habría dado con un bate de béisbol. Directo a las rodillas", replicó Mary. Parecía medio en serio, medio no.

"Tal vez. Pero se lo merece. Cuando pienso en cómo casi logra acabar con Jason y conmigo para siempre..."

"Exactamente. Considera mi punto anterior sobre el bate en las rodillas. Tal vez incluso en otros lugares. Ese gilipollas. ¿Y qué pasa con su mujer?"

Sonreí con regocijo. Por lo general, no me gustaba ver cómo castigaban a otra persona, pero Rupert era la excepción. Era una pieza desagradable cuando lo conocí. Jugó conmigo. Jugó con su esposa, y trató de jugar con Jason. No había lugar para la compasión.

"Jason tiene su ojo en ese caso, también. Tiene amigos en todos los tribunales. El abogado de la esposa es un verdadero tiburón. Conocido por conseguir lo que quiere. Los pagos de la pensión alimenticia lo paralizarán".

Mary asintió, estirando los labios para dar énfasis. Luego se metió en la boca unos champiñones fritos y masticó despacio.

"Bien. Me alegro. ¿Lo ves? Las cosas se están moviendo en la dirección correcta. Y Jason tiene que estar contento con lo que pasó con su caso, ¿no?"

Exhalé con fuerza. "¡Uf! Sí. Después de todo eso, se movió muy rápido. Se retiraron los cargos de intimidación, y sus acusadores podrían incluso enfrentarse a sus propios cargos. Además, ganó el caso. Así que ganó todo. Está extasiado".

Las imágenes del rostro relajado y eufórico de Jason el día que llegó a casa con la noticia llenaron mi mente. Ese día se había quitado un gran peso de encima. De lo que no me había dado cuenta es de cuánto lo había estado cargando yo también.

Aunque el caso me había metido más en la vida de Jason -aunque como su falsa novia-, la presión para que funcionara me había pasado factura.

Ahora que el amor y el afecto entre nosotros era real, todo se sentía tan gratificante. La retirada de los cargos no hizo más que aumentar la dulzura.

Mary hizo una señal a la camarera para que le sirviera otra bebida: un cóctel de lujo con muchos ingredientes y una sombrilla de lujo. Luego volvió a centrar su atención en mí.

"Parece que todo te va bien. Me alegro mucho".

"Yo también".

Por primera vez, quizá en mi vida, no sentí la necesidad de matizar esta respuesta, ni de excusarme, ni de tocar madera, ni de decirme a mí misma que era demasiado codiciosa para simplemente disfrutar del momento. Había pasado por un infierno. Todos lo habíamos pasado en los últimos meses y ahora nos habíamos ganado un poco de verdadera felicidad.

¿Por qué querría excusarlo? ¿O desear que desaparezca?

"Te lo mereces", dijo Mary, con una suavidad inusual en su voz.

"Claro. Y las clases también van bien. Tendré mi certificado el año que viene".

Mary arqueó una ceja. "Realmente vas a por ello, ¿eh? ¿Aunque podrías ser una mujer mantenida y criar hermosos bebés todo el día?"

"Bueno, sí. *Podría* hacerlo. Y creo que me va a encantar ser madre. Pero quiero hacer más que eso. Realmente quiero salir ahí fuera. Marcar la diferencia para muchos niños".

Mary abrió la boca para decir algo. No estaba segura de si iba a ser cariñoso o sarcástico -con Mary a veces era difícil saberlo-, pero las palabras se perdieron, interrumpidas por el regreso de la camarera que trajo la bebida fresca de Mary y se llevó la vieja.

Mary bebió un sorbo, cerrando los ojos para disfrutarlo más.

"Vas a ser grande, Miss Maestra del Año. O... espera. ¿Vas a ser la Sra. Sturbridge? ¿Lo has decidido?"

"Aún no estoy segura. Con todo lo que está pasando con la planificación de la boda, no he pensado tan lejos".

Un día a la vez...

"Uf. Desde luego tienes la agenda llena. A ver si lo entiendo: primero el bebé, luego la graduación, luego la boda, ¿verdad? ¿Algún otro evento de la vida que me esté perdiendo?"

Asentí, riendo.

"¡Ahora mismo no! Creo que es suficiente para cualquiera en este momento, ¿no crees?"

La cabeza de Mary hizo un gesto enfático.

"¡Sí!"

"Pero... eh... hay un dato importante en el que tengo que trabajar. ¿Quizás puedas ayudarme?" Pregunté, con la emoción bullendo en mi interior. Llevaba semanas pensando cómo iba a abordar este tema y ahora, aquí estaba, apareciendo ante mí. Tenía que aprovechar el momento.

"Cualquier cosa. Ya lo sabes", respondió Mary. Le brillaban los ojos, sin duda por la emoción y el alcohol. Mi corazón se hinchó de amor por mi preciosa y generosa amiga.

"Voy a necesitar una dama de honor. Ya sabes, alguien que me ayude el día del evento, me ponga el vestido, interfiera con los parientes molestos..."

"¿Te apetece una despedida de soltera llena de desenfreno y hedonismo?"

Sonreí satisfecha.

"Sí. Algo así".

"Apúntame. Pensé que nunca me lo ibas a pedir".

Mary me agarró las manos por encima de la mesa. Puede que fuera grosera. Puede que fuera descarada. Pero no había nadie más que prefiriera tener a mi lado.

"Gracias. Soy tan afortunada. El bebé y yo somos tan afortunados".

Por una vez, la bravuconería de Mary se desvaneció y los ojos se le llenaron de lágrimas, brillantes y puras.

"No. Yo soy la afortunada. Y ese bebé tiene suerte de tener una madre como tú. Vas a ser increíble, Darcy. No tengo ninguna duda al respecto".

Ahora yo también estaba llorando.

De la mejor manera.

Me habían dado tantos regalos. La amistad de Mary. La oportunidad de sacar a Lyra de su caparazón. Un nuevo bebé, una nueva vida que moldear.

Y Jason. El amor de mi vida. Nuestra boda fue sólo el siguiente paso en lo que estaba segura iba a ser toda una vida de risas y amor.

No olvides el centro de todo esto, me dijo una voz en lo más profundo de mi ser.

Apreté con fuerza las manos de Mary.

Era verdad. Yo lo había hecho. Yo lo había hecho posible. Era lo suficientemente buena e inteligente, y había superado los tiempos difíciles.

Me había mantenido fiel a mí misma y había encontrado el amor por el camino.

Tenía ante mí un nuevo comienzo y tenía la intención de disfrutar cada segundo.
Todo empezaba en este momento.

Leer más...

Si desea obtener el libro de Anna ahora mismo, puedehacerlo en la tienda de Amazon. El siguiente libro se titula **“**No me mienta Sr. Carter: Enamorada del jefe**”**.



Este es el resumen:

Un inesperado ascenso a primera clase y el emocionante check-in en el Mile High Club con el rico y sexy Isaac. Desafortunadamente, esto fue seguido por un terrible aterrizaje forzoso de emociones. Pero así no es como comienza mi historia...

Mi corazón lleva las cicatrices de un pasado doloroso. Mi confianza en los hombres quedó destrozada por una ruptura devastadora. Por desgracia, no sólo emocionalmente, porque mi ex también me arruinó económicamente.

De camino a una conferencia, conozco a Isaac Carter. Su atractivo es de otro planeta y comenzamos nuestra aventura juntos, literalmente en las nubes.

Sólo más tarde descubro que Isaac se aprovechó de mi fracaso financiero y compró mi empresa. Razón suficiente para darle la espalda, pero el playboy no me lo pone tan fácil. Isaac me hace una oferta de trabajo que no puedo rechazar.

Ahora es mi jefe y, aunque me resista a mis propios deseos, también quiero que sea mi amante.

Una novela romántica llena de altibajos, con emoción, humor y, por supuesto, una gran pizca de hormigueante pasión. Autoconclusiva y con un final feliz garantizado.
https://www.amazon.es/dp/B0CW1HM1LJ

Capítulo Uno

Holly

"¿Quécoño ha sido eso?" Pregunté perpleja a mi amiga Johanna mientras dábamosotro paso hacia el mostrador de facturación del aeropuerto.

Habíamosestado hablando de nuestros desastrosos ex novios cuando una anciana irrumpióen nuestra conversación sobre salir con los tipos equivocados y procedió asermonearme.

"Pareceque necesitas echar un poco el freno en lo que se refiere al amor, Holly",repitió Johanna lo que había dicho la anciana en tono burlón. "Se trata desaber cuándo apostar y cuándo retirarse. Créeme, lo sé".

Mereí, y ella volvió a su voz habitual. "No lo entiendo. ¿Nos había estadoespiando?" Preguntó.

Sonreí,divertida. "Me alegro de que no nos apuñalara. Supongo que hay cosaspeores que hacer mientras esperas en el aeropuerto que psicoanalizar adesconocidos", me encogí de hombros: "Probablemente se siente sola yquería hablar".

"Osólo quería chismorrear", ofreció Johanna. "De cualquier manera, ¿quéestabas diciendo?"

"Prefierono hablar de mi desastrosa vida amorosa y arruinar nuestro viaje, eso estodo".

Johanname dio un apretón tranquilizador en el hombro. "Jodido Cyrus", gruñó."¿Cómo pudo hacerte esto? ¡Nos lastimó a las dos!"

"Lascosas están jodidas, pero van a mejorar", dije con convicción. Si lo creíalo suficiente, podría hacerse realidad, ¿no?

Johannasoltó una débil carcajada, claramente agradecida por mi intento de levantar elánimo. Luego me dedicó una sonrisa maliciosa. "Quién sabe, ¡quizáencuentres al chico perfecto en Las Vegas!"

Mereí entre dientes, la idea parecía descabellada aunque divertida. Conseguíacubrir el dolor de mi reciente ruptura. No estaba preparada para una relación,no después del lío del que acababa de escapar. "Jaja, no, querida. Nonecesito añadir un gilipollas más a mi colección de ex novios terribles. Talvez podamos hacer miles de millones de dólares con una película sobre mis exnovios".

Johannase rió. "Podría funcionar si fueran más de tres, como Ramona de ScottPilgrim".

"Quizápodamos combinarlos..." Johanna hizo una pausa, sus ojos se centraron enalgún lugar detrás de nosotras. "Oh Dios, mira a esa pobre mujer. Estáluchando con toda esa energía de su niño pequeño".

Detrásde nosotras, una joven embarazada se esforzaba por controlar a su hijo pequeñoy avanzar en la fila. Sin pensármelo dos veces, me salí de la fila paraacercarme a ella.

"Eh,hola, ¿quieres ir delante en mi sitio? Parece que te vendría bien undescanso".

Losojos de la mujer se abrieron de par en par, sorprendidos, y el cansancio de sumirada fue sustituido por la gratitud. "¿De verdad? Sería increíble.Gracias".

Intentócoger la mano del niño, pero éste parecía canalizar toda la energía del mundo.

"Tambiénpuedo coger al pequeño un rato mientras te organizas, si quieres", leofrecí.

"¡Oh,bendita seas! Eso sería increíble. Este pequeñín tiene más energía que unamanada de conejitos".

Mereí entre dientes y me agaché para coger en brazos al risueño niño. "Estábien, me sobra energía. ¿Cómo te llamas, amiguito?"

"Rory",dijo alegremente, sólo que sonaba como 'Loly'. Me hizo sonreír: no habíapronunciado mi R hasta bien entrado el tercer curso. Le quedaba tiempo pordelante.

"Muchasgracias", respondió su madre con una sonrisa de alivio. "Por cierto,soy Linda. Eres un ángel por ayudar".

"Nohay ningún problema, Linda. Soy Holly, y ella es Johanna. Y oye, si necesitasalgún tentempié o distracción para el hombrecito, tengo algunos trucos bajo lamanga".

Estuvimoscharlando mientras Rory comía unas galletas que llevaba en el bolso. Mientrasla cola avanzaba lentamente, Johanna y yo charlábamos con el niño, haciéndolemuecas e imitando su adorable balbuceo.

Cuandopor fin le llegó el turno a Linda, me miró con auténtica gratitud en los ojos."Nos has hecho el día mucho más fácil. No sé cómo agradecértelo".

Leguiñé un ojo, devolviéndole a Rory. "No es nada, en serio, que tengan unbuen vuelo, los dos".

CuandoLinda se adelantó hacia el mostrador, había un nuevo resorte en su paso.Johanna se volvió hacia mí.

"Eresuna chica muy considerada", dijo.

Neguécon la cabeza: "No puedo creer que nadie la dejara seguir adelante".

"Losé, ¿verdad?" Jo parecía consternada. "Pero a pesar de lo mono queera ese pequeño, nunca voy a querer tener hijos".

Mereí entre dientes. "Cada una a lo suyo. Algún día tendré el mío. Puede quesea a los cincuenta, pero tendré uno", me reí. Me encantaban los niños.Quizá algún día tendría los míos. "Vamos, es nuestro turno. Podemosestresarnos por todo lo demás el lunes".

Llegamosal mostrador de facturación y la azafata me miró a mí y luego a su pantalla,con una sonrisa dibujándose en su rostro. "Señorita Stephens, tengo buenasnoticias para usted. Hemos tenido un cambio de última hora y ha sido ascendidaa primera clase".

Mequedé boquiabierta y me volví hacia Johanna con los ojos muy abiertos."¿Acaba de decir primera clase?"

Johannasonrió. "¡Las cosas ya están mejorando!"

"¿Ytú?" Pregunté, "No quiero dejarte..."

"Estarébien", insistió Johanna. "Adelante, nos vemos en la terminal de LasVegas".

"¿Segura?"

"Claroque sí, sabes que tú me dirías lo mismo".

Eracierto, nunca le habría robado una oportunidad así, así que, con una sonrisa,acepté la mejora. Talvez, sólo tal vez, este viaje a Las Vegas sería el nuevo comienzo quenecesitaba.

Isaac

Meacomodé en mi lujoso asiento de primera clase, tratando de ignorar el enfadoque latía bajo mi tranquila apariencia. Mis dedos bailaban sobre la pantalladel móvil mientras enviaba un mensaje a mi amigo Nathan Darby para expresar mifrustración.

Isaac: No vas a creer esto, hombre.
Isaac: He sido obligado a volar en un vuelo comercial.
Isaac: Odio tener que compartir espacio con esta gente.
Nathan: ¿En serio? ¿Qué le ha pasado a tu jet?
Isaac: Le están dando mantenimiento de emergencia.
Isaac: Lo juro, el universo conspira en mi contra hoy.
Nathan: Eso apesta tío.
Nathan: Supongo que al menos estás en primera clase, ¿verdad?
Isaac: Sí. Naturalmente. Pero sigo odiándolo.

Isaac: No puedo esperar para volver a los cielos en mis propios términos.
Nathan: Aguanta, tío. Sólo son unas horas. Sobrevivirás.
Nathan: ¡Y luego nos vamos de fiesta a Las Vegas!
Isaac: Sobrevivir no es el problema. Es tratar con toda esta... gente.
Lasazafatas se movían de un lado a otro sin que sus amables sonrisas consiguierandisipar mi irritación. Miré por la ventanilla, añorando ya la soledad y el lujode mi jet privado.

Nathan: ¿Le diste de propina a laazafata cinco Benjamines otra vez?
Isaac: ¿Cómo te atreves?
Isaac: Sólo dos esta vez
Nathan: No entiendo por qué haces esto
Isaac: Porque no es su culpa que no me guste volar en un vuelo comercial
Nathan: bien cierto, puedes ser un idiota cuando vuelas en un avión comercial
Isaac: Vete a la mierda
Isaac: Pero sí estoy seguro de que hay gente aquí que hace de su malestar su problema
Nathan: Qué santo eres
Isaac: Simplemente no quiero ser mi padre
Mipadre siempre fue terrible con la gente "por debajo de él" y siemprenos había incomodado a mí y a mi hermano. Nuestra hermana continuó la tradicióny yo estaba decidido a hacer que la gente del servicio de atención al clientese sintiera apreciada, un par de billetes de cien dólares en un sobre cerradocada vez.
Mientrasesperaba la respuesta de Nathan, una figura se acercó al asiento de al lado ytuve que hacer una doble toma. Era una mujer llamativa, con el pelo oscuro comola tinta cayendo en ondas sueltas sobre sus hombros. Su nombre era Holly, segúnsu tarjeta de embarque.
Miteléfono emitió un pitido y le eché un vistazo.
Nathan: Jaja, lo siento.
Nathan: Intenta disfrutar de los aperitivos.
Miréel texto con desconfianza. ¿Habían contratado a esta mujer para que se sentaraa mi lado y así poder soportar el vuelo? Ni siquiera Nathan Darby podríahaberlo hecho tan rápido.
Hollyme sonrió amablemente mientras guardaba su equipaje de mano en el compartimentosuperior.
"Hola",saludó con voz suave, sus ojos se encontraron brevemente con los míos.

Asentícon la cabeza, por un momento totalmente sorprendido por lo hermosa que era. Noera frecuente que alguien me llamara tanto la atención.

Meaclaré la garganta. "Hola".

Seacomodó en su asiento, se abrochó el cinturón y yo volví rápidamente a miteléfono. Tenía que preguntar.

Isaac: ¿Me enviaste una linda chica como vecina de asiento?

Nathan: ¿Qué?

Isaac: Un bombón absoluto se ha sentado a mi lado.

Isaac: Sólo supuse que habías sido tú quien me hizo el favor.

Nathan: Lamentablemente, eso habría requerido más planificación.

Nathan: Pero permíteme reformular mi consejo anterior: Disfruta del aperitivo.

Miréa Holly. Ella también estaba en su teléfono enviando mensajes de texto, aunqueambos tendríamos que apagarlos pronto. De repente, sin embargo, no me importabatanto. La perspectiva de este vuelo se había vuelto mucho más interesante.

Capítulo Dos

Holly

Meinstalé en la cabina de primera clase y se me aceleró el corazón. En primerlugar, ¿el tipo sentado a mi lado? Parecía un modelo de televisión. Ni siquierasabía que hubiera hombres así en la vida real. ¿Qué clase de portada de revistase había escapado para venir a sentarse a mi lado en el avión?

Ensegundo lugar, seguía sintiéndome culpable por aceptar la mejora y dejar a miamiga sola. Antes de tener que apagar el teléfono, le escribí rápidamente unmensaje de texto.

Holly: ¿Estás segura de esto, Jo?

Holly:No quiero dejarte sola en clase turista.

Aunque Johanna prácticamente me había ordenado que aceptara el ascenso, me sentía malpor haberla dejado. Y aquí estaba yo, entre los pocos privilegiados,sintiéndome como un pez fuera del agua.

Elfamiliar ping indicó su respuesta, y leí su mensaje con una sonrisa dibujada enlos labios.

Johanna: Cállate.

Johanna: Te lo mereces.

Johanna: ¡Ahora, disfruta del lujo por las dos!

Suspiré, con el corazón reconfortado por su generosidad. Quizá había llegado el momentode relajar el ambiente.

Holly: Por cierto, estoy sentada al lado de un sueño absoluto.

Johanna: ¡Cuéntamelo todo!

Johanna: ¡Envía fotos!

Holly: ¡No voy a hacer fotos a un desconocido para satisfacer tu curiosidad!

Johanna: ¡Hazlo!

Aunqueme había sorprendido la diferencia entre primera clase y clase turista -elespacio extra, la elegante decoración-, no era nada comparado con loimpresionada que estaba por mi vecino de asiento. Una sensación de vértigonervioso me invadió mientras me resistía a mirarle fijamente durante demasiadotiempo. ¿Realmente me habían sentado al lado de este caramelo para la vista?

Suslargas piernas indicaban que era alto, y tenía el pelo oscuro despeinado y unamandíbula cincelada que podría haber adornado cualquier alfombra roja. Por loque pude ver, su ropa era entallada, ya que parecía seguir las líneas de sufigura.

Cuandome acerqué, estaba ocupado con su teléfono, pero cuando se giró para mirarme,juraría que hizo una doble toma. Eso me hizo sentirme bien conmigo misma y conmi atuendo.

Dijehola y él me devolvió el saludo. Mi corazón dio un vuelco al sentir lasvibraciones de su profunda voz resonando a través del reposabrazos que nosseparaba. Intenté reprimir la inesperada oleada de deseo que me invadió. ¿Quéme pasaba? Nunca me había sentido tan afectada por un desconocido.

Respiréhondo y me recordé a mí misma que era una sofisticada pasajera de primeraclase, no una adolescente. Dejé que mi cuerpo se hundiera en el materialcelestial de los asientos de primera clase antes de volver a mirar al hombre.Me entraron unas ganas tremendas de hablar con él, pero ¿decirle qué?

Dios sabe que no tengo nada encomún con Mr. Country Club...

"Bonitodía para volar, ¿verdad?" Solté.

Sevolvió hacia mí, con una sonrisa amistosa en las comisuras de los ojos."No fue así hasta hace un rato. Pero ahora tengo buena compañía".

Sentíun calor que me subía por las mejillas. ¿Estaba flirteando conmigo o era unailusión?

"¿Maldía, entonces?" Lo intenté, esperando no sonar tan molesta como lo habíasido la señora de la fila de facturación.

"No...Normalmente no me gusta volar en vuelos comerciales. Honestamente, preferiríahaber usado mi jet, pero...."

¿Su jet...?

¿Acabade decir su jet? Estaba segura de que se me habían salido los ojos de lasorpresa. Yo ni siquiera podía permitirme un coche, pero este tipo tenía supropio maldito jet.

"¿Pero?"Insistí para que la conversación continuara sin que me quedara mirando como unalunática. Intenté que la palabra sonara coqueta. Quizá picara.

"Peronormalmente, no tengo una compañía tan deliciosa".

Oh. Oh wow.

Sentíque todo mi cuerpo se ruborizaba.

Cuandosonó el anuncio del cinturón de seguridad, la acogedora voz del piloto llenó lacabina y se presentó. A continuación, sonó el mensaje de seguridad pregrabadomientras describían los procedimientos de emergencia. Cuando el avión despegó,mi estómago hizo su consabida caída,

seguida de una sensación de subida en lagarganta. Unos instantes después, todo se calmó y surcamos el cielo rodeados deespesas nubes blancas.

"SoyIsaac", me ofreció la mano y la cogí con delicadeza.

"Holly".

"Entonces,¿qué te lleva a Las Vegas, Holly?"

"Sólopasaré un fin de semana divertido con una amiga", le dije.

"Afortunadaamiga".

Sonreí."Eres demasiado amable. ¿Y tú?"

"Sólocelebraré un acuerdo comercial", dijo orgulloso.

Porun momento sentí que me dolían las tripas de anhelo. Él se iba de viaje a LasVegas para celebrar un acuerdo comercial mientras yo me iba a olvidar de quehabía perdido mi empresa.

Porsuerte, la azafata se acercó y me salvó de mi espiral de mal humor.

"¿Puedoofrecerle algo de beber? ¿Señor?" Preguntó a Isaac, y luego se volvióhacia mí: "¿Y para usted, señorita?"

Notenía ni idea de qué decir. ¿Estaba incluido en el precio? Y si no lo estaba,¿cómo iba a pagarlo? Llevaba mi tarjeta de débito en el equipaje de mano y laaplicación de monedero de mi teléfono necesitaría Internet para conectarse.Antes de que pudiera preguntar, Isaac respondió.

"Megustaría una copa de champán", luego me miró. "Y una para la señoritatambién".

Parpadeéy me quedé mirándole medio segundo, dándome cuenta de que acababa de pedir pormí, pero lo ignoré.

"Champánsuena muy bien", estuve de acuerdo. "Después de todo, un encuentroasí parece digno de celebrarse, ¿no?"

"Meestá robando las frases, señorita Holly. Estaba a punto de decir algoparecido", bromeó con una sonrisa juguetona.

¿Estaba...flirteando conmigo? Rara vez dudaba de ser atractiva, pero por lo general nuncase alineaba tan fácil y perfectamente. No con tipos como él.

"Losiento", respondí tímidamente, "no pretendía robarte tus frases paraligar".

Nolo negó. En lugar de eso, se limitó a sonreír mientras extendía la mano paracoger las bebidas que había traído la azafata.

"Quedisfruten sus bebidas", sonrió la azafata y nos dejó con nuestras carasbebidas burbujeantes, que, al parecer, eran gratuitas.

"Porlos nuevos amigos", brindó, y yo le respondí del mismo modo.

Unchampán se convirtió en otro, y quizá en un tercero, e Isaac me acompañabasorbo a sorbo. Siempre me resultaba mucho más cómodo hablar con un desconocidocuando sabía que no volvería a verme. Me hacía sentir más libre.

Amedida que corría el champán, nuestra conversación adquiría un tono coqueto.

"Sabes,tienes una sonrisa preciosa", me dijo tras una pausa en nuestraconversación.

"Laadulación te llevará a todas partes", dije con una risita, dando un sorboa mi bebida.

"Atodas partes, ¿eh? Bueno, entonces tendré que seguir así".

Compartimoshistorias, nos reímos de los chistes del otro y nos acercamos un poco más cadaminuto que pasaba. En algún momento me sorprendí a mí misma contándolevagamente mi mala suerte con los hombres, algo que no debería contarle aalguien que me atraía.

"Sientoque hayas tenido que pasar por tantas penurias", dijo, y pude sentir queera sincero. "Yo me habría asegurado de tratarte mejor".

Lamano de Isaac rozó la mía y una descarga de electricidad me recorrió.

"Mehabría encantado", dije sin pensar.

"Bueno,no tenemos mucho tiempo, pero hay un tranquilo baño privado en la parte deatrás, y tenemos algo de tiempo antes de aterrizar", dijodespreocupadamente como si estuviera proponiendo un trato comercial cotidiano.

Sentíque se me encendía la cara.

¿Qué está diciendo?

Nuncahabía visto el sexo como algo casual. Sólo había tenido sexo durante relacionesduraderas, razón por la cual el mensaje anterior me había irritado tanto. Habíabesado a chicos durante aventuras de una noche, pero nunca había hecho algo tanbrusco.

Empecéa decir que no, pero él se inclinó y me susurró al oído.

"Apuestoa que estarías buenísima clavada en la pared del baño... Si me permite elatrevimiento, señorita Holly".

Traguésaliva mientras un delicioso escalofrío me recorría la espalda. Mi cuerpo setensó y apreté las piernas, tratando de contener mi repentina oleada de deseo.En ese momento renuncié a resistirme.

¿Por qué no?

Medeseaba y yo estaba más que dispuesta. Probablemente ya lo había hechoinfinidad de veces, posiblemente en su propio jet. Sin decir nada más, melevanté y le sonreí.

"Necesitorefrescarme", le informé en tono tímido y me dirigí al cuarto de bañoantes de que pudiera cambiar de opinión.

¿Qué demonios estoy haciendo aquí?
Leer más… https://www.amazon.es/dp/B0CW1HM1LJ

Gracias por comprar yleer mi libro. Espero que lo hayas disfrutado. Si quieres leer los otros librosde la serie, puedes encontrarlos en este enlace:
https://www.amazon.es/gp/product/B0CMFHLJ8C
Paraestar al día de misnovedades y promociones, sígueme en mi páginade autora de Amazon
https://www.amazon.es/Anna-May/e/B08Q4HFPK3